Un Romance de Harén Inverso





MIS TRES *Vaqueros*





ELLIE DANIELS


Un Romance de Harén Inverso
MIS
TRES
Vaqueros
ELLIE DANIELS

Mis Tres Vaqueros

Derechos de autor © 2025 Ellie Daniels y Street Cat Publishing

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas. en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Otros títulos de

Ellie Daniels:

Serie Volkov Bratva:
Reclamado por el Rey Bratva
Prometido a la Bratva
Preñada por el Bratva Enforcer
En deuda con la Bratva
Deseado por el teniente Bratva
Enredado con la Guardia Bratva
Chantajeado por la Bratva

¿Por qué elegir? Una serie de harén inverso:
Compañeros de cuarto con beneficios
Mis tres vaqueros
Derribado por el equipo de hockey

Serie romántica navideña:
mis tres san valentin

Historias breves y apasionantes:
Relaciones tabú
El secreto de mi profesor
Deseos iluminados por la luna

Atado por la traición

Tabla de contenido

Capítulo 1 - Samantha
Capítulo 2 - Samantha
Capítulo 3 - Samantha
Capítulo 4 - Samantha
Capítulo 5 - Samantha
Capítulo 6 - Travis
Capítulo 7 - Samantha
Capítulo 8 - Samantha
Capítulo 9 - Samantha
Capítulo 10 - Samantha
Capítulo 11 - Samantha
Capítulo 12 - Cole
Capítulo 13 - Samantha
Capítulo 14 - Samantha
Capítulo 15 - Samantha
Capítulo 16 - Jake
Capítulo 17 - Samantha
Capítulo 18 - Travis
Capítulo 19 - Samantha
Capítulo 20 - Samantha
Capítulo 21 - Samantha
Capítulo 22 - Samantha
Capítulo 23 - Samantha
Capítulo 24 - Samantha
Capítulo 25 - Jake
Capítulo 26 - Cole
Capítulo 27 - Travis
Capítulo 28 - Samantha
Capítulo 29 - Samantha
Capítulo 30 - Samantha
Capítulo 31 - Samantha
Capítulo 32 - Samantha
Capítulo 33 - Travis
Capítulo 34 - Cole
Capítulo 35 - Jake
Capítulo 36 - Samantha
Capítulo 37 - Samantha

Capítulo 1

samantha

El sol del final de la tarde se filtraba a través de los imponentes robles que bordeaban el camino del campus, proyectando sombras moteadas sobre la gastada pasarela de ladrillos. Samantha Blake ajustó la correa de su bolso de mensajero; el peso de su contenido (libros de texto, notas y su computadora portátil) era una carga familiar y extrañamente reconfortante.

Su pequeña figura, envuelta en una gabardina ligera, vibraba con energía nerviosa, aunque no era sólo por la larga caminata. Mechones sueltos de su cabello oscuro y ondulado escapaban del moño desordenado colocado sobre su cabeza, haciéndole cosquillas en la mejilla con la ligera brisa primaveral. Ella los apartó y sus ojos color avellana exploraron el paisaje familiar del campus de su escuela de veterinaria.

Casi había terminado.

Cuatro años agotadores de escuela veterinaria, innumerables noches de insomnio y exámenes aparentemente interminables quedaron atrás. Había tomado su último examen esa mañana y había aprobado su certificación de la junta hace semanas. En unos días, estaría caminando por el escenario con su toga y birrete, oficialmente Doctora en Medicina Veterinaria.

Una oleada de orgullo la invadió, seguida rápidamente por una punzada de ansiedad. Miró su teléfono y volvió a revisar sus correos electrónicos por costumbre, aunque no había escuchado el timbre de notificación. Todavía nada.

El silencio de las granjas de caballos de Kentucky empezaba a pesar sobre ella. Había enviado solicitudes a todos los prestigiosos ranchos de caballos que pudo encontrar, poniendo su corazón en cada carta de presentación. Hace un par de semanas, incluso había volado para dos entrevistas en granjas de renombre, caminando entre extensos establos y pastos prístinos, tratando de no dejar ver su asombro. Había salido de cada uno sintiéndose cautelosamente optimista, pero a medida que los días se alargaban hasta convertirse en semanas sin respuesta, la duda había empezado a aparecer.

Para ella no era sólo un trabajo, era el sueño que había alimentado desde que era niña, cepillando ponis en un campamento de verano y fingiendo ser su veterinaria. Ahora podía imaginárselo: purasangres galopando por los campos de hierba azul, el olor a heno fresco en el aire y ella justo en medio de todo, haciendo finalmente lo que

amaba.

"Cualquier día", murmuró en voz baja, tratando de dejar la preocupación a un lado.

Sus botas hicieron ruido contra el pavimento al pasar por los familiares edificios de piedra del complejo de ciencias veterinarias. Había sido su hogar durante los últimos cuatro años, el lugar donde había pasado de ser una estudiante entusiasta con grandes sueños a convertirse en una veterinaria capaz y segura. Al menos esperaba tener confianza. La mayoría de los días sentía que estaba fingiendo hasta que lo lograba.

Se apretó más el abrigo cuando una brisa atravesó el patio, tirando de los límites de su resolución. Sus pensamientos se dirigieron a los sacrificios que había hecho para llegar hasta aquí. Había trabajado más duro de lo que jamás creyó posible, renunciando a fines de semana, eventos sociales e incluso días festivos, todo por este momento. Ahora que estaba tan cerca, no estaba segura de qué hacer consigo misma.

Sam se sacudió la preocupación y se quitó un mechón de pelo de la cara mientras se acercaba al edificio de ciencias veterinarias. No podía permitirse el lujo de pensar en la ansiedad que sentía por su carrera, no cuando tenía algo mucho más emocionante en qué concentrarse esa noche.

Sus pensamientos se dirigieron a Daniel Hopkins, su novio durante tres años. Sólo pensar en él hizo que una sonrisa astuta apareciera en sus labios. Él era el profesor mayor y ridículamente sexy que había puesto su mundo patas arriba por completo durante su segundo año. En aquel entonces, ella lo había visto como intocable, el tipo de hombre con el que secretamente fantaseabas pero que nunca pensaste que se fijaría en ti. Y luego lo hizo.

El recuerdo de cómo empezó todo todavía hacía que sus mejillas se sonrojaran. Daniel había sido la viva imagen del profesionalismo en clase, pero fuera de la sala de conferencias, era magnético. Él la había acorralado después de una sesión de estudio, su mano rozó la de ella mientras le ofrecía un comentario coqueto que la dejó sin palabras. Lo siguiente que supo fue que se estaban besando en su oficina, las líneas entre profesor y estudiante se desdibujaban de la manera más embriagadora.

Desde entonces su relación había sido un torbellino de pasión. Daniel era todo lo que ella no sabía que quería: confiado, autoritario y que exudaba una madurez tranquila y sin esfuerzo. Estar con él la hacía sentir querida y deseada de una manera que nunca antes había experimentado, como si su atención por sí sola pudiera desenredarla.

Había algo embriagador en estar con un hombre que parecía tan seguro de sí mismo, tan en control, pero que a veces ansiaba algo de alegría.

Esa alegría era exactamente la razón por la que estaba aquí esta noche. Sonrió para sí misma, pensando en el paquete que había llegado hacía unos días: el conjunto de colegiala que impulsivamente había pedido online. Era escandalosamente escaso, pero era una fantasía que siempre había tenido en mente. ¿Le gustaría a Daniel? Esperaba que eso lo volviera loco.

La idea le provocó un escalofrío y sus pasos se aceleraron a medida que se acercaba al edificio de administración. Debajo de su gabardina, la falda a cuadros se movía contra sus muslos y la tela transparente de la blusa se sentía escandalosamente ligera contra su piel.

Esta noche no se trataba de arreglar nada o reavivar una chispa; se trataba de divertirse, entregarse a una fantasía sobre la que había bromeado pero sobre la que nunca había actuado. Daniel siempre se burlaba de ella por lo inocente que parecía cuando estaba profundamente concentrada, y no podía esperar a ver la expresión de su rostro cuando entraba a su oficina vestida como la colegiala traviesa que nunca había sido.

Su pulso se aceleró cuando abrió la puerta del edificio, los pasillos silenciosos amplificaron el sonido de sus pasos. Ella apretó con más fuerza su abrigo, los nervios y la emoción se arremolinaban en su pecho. Ella iba a dejarlo boquiabierto.

Sam llegó al final del silencioso pasillo, sus tacones resonaron contra el piso pulido mientras se acercaba a la oficina de Daniel. La anticipación que había estado creciendo dentro de ella durante toda la noche se disparó. Se imaginó su reacción cuando entró, cómo su comportamiento tranquilo y sereno se quebraría en el momento en que la viera con este traje sexy. Valdría la pena, pensó, ver al siempre serio Daniel perder la compostura, aunque fuera por un momento.

Se detuvo justo afuera de su puerta, dejó su bolso y su abrigo en un banco cercano, sus dedos temblaban levemente mientras se ajustaba el dobladillo de su falda corta a cuadros.

Su mano se cernió sobre el pomo de la puerta y respiró hondo, mientras una risa nerviosa se escapaba de sus labios. "Aquí no pasa nada", murmuró para sí misma, agarrando el pomo y empujando la puerta para abrirla.

Sam abrió la puerta y su corazón se aceleró de emoción. Las líneas divertidas que había ensayado mentalmente murieron en sus labios cuando la escena que tenía delante se enfocó.

Daniel estaba sentado en el borde de su escritorio, con la camisa por fuera y el rostro relajado de placer. Arrodillada frente a él, con la cabeza moviéndose rítmicamente, estaba una mujer joven, mucho más joven que Sam. El sonido de una succión húmeda y obscena llenó el aire, las manos de la niña agarrando sus muslos para mantener el equilibrio mientras trabajaba.

Sam se quedó helada y el estómago le dio un vuelco. La cabeza de la niña se levantó bruscamente al oír el crujido de la puerta al abrirse y sus ojos muy abiertos y sorprendidos se encontraron con los de Sam. Un hilo de saliva todavía conectaba sus labios con la polla de Daniel mientras se ponía de pie, agarrando su bolso con una mano y cerrándose la camisa con la otra.

"Mierda", susurró la chica, con las mejillas ardiendo mientras pasaba corriendo junto a Sam sin siquiera mirarlo, sus tacones repiqueteando por el pasillo en una retirada frenética.

Los ojos de Sam volvieron a Daniel. Se estaba metiendo apresuradamente la polla en los pantalones, con el rostro pálido y en pánico. "Sam", tartamudeó, con las manos temblando mientras buscaba a tientas la cremallera, "esto no es lo que parece".

Pero así fue. Era exactamente lo que parecía.

La escena parecía surrealista, como un sueño terrible del que no podía despertar. Se quedó allí de pie con su ridículo disfraz (la falda corta a cuadros le rozaba los muslos, la blusa transparente atada a la cintura) y sintió que le ardían las mejillas de humillación. Momentos atrás, se había mostrado confiada y juguetona, lista para sorprender al hombre que creía conocer. Ahora se sentía como una tonta, expuesta e ingenua en todos los sentidos posibles.

El silencio se prolongó. Daniel dio un paso hacia ella, con las manos levantadas en un gesto apaciguador, pero eso sólo la hizo dar un paso atrás.

“Sam, escucha, puedo explicarte…”

"No lo hagas", dijo, su voz plana e irreconocible para sus propios oídos.

Su pecho se apretó y luchó por tragar el nudo que se le formaba en la garganta. Ella no podía llorar. Aquí no. No delante de él.

Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y salió a buscar su abrigo y su bolso, sus botas resonaban en el pasillo a medida que avanzaba más rápido con cada paso. Atravesó las pesadas puertas del edificio, respirando el aire fresco de la tarde, pero eso no hizo nada para detener el dolor que florecía en su pecho.

Las lágrimas brotaron de todos modos, quemando senderos calientes por sus mejillas mientras salía al campus vacío. ¿Cómo pudo haber estado tan ciega? ¿Tan estúpido? Había pensado que era audaz, incluso atrevida, pero la traición de Daniel la dejó en nada.

Cuando llegó al borde del estacionamiento, se secó la cara con la manga de su abrigo, respirando profundamente y estremeciéndose. Él no la vería llorar. No lo merecía.

Sam cuadró los hombros y siguió caminando, dejando atrás el campus y la fantasía que había construido alrededor de Daniel.

Capítulo 2

samantha

Samantha se removió incómoda en la rígida silla del Centro de Servicios Profesionales de la universidad, con el plástico duro presionando su espalda. La sala de espera era tan insulsa como la recordaba: paredes beige, carteles profesionales obsoletos y una ordenada pila de folletos en una mesa cercana que promocionaban “Consejos para entrevistas para el éxito” y “Cómo conseguir el trabajo de sus sueños”. Nada de eso la hizo sentir particularmente exitosa. El débil zumbido de las luces fluorescentes del techo no hacía más que aumentar la atmósfera sofocante y corriente.

Su pie tamborileaba con un ritmo inquieto sobre el suelo de baldosas mientras su mente regresaba a la noche anterior. Una aguda punzada de humillación estalló en su pecho. Dios, ¿cómo pudo haber sido tan estúpida?

La imagen quedó grabada en su mente: Daniel sentado en el borde de su escritorio, con la camisa por fuera, mientras esa chica... *ella debe haber sido una estudiante de primer año* —estaba de rodillas frente a él. El recuerdo le revolvió el estómago. Daniel se había involucrado con ella cuando ella apenas era estudiante de segundo año. Ella había pensado que era diferente, que su conexión había sido especial, pero ahora todo parecía tan obvio. Ella era sólo una más en una larga lista de estudiantes. Por supuesto, se había mudado con alguien más joven, alguien nuevo.

Tragó con dificultad, tratando de alejar ese pensamiento. ¿Cómo pudo haber sido tan ingenua? ¿Realmente pensaba que lo que tenían era amor? ¿Que duraría una vez que se graduara? La idea parecía ridícula ahora.

La voz de su madre resonó en su mente, provocando una nueva oleada de frustración. “Sam, no puedes confiar en hombres como él. Es demasiado mayor para ti, demasiado experimentado. Te arrepentirás”. Por supuesto, su madre tenía razón. Ella siempre lo fue. Y la idea de volver a casa, con el rabo entre las piernas y escuchar a su madre decir “te lo dije”, le revolvía el estómago tanto como la propia traición.

Sam exhaló bruscamente, agarrándose al borde de su asiento. Revolcarse no arreglaría nada. Había terminado de llorar por Daniel y no estaba dispuesta a dejar que su vida se desmoronara por su culpa. Sólo necesitaba centrarse en el futuro. Por eso ella estaba aquí.

Su consejero la había estado ayudando durante meses, guiándola a través de

solicitudes y entrevistas para trabajos en prestigiosas granjas de caballos. Tal vez hoy finalmente hubiera buenas noticias, algo que la ayudara a seguir adelante. Enderezó la espalda y se apartó un mechón de pelo de la cara, intentando recuperar la confianza que no sentía del todo.

Era hora de dejar a Daniel, sus errores y las advertencias que había ignorado en el pasado. Necesitaba encontrar algo que esperar, cualquier cosa que pudiera sacarla de este lío y alejarla de todo lo que quería olvidar.

La puerta se abrió y salió la recepcionista. “¿Samantha Blake? El consejero está listo para verte”.

Sam se puso de pie, con el corazón palpitando con nerviosa anticipación. Se alisó la camisa y agarró su bolso, respirando profundamente mientras caminaba hacia la oficina. Ya era hora de descubrir qué vendría después.

Sam entró en la pequeña oficina, inmediatamente abrumado por su caótica comodidad. Montones de papeles se tambaleaban en todas las superficies disponibles, y las paredes estaban revestidas de tableros de corcho con anuncios de trabajo, citas motivadoras y algunas fotografías descoloridas de graduados sonrientes. Su consejera, la Dra. Linda Everett, levantó la vista de su escritorio con una cálida sonrisa.

"Sam, pasa", dijo el Dr. Everett, señalando la silla frente a ella. “¿Cómo lo estás llevando? Gran semana para ti”.

Sam se hundió en la silla y dejó caer su bolso al suelo junto a ella. "Es... mucho", admitió, colocándose un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. “Me alegro de que hayan terminado los exámenes y de que la graduación esté tan cerca, pero, sinceramente, sólo quiero salir de aquí. Fuera de Ohio. Fuera de... —Se calló, mordiéndose el labio.

La Dra. Everett inclinó ligeramente la cabeza y sus ojos penetrantes captaron el peso detrás de las palabras de Sam. “¿De todo?”

Sam asintió con fuerza. "Sí. Todo."

La doctora Everett se reclinó en su silla y su expresión se suavizó. "Bueno, veamos qué

podemos hacer al respecto". Cogió un expediente de su escritorio y lo abrió con practicada eficiencia. “Has tenido unos meses muy ocupados. Entrevistas en Bluegrass Thoroughbreds y Lexington Equestrian Farms. Grandes nombres”.

El estómago de Sam se apretó. Ella asintió pero no dijo nada, preparándose ya para la noticia.

El Dr. Everett vaciló un momento antes de continuar. “Desafortunadamente, ambos decidieron seguir adelante con otros candidatos”.

Las palabras golpearon a Sam como un tren de carga, robándole el aire de los pulmones. Ella no esperaba esto, no después de conseguir esas codiciadas entrevistas. Se había alejado de cada uno pensando que lo había logrado, imaginándose en esas granjas prístinas, rodeada de elegantes caballos y campos de pasto azul. Ahora todo parecía una broma cruel. Su pecho se apretó y, por un momento, ni siquiera pudo encontrar las palabras para responder.

“Mantienen su información archivada”, añadió la Dra. Everett, en un tono casi de disculpa, “por lo que existe la posibilidad de que algo se abra en el futuro”.

Sam forzó una sonrisa, aunque la sintió débil y vacía. "Bien. En el camino”.

El doctor Everett la estudió por un momento. “Sé que es decepcionante, Sam. Estos puestos son extremadamente competitivos y usted se enfrentaba a candidatos con años de experiencia. Pero tienes talento y encontrarás al candidato adecuado”.

Sam asintió de nuevo, tragándose el nudo que tenía en la garganta. Lo único en lo que podía pensar era en lo que vendría después: volver a vivir con sus padres, soportar las sonrisas cómplices de su madre y sus sutiles comentarios sobre Daniel y sus elecciones. La idea hizo que se le revolviera el estómago. Su madre probablemente comenzaría a explicarle que debería haber sido "una verdadera doctora", como su prima que estaba terminando la escuela de medicina, en lugar de dedicarse a este "pasatiempo de los animales". Y su padre estaría de acuerdo en voz baja, ofreciéndole sólo un cortés estímulo aunque claramente pensaba lo mismo. Volver a casa sin trabajo sería insoportable, una confirmación de que su madre había tenido razón en todo.

"No puedo ir a casa", espetó, su voz más firme de lo que esperaba.

El doctor Everett enarcó una ceja.

“Quiero decir, tendré que hacerlo si no hay otra opción”, continuó Sam rápidamente, “pero no quiero. No puedo... lidiar con eso ahora mismo. Necesito algo, cualquier cosa, que me ayude a seguir adelante”.

La doctora Everett asintió lentamente, con expresión pensativa. Golpeó su bolígrafo contra el borde de su escritorio antes de pasar a otra sección del archivo.

“Bueno”, comenzó, “tengo algo que acaba de llegar a mi escritorio. Es un poco poco convencional, pero puede que sea exactamente lo que estás buscando”.

Sam se enderezó y su corazón dio un vuelco con un destello de esperanza. "¿Qué es?"

El Dr. Everett sacó una copia impresa y la deslizó sobre el escritorio hacia Sam.

“Hay un pequeño pueblo en el este de Montana, lo más rural posible. Su único veterinario falleció inesperadamente y la comunidad necesita desesperadamente a alguien que desempeñe el puesto, aunque sea temporalmente mientras buscan una solución permanente”.

Los ojos de Sam escanearon el papel. Se creó la clínica, con una oficina en la ciudad y una reputación decente. El puesto implicaría trabajar con animales pequeños pero también con el ganado local, lo que significaba ranchos ganaderos, muchos ranchos ganaderos.

"No son caballos", murmuró Sam, con el ceño ligeramente fruncido.

El doctor Everett sonrió levemente. “Estoy seguro de que también habrá caballos en los ranchos, pero no, será principalmente ganado. Pero es una experiencia real, un trabajo remunerado y un nuevo comienzo. La ciudad ofrece alojamiento como parte del paquete, lo cual es poco común y, por lo que dijo el alcalde, están muy ansiosos por conseguir que alguien lo haga lo antes posible. El veterinario más cercano está a tres horas de distancia y ya está abrumado”.

Sam se reclinó en su silla, su mente acelerada. Ganado. Montaña rural. No era

exactamente el sueño que había perseguido durante años, pero era algo. Y no era Ohio. No fue Daniel. No era la casa de sus padres, con sus constantes recordatorios de sus fracasos.

Ella miró fijamente el papel, su imaginación tomó el control. Montana. Se imaginó vistas panorámicas de las Montañas Rocosas, bosques de pinos que se extendían por kilómetros y espacios abiertos donde finalmente podía respirar. La idea se sintió... liberadora.

“¿Cuándo me necesitarán?” preguntó ella.

La sonrisa del doctor Everett se hizo más amplia. “Por lo que dijo el alcalde, lo antes posible. Me comunicaré con ellos hoy y lo confirmaré, pero no creo que pierdan el tiempo. Están desesperados”.

Sam asintió lentamente, sopesando sus opciones. No eran caballos, pero era una oportunidad de escapar, de demostrar que podía valerse por sí misma. Y tal vez, en la tranquilidad de Montana, podría descubrir qué quería a continuación.

"Estoy dentro", dijo, sorprendiéndose a sí misma con la certeza en su voz.

La sonrisa del doctor Everett se volvió de aprobación. “Buena elección. Me pondré en marcha y les haré saber los detalles tan pronto como tenga noticias”.

Sam se puso de pie y estrechó la mano del consejero. Por primera vez en lo que le pareció una eternidad, sintió una chispa de esperanza. El peso de las últimas semanas no se había aliviado por completo, pero había algo que esperar: un nuevo comienzo, lejos del desastre que estaba dejando atrás.

Cuando salió al cálido sol primaveral, Sam respiró hondo. Montana no era el sueño que había imaginado, pero tal vez era el que necesitaba.

Capítulo 3

samantha

Sam miró por la ventanilla del pequeño avión y tamborileó ligeramente con los dedos en el apoyabrazos mientras el avión comenzaba a descender hacia Billings. Esto era todo: el comienzo de su nueva vida. Un nuevo trabajo, una nueva ciudad, un nuevo comienzo lejos de todo lo que estaba dejando atrás. La independencia que había anhelado durante tanto tiempo finalmente estaba a su alcance.

Había pasado las últimas tres semanas ahogada en la logística, despidiéndose incómodamente de algunos compañeros de clase y profesores, y tratando de evitar las sutiles insinuaciones de sus padres acerca de que todo esto era una "gran apuesta". Ahora, a medida que el mosaico de tierra que había debajo se hacía más claro, su pulso se aceleró con anticipación.

Sam se acercó más a la ventana, esperando ver la Montana que siempre había imaginado: imponentes bosques de pinos y picos escarpados que se elevaban en la distancia. En cambio, su vista estaba llena de llanuras onduladas y tonos apagados de marrón y dorado, interrumpidos sólo por algún camino ocasional que atravesaba la extensión. No había nada exuberante ni verde, ni majestuosas Montañas Rocosas. Sólo kilómetros y kilómetros de terreno seco y accidentado.

Su ceño se frunció mientras escaneaba el horizonte, buscando algo más pintoresco. *¿Dónde están los bosques? ¿Dónde están las montañas?* pensó, moviéndose incómodamente en su asiento. Después de todo, era Montana. Seguramente el paisaje mejoraría una vez que se acercaran a la ciudad.

El avión rebotó ligeramente cuando comenzó su aproximación final, y Sam se recostó en su asiento, tratando de alejar el destello de decepción. *Esta es una aventura,* se recordó a sí misma. *No todo coincidirá con la versión de postal que tienes en tu cabeza.* Su pecho se levantó con un aliento decidido. No había recorrido todo ese camino para empezar a dudar de sí misma ahora.

El avión aterrizó con una sacudida y, mientras se dirigía hacia la puerta de embarque, Sam volvió a mirar por la ventanilla. Su corazón se hundió. El aeropuerto no parecía mucho más grande que el regional desde el que había volado en Ohio. ¿Dónde estaban las bulliciosas multitudes, las largas colas de viajeros, las terminales en expansión? Era pintoresco, por decirlo amablemente, con sólo un puñado de puertas visibles y algunos vehículos dispersos en la pista.

"¿Esta es la ciudad más grande de Montana?" murmuró en voz baja, su tono teñido de incredulidad. “¿Tres puertas? ¿En realidad?"

Los otros pasajeros no parecieron inmutarse mientras se levantaban para recuperar sus equipajes de mano. Sam recogió su bolso y salió del avión, entrando en la pequeña terminal. El aire en el interior estaba tranquilo y silencioso, el murmullo de las conversaciones era atenuado en comparación con el caos al que estaba acostumbrada en los aeropuertos más grandes. Siguió las indicaciones hacia la recogida de equipaje, donde un único carrusel giraba perezosamente con el equipaje de su vuelo.

Sam vio sus dos maletas y las sacó del cinturón con facilidad, dejándolas a su lado. El resto de sus pertenencias estaban siendo enviadas, un recordatorio de que no se trataba sólo de un viaje, sino de una mudanza en toda regla. Se ajustó la correa de su bolso y miró alrededor del pequeño y utilitario espacio. No hay multitudes bulliciosas, solo un puñado de pasajeros recogiendo sus maletas y dirigiéndose a la salida.

Las puertas de cristal se abrieron con un leve silbido y Sam salió, parpadeando ante el brillante sol del mediodía. El aire seco y cálido la golpeó de inmediato, con un leve olor a polvo y algo ligeramente dulce que no podía identificar. Fue diferente. Todo aquí era diferente.

Sam empujó sus maletas hacia el pequeño grupo de vehículos que esperaban fuera de la terminal, entrecerrando los ojos ante la brillante luz del sol. Un puñado de autos estaban parados en la acera, pero uno en particular llamó su atención: una camioneta grande y brillante con una capa de polvo cubriendo sus costados. El hombre que había dentro era inconfundible: un caballero mayor con un sombrero de vaquero y un rostro curtido que prácticamente gritaba. *alcalde de un pueblo pequeño.*

Se inclinó sobre la cabina del camión y bajó la ventanilla. “¿Es usted la Dra. Samantha Blake?” gritó, su voz trasmitiendo el leve zumbido de la mínima actividad del aeropuerto.

Sam sonrió, sintiendo una punzada de alivio ante el cálido saludo. “Esa soy yo”, respondió, acercando sus bolsas. "Pero puedes llamarme Sam".

El hombre abrió la puerta del camión y saltó, extendiendo una mano callosa. “Mi nombre es Hank Cooper. Soy el alcalde de Elm Creek”, dijo con una sonrisa. "Bienvenido a Montana, doctor".

Su apretón de manos fue firme y Sam no pudo evitar devolverle la sonrisa. "Gracias. Es agradable estar finalmente aquí", dijo, mirando el espacio abierto y tranquilo que rodea el pequeño aeropuerto.

Hank la evaluó con una sonrisa amistosa y luego señaló sus maletas. "¿Es esto todo lo que trajiste? ¿Para moverse a través del país?

Sam asintió. "El resto se envía", explicó.

"Bueno, viajas liviano", dijo, levantando sus maletas como si no pesaran nada y arrojándolas a la plataforma de la camioneta. "Es una buena característica tenerla aquí. Las cosas van un poco más lentas, un poco más sencillas. Te acostumbrarás".

Sam subió al asiento del pasajero mientras Hank cerraba el portón trasero y volvía a sentarse detrás del volante. El asiento de cuero estaba caliente por el sol y se relajó un poco, agradecida por el fácil comienzo de lo que parecía un gran día. Hank se ajustó el sombrero, lo miró con una sonrisa amistosa y dijo: "Espero que estés listo para conducir un poco. Son unas tres horas hasta Elm Creek, más o menos, dependiendo de cómo nos trate la carretera.

Sam parpadeó. "¿Tres horas? Vaya, sabía que era rural, pero no pensé que lo fuera. *eso* muy lejos".

Hank se rió entre dientes y condujo el camión hacia la carretera. "Sí, estamos ahí fuera, está bien. Pero es un camino directo y creo que nos dará suficiente tiempo para que usted conozca el lugar al que llamará hogar".

Cuando salieron del estacionamiento del aeropuerto, la extensión del este de Montana se extendía ante ella: llanuras interminables bajo un enorme cielo azul. La mirada de Sam vagó por el terreno escarpado y escarpado, y sus preguntas anteriores sobre las montañas volvieron a la superficie.

"Entonces… ¿dónde están las montañas?" preguntó, tratando de mantener su tono ligero pero genuinamente curioso. "Pensé que Montana era todo Montañas Rocosas y bosques de pinos".

Hank se rió, un sonido profundo y retumbante que llenó la cabina. “No te equivocas”, dijo, dirigiendo el camión hacia la carretera. “Pero esos están en el lado occidental del estado. ¿Aquí afuera? Estas son las Badlands: praderas abiertas, acantilados rocosos y zonas ganaderas. Ganado hasta donde alcanza la vista”.

Sam asintió y dejó que sus ojos siguieran el horizonte. No era lo que esperaba, pero había una tranquila belleza en la sencillez de la tierra. Los marrones y dorados apagados se extendían sin cesar, interrumpidos sólo por algún que otro grupo de árboles, acantilados rocosos o el destello de la luz del sol en un arroyo distante.

"Definitivamente es... diferente", admitió.

"Así es", asintió Hank. “Pero dale tiempo. Quizás llegue a amarlo”.

Condujeron en agradable silencio durante un rato, el zumbido del motor se mezclaba con el débil sonido del viento del exterior. Después de un rato, Hank volvió a hablar y su tono se volvió más serio.

"Estamos muy contentos de que vengas a Elm Creek, Sam", dijo. “No tener un veterinario ha sido duro para los ganaderos. Ya hemos perdido algunas reses y terneros esta primavera, y el veterinario más cercano está a un par de horas de distancia. Están al límite y nuestra gente lo está sintiendo”.

Sam sintió una punzada de nervios en el estómago pero asintió. “Estoy lista para ayudar en lo que pueda”, dijo. "Será un gran cambio, pero lo espero con ansias".

Hank la miró con una sonrisa. “Ese es el espíritu. Es un pueblo pequeño, claro, y probablemente sentirás que todo el mundo te está mirando durante un rato (no hay muchas caras nuevas aquí), pero somos buena gente. Encajarás perfectamente”.

Sam miró por la ventana y observó cómo pasaban las interminables llanuras. A pesar de lo desconocido, sentía una creciente sensación de posibilidad. Esto no era lo que había imaginado, pero tal vez era exactamente lo que necesitaba.

A medida que se adentraban en la extensión del este de Montana, el paisaje se extendía interminablemente a ambos lados de la carretera. Hank apoyó una mano en el

volante y el otro codo apoyado contra la puerta mientras la miraba. “Supuse que tal vez quisieras saber un poco sobre Doc Miller. El veterinario antes que tú.

Sam desvió su atención del horizonte hacia Hank, despertada la curiosidad. “Sí, me preguntaba sobre él. ¿Debe haber estado aquí mucho tiempo?

"Hace mucho tiempo es cierto", dijo Hank con una pequeña risa. “El doctor Harrington llegó aquí recién salido de la escuela, cuando Elm Creek no era mucho más que unos pocos edificios y una oficina de correos. Permaneció durante casi cuarenta años. Conocía a cada ganadero, cada mascota, cada vaca de la zona. Demonios, la gente confiaba más en él que en su propia familia la mayor parte del tiempo”.

Sam sonrió, imaginando el tipo de relación que alguien construiría durante cuatro décadas en un pueblo pequeño. "Parece que era una leyenda".

"Lo era", dijo Hank, su tono se suavizó. “Pero también era… bueno, digamos que le gustaba hacer las cosas a su manera. No estaba al día con todas las nuevas tecnologías o prácticas, pero la gente lo respetaba porque hacía el trabajo”.

Sam asintió, imaginándose a un veterano veterano serio, probablemente brusco pero confiable. "Supongo que no tenía muchas actualizaciones tecnológicas".

“En realidad no, pero los conceptos básicos son sólidos. Tendrás lo que necesitas”, le aseguró Hank. “La clínica está en buenas condiciones y tiene todo lo necesario tanto para animales pequeños como para ganado. Podrás ir a los ranchos o hacer visitas a domicilio también: la vieja camioneta del Doc Miller todavía está en funcionamiento. No es nada lujoso, pero te llevará a donde necesitas ir”.

Sam se rió ligeramente. "Preferiré la función a la fantasía cualquier día".

Hank la miró con aprobación. “Es una buena actitud tenerla aquí. Por cierto, conocerás a Nancy en la clínica. Ella es la recepcionista. He mantenido todo funcionando desde que falleció Doc Miller. Ella es muy aguda, conoce a los clientes y a sus animales por dentro y por fuera. Estarás en buenas manos con ella”.

"Es bueno saberlo", dijo Sam. "Parece que Doc dejó un gran legado".

“Lo hizo. Y la gente esperará mucho de ti por eso. Están acostumbrados a tener a alguien que sea tan parte de la ciudad como cualquier otra persona. Pero encontrarás tu equilibrio”. La voz de Hank tenía una nota de aliento que hizo que Sam se sintiera un poco más firme.

Cuando la carretera giró, Hank hizo un gesto hacia adelante. “Te quedarás en la cabaña en las afueras de la ciudad. Es modesto pero acogedor. Lo hemos arreglado muy bien para ti”.

Sam ladeó la cabeza. “¿Modista y acogedor?”

"Sí. No te mudarás al Ritz, si eso es lo que te preocupa”, bromeó. “Pero tiene todo lo que necesitas. Cama, cocina, baño y una vista increíble de las llanuras. Tranquilo también. No hay vecinos en al menos un kilómetro y medio.

"Suena tranquilo", dijo Sam, imaginando los cielos abiertos y la soledad que podrían acompañarlo.

Hank asintió. "Es. No se sorprenda si recibe algunos visitantes curiosos, humanos o no. En un pueblo pequeño como este, la gente notará que hay una cara nueva en el pueblo, especialmente una tan joven como la tuya. No te sorprendas si la gente te mira un poco cuando estás fuera de casa”.

Sam se rió entre dientes, sin estar seguro de si la idea era divertida o estresante. "Intentaré que esto no me afecte".

"Se calentarán rápidamente", dijo Hank. “Especialmente cuando se dan cuenta de cuánto te necesitan. Esta ciudad ha pasado por momentos difíciles últimamente, pero tener un veterinario nuevamente hará una gran diferencia”.

Sam miró por la ventana y observó pasar la interminable extensión de tierra. No era la vida que había imaginado, pero tal vez era exactamente lo que necesitaba. No estaba segura de qué esperar cuando llegaron a Elm Creek, pero por primera vez en semanas, sintió algo cercano al optimismo. Una nueva ciudad, un nuevo trabajo y la oportunidad de demostrar su valía: era un comienzo.

Capítulo 4

samantha

El camión se detuvo en un polvoriento camino de grava y los ojos de Sam se abrieron cuando vio su nuevo hogar. La pequeña casa estaba ligeramente inclinada al borde de las llanuras, como si se hubiera cansado de luchar contra el viento y decidiera recostarse por un rato. Su pintura blanca se estaba descascarando en largas tiras, dejando al descubierto la madera gris debajo, y el porche se hundió lo suficiente como para hacerla preguntarse si pisar él sería como caminar sobre una tabla.

"Esto es todo", dijo Hank, estacionando la camioneta y mirándola con una sonrisa orgullosa.

Sam parpadeó, tratando de reunir algo de entusiasmo. "Es... acogedor", dijo, y la palabra se le escapó antes de que pudiera pensar en algo más convincente.

Hank se rió entre dientes, claramente no se dejó engañar. “Tiene encanto”, dijo, saliendo de la camioneta y moviéndose hacia atrás para agarrar sus maletas.

Salió y el calor seco de la tarde la golpeó como una cálida bofetada. La casa podría haber sido modesta (o, bueno, deteriorada), pero estaba tranquila. Aislado. Las amplias llanuras se extendían detrás de él en una interminable extensión dorada y marrón, el cielo era tan grande que parecía que podía caer directamente en él. No era lo que había imaginado cuando pensó en su primer lugar real, pero algo en la quietud se sentía... paz.

Su atención se centró en el otro vehículo en el camino de entrada, una camioneta antigua y abollada que parecía haber pasado por al menos un par de guerras. Su pintura alguna vez pudo haber sido verde, pero ahora era un mosaico descolorido de óxido y metal blanqueado por el sol.

“¿Esa debe ser la camioneta del Doc Miller?” preguntó, señalando hacia él.

Hank levantó su maleta de la caja de su camioneta con un gruñido. “Ese es el indicado. Ella es vieja pero confiable. Doc juró por ella y descubrirás que le quedan muchos más kilómetros de lo que parece. Un poco como esta casa”. Señaló con la cabeza hacia el porche, donde dos mecedoras crujían levemente con la brisa, como si esperaran a que un par de abuelos salieran y contaran historias sobre los buenos viejos tiempos.

Sam lo siguió escaleras arriba, evitando con cuidado una tabla suelta que se tambaleaba bajo la bota de Hank. "Me aseguraré de no sentarme demasiado cerca del borde", bromeó, mirando el porche con cautela.

"Un buen consejo", dijo Hank con una sonrisa, dejando sus maletas junto a la puerta principal. "Muy bien, déjame darte el gran recorrido".

Abrió la puerta con un crujido y Sam entró; su nariz inmediatamente se encontró con el leve olor a madera vieja y productos de limpieza con aroma a limón.

"Aquí está la cocina", dijo Hank, agitando una mano hacia la pequeña habitación a su izquierda. En un rincón había una mesa redonda de madera, con el barniz desgastado, rodeada de sillas que no combinaban. Una estufa de gas con leves marcas de quemaduras en los costados estaba junto a un viejo refrigerador que zumbaba silenciosamente. “No es mucho, pero funciona. Mi esposa te llenó el refrigerador y te preparó algunos elementos básicos.

Sam miró la mesa y notó un tapete descolorido debajo de un centro de mesa de cerámica con forma de gallo. “¿Tu esposa también decoró?” ella bromeó.

Hank soltó una carcajada. “No, todo esto es obra del Doc Miller. No era exactamente Martha Stewart, pero le da carácter al lugar”.

La sala de estar fue la siguiente. Un sofá grande y desgastado dominaba el espacio, con sus cojines ligeramente abultados pero acogedores, flanqueado por un sillón a juego que parecía haber tenido una buena cantidad de siestas. Una chimenea de ladrillo ocupaba la mayor parte de una pared, su repisa estaba adornada con un reloj antiguo y una colección de lo que parecían estatuillas de caballos. Al menos al doctor Miller también le gustaban los caballos.

"¿Alguna vez usaste la chimenea?" preguntó, pasando la mano por el borde de la repisa de la chimenea.

“Doc lo usaba todo el tiempo en invierno. Hace frío aquí afuera”, dijo Hank. “Aún debería estar en buen estado de funcionamiento. Nos aseguraremos de que tengas suficiente leña apilada antes de que caiga la primera nieve”.

El baño, como era de esperar, era tan antiguo como el resto de la casa. Debajo de una pequeña ventana había una bañera con patas, ligeramente desconchada. No había ducha, sólo un rociador de mano conectado al grifo.

"Bueno, esto va a ser una experiencia", murmuró Sam, medio para sí misma.

"Los baños están subestimados", dijo Hank con un guiño. "El doctor juró que lo mantuvieron joven".

La última parada fue el dormitorio. La cama dominaba el pequeño espacio, cubierta por una colcha hecha a mano con colores descoloridos que hablaban de años de uso. Una cómoda sencilla y una mesita de noche de madera completaban la habitación, con una única ventana que ofrecía una vista de las interminables llanuras que se extendían más allá.

“No es el Hilton”, dijo Hank, “pero funcionará. Mi esposa limpió todo para ti y dejó ropa de cama limpia en el armario. Y hay una cazuela en el frigorífico para tu cena.

Sam arqueó una ceja. “¿Una cazuela?”

"Sí. No te puedes equivocar con un clásico”.

"Ajá". Tomó nota mental de inspeccionar dicha cazuela más tarde. No estaba segura de que su estómago pudiera soportar lo que se consideraba "clásico" por aquí, pero apreció el gesto.

Hank le entregó un juego de llaves y las hizo tintinear ligeramente en la palma de su mano antes de entregárselas. “Estos son tuyos ahora. Uno para la casa, otro para el camión y otro para tu clínica. La ciudad está a solo unos kilómetros de la carretera si necesitas algo. Estamos muy contentos de tenerte aquí, Sam. Creo que encajarás muy bien”.

"Gracias, Hank", dijo, sonriendo mientras lo acompañaba de regreso al porche.

"En cualquier momento. Grita si necesitas algo”, dijo, inclinándose el sombrero antes de regresar a su camioneta. Con un último saludo, se fue, dejando a Sam sola en su

nuevo hogar.

Regresó a la casa y observó el porche chirriante, la pintura descolorida y el silencio que parecía prolongarse para siempre. No fue perfecto. Ni siquiera se acercaba a lo que había imaginado. Pero era de ella.

"Hogar, dulce hogar", dijo con una sonrisa irónica, entrando y cerrando la puerta detrás de ella.

Sam cerró la puerta detrás de ella y se apoyó en ella por un momento mientras contemplaba su nuevo hogar. La luz del final de la tarde se filtraba a través de las cortinas desparejadas de la sala de estar, arrojando un suave brillo sobre los muebles gastados. Dejó escapar un suspiro y entró más adentro, quitándose las sandalias y hundiendo los dedos de los pies en la alfombra áspera que cubría el desgastado piso de madera.

La decoración gritó *la casa de la abuela* , desde los tapetes de crochet colocados meticulosamente en cada superficie plana hasta las cortinas con motivos florales que no combinaban del todo con la tapicería descolorida del sillón. Un centro de mesa de cerámica con un gallo todavía reclamaba la mesa de la cocina como si estuviera defendiendo su territorio, y una muestra de bordado colgada en el pasillo declaraba con orgullo: *Bendito sea este desastre.*

"Bueno", murmuró para sí misma, "al menos son conscientes de sí mismos".

A pesar de sus peculiaridades (y había muchas), Sam no pudo evitar admitir que la casa tenía cierto encanto. Era funcional, limpio y silencioso, con el tipo de calidez que hacía fácil imaginar a alguien pasando toda su vida aquí. Claro, las mecedoras en el porche parecían a punto de ceder bajo su peso, y los gabinetes de la cocina chirriaban siniestramente cuando los abría, pero no era insoportable. Sólo necesitaba un poco… de actualización.

Entró en la cocina y pasó los dedos por el borde de la mesa antes de abrir el frigorífico. El suave zumbido del antiguo electrodoméstico la saludó y, dentro, encontró la cacerola prometida al frente y en el centro. Estaba cuidadosamente envuelto en papel de aluminio, con una nota escrita a mano adjunta que decía: *¡Bienvenidos a Elm Creek! Disfrutar. – Alicia.*

Sam retiró el papel de aluminio con cuidado, revelando una mezcla pálida y temblorosa cubierta con lo que parecía sopa de crema enlatada, queso rallado y algunos trozos de carne no identificables. Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño. ¿Fue pollo? ¿Atún? ¿Algo completamente distinto? El misterio no inspiraba confianza.

"Gracias, Alice", murmuró, arrugando la nariz mientras volvía a colocar con cuidado el papel de aluminio. “Pero creo que pasaré”.

Su estómago gruñó, un agudo recordatorio del largo día que había tenido, pero no se atrevió a enfrentarse a la cazuela. Cerró el frigorífico y se apoyó en la encimera, mirando de nuevo la cocina. La estufa de gas parecía pertenecer a un museo y los gabinetes estaban pintados de un tono verde que podría haber estado de moda hace cincuenta años. Aun así, tenía todo lo que necesitaba.

Con un suspiro, Sam se levantó del mostrador y regresó a la sala de estar, donde el sofá la llamaba como una sirena. Se dejó caer, probó los abultados cojines y decidió que era sorprendentemente cómodo. El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba constantemente, llenando la tranquila casa con un ritmo relajante.

A pesar de lo extraño de todo (la cazuela, los tapetes, las inconfundibles “vibraciones de abuela”), Sam sintió un destello de satisfacción. Esto no era lo que había imaginado, pero era suyo. Un lugar que puede considerar suyo, aunque sea por ahora.

Su estómago volvió a gruñir, esta vez más fuerte, cortando sus pensamientos. "Está bien, está bien", murmuró. "Es hora de encontrar algo comestible".

Se puso de pie, se sacudió el polvo imaginario de sus pantalones y se dirigió hacia su maleta para buscar algo que ponerse. Si no iba a comer en casa, entonces era hora de aventurarse y ver qué tenía para ofrecer Elm Creek. Con un poco de suerte, había un restaurante cerca que podría servir algo un poco menos… misterioso.

Sam abrió su maleta y rebuscó entre la ropa cuidadosamente doblada con una pequeña y decidida sonrisa. Si iba a comenzar este nuevo capítulo de su vida, también podría aprovecharlo al máximo, comenzando con su primera noche en Elm Creek. Sacó su falda corta favorita, la que se ajustaba perfectamente a sus caderas, y la combinó con una camiseta sin mangas elástica que combinaba perfectamente. Con una rápida mirada en el pequeño espejo encima de la cómoda, decidió añadir un toque de maquillaje. Con una pasada de rímel, un toque de rubor y su lápiz labial favorito, se

sintió un poco más arreglada. Dio un paso atrás para evaluarse y se puso un par de lindas sandalias para completar el look.

"No está mal", murmuró, asintiendo. No se vestía para impresionar a nadie, pero le hacía bien verse bien, recordarse a sí misma que todavía podía divertirse. Esta noche se trataba de sacudirse el polvo del día y entrar en su nueva vida con confianza.

Agarrando su bolso y las llaves que Hank había dejado, Sam se dirigió al camino de entrada. La vieja camioneta del doctor Miller se alzaba frente a ella, con su pintura verde descolorida y oxidada en algunos lugares, pero tenía cierto encanto. Abrió la chirriante puerta y el distintivo olor a cuero viejo y aceite de motor llenó su nariz. Al deslizarse en el asiento, notó las grietas en la tapicería de vinilo y el volante desgastado, con la superficie brillante por años de uso.

"Muy bien, veamos qué tienes", dijo, girando la llave en el encendido. El motor cobró vida con un rugido, ese tipo de zumbido grave y gruñido que hablaba de fiabilidad. Puede que la camioneta no ganara ningún concurso de belleza, pero se sentía sólida, funcional y llena de carácter, como todo lo que había encontrado aquí hasta ahora.

Salió del camino de entrada y comenzó a recorrer la estrecha carretera que conducía a la ciudad, golpeando con los dedos el volante mientras pasaban las interminables llanuras y los acantilados rocosos. Elm Creek apareció lentamente, como si se estuviera tomando su tiempo para revelarse, y Sam no pudo evitar sentir un pequeño aleteo de emoción mientras se acercaba.

Lo primero que notó fue su nueva oficina. *Práctica de animales de Elm Creek* Estaba pintado con letras ligeramente descoloridas en el letrero encima de un modesto edificio de ladrillo. No era lujoso, pero parecía acogedor, con un pequeño estacionamiento y un parterre de flores cerca de la entrada. El corazón de Sam dio un pequeño vuelco cuando pasó, imaginándose cruzando esas puertas y conociendo a sus primeros pacientes.

Más abajo, en la calle principal, apareció una pequeña tienda de comestibles, con su cartel pintado a mano con letras alegres. Al lado había una tienda de alimentos para animales con fardos de heno apilados afuera, y ya podía imaginarse deteniéndose allí para comprar suministros. Varios comensales salpicaban la calle, con sus menús escritos a mano expuestos en las ventanas y carteles de neón que zumbaban débilmente contra el creciente crepúsculo.

Y entonces lo vio: Tank's Bar and Grill cerca del final de la calle, con su estacionamiento lleno de camiones y autos. El débil sonido de la música y la risa flotaba en el aire mientras ella disminuía la velocidad, la atmósfera animada la atraía.

“Eso bastará”, se dijo Sam, deteniéndose en un lugar vacío y apagando el camión. Miró hacia la entrada, donde había unas cuantas personas dando vueltas, hablando y riendo. Parecía el tipo de lugar donde podría tomar una comida decente, tal vez incluso tomar una copa y relajarse.

Al bajar de la camioneta, se alisó la falda y ajustó la correa de su bolso. El cálido aire de la tarde la envolvió mientras se dirigía hacia la entrada, sus sandalias golpeando suavemente el pavimento. No era la noche que había planeado, pero cuando abrió la puerta y entró, no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío de anticipación.

Su primera noche en Elm Creek apenas comenzaba.

Capítulo 5

samantha

En el momento en que Sam entró en Tank's Bar, la animada atmósfera la golpeó como un cálido abrazo. La música country tarareaba en la máquina de discos de la esquina, las letras vibrantes se mezclaban con el estruendo de las risas y los agudos tintineos de las bolas de billar al chocar. Una diana colgaba torcida de una pared, rodeada por un puñado de chicos que debatían sobre técnica con la seriedad de los atletas olímpicos. Los puestos a lo largo de las paredes estaban llenos de comensales que disfrutaban de hamburguesas, alitas y cerveza, y la larga barra de madera estaba llena de lugareños charlando o viendo un partido en el pequeño televisor que colgaba sobre los estantes de botellas de licor.

Algunas cabezas se giraron cuando ella entró, sus ojos se detuvieron el tiempo suficiente para provocar un destello de timidez. Pero las miradas no eran hostiles: sólo curiosidad de pueblo pequeño en su máxima expresión. Sam enderezó los hombros y levantó la barbilla mientras asimilaba todo.

"Está bien", murmuró para sí misma, "hagamos esto".

Su mirada se posó en la barra, donde una mujer joven de su edad estaba sirviendo una cerveza con practicada facilidad. La camarera tenía su cabello rubio recogido en una cola de caballo desordenada, una camisa de franela enrollada hasta los codos y lo suficientemente desabrochada para mostrar algo de escote. Tenía una sonrisa de bienvenida que hizo que Sam se sintiera más a gusto al instante.

Sam se deslizó sobre un taburete vacío, dejó caer su bolso a sus pies y apoyó los codos en la madera pulida de la barra. El camarero la miró y se acercó secándose las manos con una toalla metida en la cintura.

"Bueno, hola", dijo la mujer, su voz amigable y cálida. "No creas que te he visto por aquí antes".

“Acabo de llegar a la ciudad”, dijo Sam con una sonrisa. "Pensé en echar un vistazo a la escena local".

Los ojos del camarero se iluminaron de interés. “¡Oh, un recién llegado! No recibimos muchos de esos. Por cierto, soy Callie”.

"Sam", respondió ella. "Soy el nuevo veterinario".

La sonrisa de Callie se amplió y se apoyó en la barra, apoyando la barbilla en la mano. “Oh, cariño, acabas de hacer muy feliz a mucha gente en esta ciudad. Y por “personas” me refiero principalmente a ganaderos. Han estado desesperados tratando de mantener sanos a sus animales desde que falleció Doc”.

Sam se rió entre dientes, ya que le gustaba la vibra tranquila de Callie. “Es bueno saber que seré apreciado. Aunque por el aspecto de este lugar, no faltan distracciones”.

Callie sonrió y sus ojos azules brillaron con picardía. “Oh, no tienes idea. Puede que Elm Creek sea pequeño, pero el número de solteros aquí es... digamos que superior al promedio. Peones de ranchos, trabajadores petroleros, algunas almas perdidas de paso. ¿Carne fresca como tú? Estarán haciendo fila”.

Sam se rió y sacudió la cabeza. "Bueno, por suerte para ellos, resulta que yo soy recién soltero y estoy dispuesto a divertirme".

Callie soltó una risa encantada y golpeó la barra con su toalla. “Chica, vas a encajar muy bien. Bienvenido a Elm Creek”.

Sam sintió que su tensión se aliviaba un poco más. Callie era inteligente, divertida y fácil de hablar: exactamente el tipo de persona que Sam necesitaba mientras atravesaba este nuevo capítulo.

“¿Qué puedo ofrecerte?” —Preguntó Callie. “El primer trago corre por cuenta de la casa. El regalo de bienvenida no oficial de la ciudad”.

"Una cerveza", dijo Sam. “Y… me muero de hambre, así que vamos con una hamburguesa y papas fritas”.

“Buena elección”, dijo Callie, anotando el pedido y deslizando una cerveza fría por la barra. “Las hamburguesas aquí valen la pena el viaje. Y no te preocupes: te respaldaré si los chicos locales se vuelven demasiado ambiciosos.

Sam levantó su cerveza a modo de brindis. "Por los nuevos comienzos y el encanto de un pueblo pequeño".

Callie le devolvió el gesto con su propio brindis imaginario. “Y a ti por mantener vivas las vacas de los ganaderos. ¡Salud!"

Cuando Sam tomó el primer sorbo de la cerveza fría y crujiente, sintió algo que no había sentido en semanas: optimismo. Puede que Elm Creek no hubiera sido parte de su plan original, pero si el resto de la ciudad se parecía en algo a Callie, tenía la sensación de que podría estar exactamente donde necesitaba estar.

Callie regresó un rato después y deslizó la hamburguesa y las papas fritas por la barra con un guiño. "Disfrútalo. Lo mejor de la ciudad; bueno, sólo de la ciudad, pero sigue siendo el mejor".

Sam se rió y dio el primer bocado, con los ojos muy abiertos cuando los sabores la golpearon. "Está bien, no estabas bromeando", dijo entre bocado y bocado. "Esto es asombroso".

"Ya te lo dije", dijo Callie, destapando una cerveza para otro cliente. "Necesitas algo más, gritas".

Mientras Sam se abría paso entre la hamburguesa, que bien podría haber sido enviada del cielo después de su día de viaje, dejó que su mirada vagara por la barra. La multitud era una mezcla de todo lo que ella esperaba y más: vaqueros con botas y jeans gastados, algunos lugareños mayores charlando tranquilamente mientras tomaban unas copas y un grupo de chicos más jóvenes que parecían más interesados en beber que en hablar.

Un grupo de hombres sentados en una mesa cercana llamó su atención. Eran claramente peones de rancho, su piel bronceada y sus manos callosas evidenciaban largas horas bajo el sol. Uno de ellos, un tipo enjuto con una sonrisa arrogante, le dio un codazo a su amigo y asintió en su dirección. Ella apartó la mirada rápidamente, fingiendo no darse cuenta, pero ya era demasiado tarde. Ya se estaba levantando y acercándose.

"Hola", dijo, apoyándose casualmente en la barra junto a ella. “Debes ser nuevo en la

ciudad. Recordaría una cara como la tuya”.

Sam ahogó una risa y tomó otro sorbo de cerveza para ganarse un segundo antes de responder. "Buena memoria, ¿eh?"

“Lo mejor”, dijo con un guiño. “¿Qué hace una chica linda como tú aquí sola? Parece que te vendría bien un poco de compañía.

Era vergonzoso y predecible, pero Sam no podía molestarse. En cambio, ella sonrió y sacudió la cabeza. “Aprecio la oferta, pero estoy bien. Simplemente disfrutando de mi cena”.

"Tú te lo pierdes", dijo encogiéndose de hombros, aunque su sonrisa no flaqueó. Regresó tranquilamente a su mesa y Sam no pudo evitar reírse cuando el grupo estalló en bromas afables ante su intento fallido.

Cuando terminó sus papas fritas, sus ojos se dirigieron hacia la barra y fue entonces cuando lo vio.

Estaba apoyado contra el mostrador, cerveza en mano, con una confianza natural que lo hacía destacar en la sala abarrotada. Unos 30 años, hombros anchos y una constitución musculosa que llenaba perfectamente su desgastada camiseta y sus jeans. Sus botas de vaquero estaban desgastadas y rotas, y su cabello oscuro estaba lo suficientemente desordenado como para parecer natural.

Su estómago dio un pequeño vuelco cuando sus ojos se encontraron brevemente. La intensidad de su mirada fue suficiente para enviarle un escalofrío por la espalda, y rápidamente desvió la mirada, esperando que él no se hubiera dado cuenta de su mirada. *Maldición,* pensó, respirando profundamente. *¿Quién es ese?*

Intentó concentrarse en su plato vacío, pero fue inútil. Por el rabillo del ojo, lo vio moverse y su pulso se aceleró cuando se dio cuenta de que caminaba hacia ella.

"Oye", dijo, su voz baja y cálida mientras se deslizaba en el taburete junto a ella. “No creo que nos hayamos conocido. Soy Travis”.

"Sam", dijo, obligándose a parecer casual a pesar de que su corazón estaba acelerado.

“¿Nuevo en la ciudad?” preguntó, con una sonrisa fácil, pero la forma en que sus ojos se detuvieron en los de ella envió una ola de calor a través de ella.

"Acabo de llegar hoy", dijo, manteniéndolo simple. "Pensé en echar un vistazo a la escena local".

"Bueno, elegiste un buen lugar", dijo, señalando con la cabeza a Callie, quien los observaba desde el otro extremo de la barra con una sonrisa de complicidad.

Travis pidió dos cervezas y le acercó una. "La primera ronda corre por mi cuenta", dijo con una sonrisa.

Sam lo aceptó con una pequeña sonrisa. "Gracias. Supongo que esto me da la bienvenida oficial a Elm Creek”.

Su conversación fluyó con facilidad y él le hizo preguntas sobre su mudanza y de dónde es. Sus elogios fueron sutiles pero innegables, como cuando le dijo que su sonrisa podía iluminar una habitación o lo hermosa que era.

Cuando él extendió la mano y le rozó ligeramente el brazo mientras hablaba, su piel hormigueó donde habían estado sus dedos. No había esperado sentirse tan atraída por alguien tan rápidamente, pero había algo en Travis (su encanto, su buena apariencia ruda, la forma en que su voz parecía envolverla como miel cálida) que la tenía completamente cautivada.

Travis se reclinó contra la barra, con la cerveza casi vacía, y le dedicó una sonrisa que era pura picardía. "Entonces, Sam", dijo arrastrando las palabras, con voz baja y suave, "¿qué te parece una pequeña partida de billar?"

Sam miró hacia la mesa, donde un grupo de chicos acababa de terminar, dejándola abierta. Ella dudó y luego se echó a reír. "Debo advertirte que no he jugado en años".

"Aún mejor", dijo, dejando su cerveza y ofreciéndole la mano. "Te lo tomaré con calma".

Ella dejó que él la llevara hasta la mesa, sintiendo la chispa de emoción que surgía al adentrarse en un territorio desconocido. Él le entregó un taco y sus dedos rozaron los de ella mientras lo hacía. El contacto provocó una sacudida en su brazo, pero fingió no darse cuenta, decidida a actuar con calma.

Mientras preparaban el juego, Travis se movía con una confianza natural que sólo lo hacía más magnético. Cuando llegó su turno de romper, se inclinó sobre la mesa, intentando alinear el tiro. El taco se deslizó torpemente entre sus dedos y las bolas apenas se dispersaron.

"Un comienzo difícil", bromeó Travis, ampliando su sonrisa. “Pero no te preocupes. Lo dominarás”.

Se inclinó sobre la mesa para tomar su turno y Sam se encontró mirando descaradamente su trasero, perfectamente delineado por sus jeans.

Maldita sea, esa es una vista.

Cuando se enderezó, la sorprendió mirando. "¿Te estás divirtiendo?" preguntó, su tono juguetón pero con un toque más oscuro.

Sam sintió que sus mejillas se sonrojaban pero se negó a apartar la mirada. "Tal vez", dijo, tomando un sorbo de su cerveza para ocultar su sonrisa.

Sus ojos brillaron de diversión mientras preparaba otro tiro. “Tu turno, cariño. Veamos qué tienes”.

Dio un paso adelante, tratando de concentrarse, pero su mente estaba acelerada. Mientras se inclinaba para disparar, la voz de Travis llegó justo detrás de ella. "Tal vez si te inclinaras un poco más, tendrías mejor puntería".

Su agarre vaciló y ella se rió, mirándolo. "Oh, ¿esa es tu opinión profesional?"

"Absolutamente", dijo, con su sonrisa malvada.

Sam siguió el juego, moviéndose ligeramente para darle una mejor vista de su trasero. La risa que burbujeaba en su pecho era una mezcla de nervios y pura adrenalina, pero no pasó por alto la forma en que su mirada se oscureció mientras la miraba. Ella disparó y falló por completo.

Travis se rió entre dientes y se acercó. "Está bien, déjame ayudarte".

Antes de que ella pudiera responder, él se puso detrás de ella, el calor de su cuerpo irradiando contra su espalda. Él se acercó, guiando sus manos sobre el taco, su voz baja y burlona en su oído. “Normalmente me gustan las chicas con un agarre firme, pero con la piscina necesitas relajarte un poco. Alinéalo así”.

Sam apenas podía respirar. El olor de él (cuero, cerveza y un toque de especias) la envolvió, y la firmeza de su pecho contra su espalda hizo que sus rodillas se sintieran débiles. Cuando finalmente dio un paso atrás, la bola se hundió perfectamente en la tronera, pero ella apenas se dio cuenta.

"Eres natural", dijo, bajando los ojos a sus caderas antes de regresar lentamente para encontrarse con los de ella. "Y te ves perfecta haciéndolo".

Su pulso se aceleró cuando él se acercó, el espacio entre ellos se redujo a nada.

A medida que avanzaba el juego, la tensión del coqueteo no hacía más que crecer. Travis se burlaba de ella implacablemente, su agudo ingenio la hacía reír incluso cuando sus mejillas se sonrojaban. Cuando ella hundía una pelota, su lento aplauso estaba mezclado con fingida admiración. Cuando ella falló, su sonrisa se volvió francamente pecaminosa.

Cada uno tomó otra cerveza, y la atmósfera informal se transformó en algo más cargado con cada mirada, cada toque. Travis se apoyó en la mesa mientras esperaba su turno, sin dejar de mirarla. Intentó concentrarse, pero cada vez que él se acercaba y su cuerpo rozaba el de ella, le resultaba imposible concentrarse.

"¿Presumir para mí?" preguntó ella, entrecerrándole los ojos después de otro tiro perfecto.

Él sonrió y tomó un sorbo lento de su cerveza. "Tal vez soy así de bueno".

Ella se rió y puso los ojos en blanco. "¿Muy engreído?"

"Confiado", corrigió, acercándose para entregarle el taco. Sus dedos rozaron los de ella, demorándose un poco demasiado. "Hay una diferencia".

Sam tragó saliva, decidida a actuar con calma mientras se volvía hacia la mesa. En su siguiente turno, intentó concentrarse, pero era imposible ignorar su presencia. Esta vez, cuando ella se inclinó, su voz volvió a sonar, áspera y llena de calor. "Maldita sea, esa es una hermosa vista".

Ella se quedó helada, conteniendo el aliento, mientras él se movía detrás de ella otra vez, su mano rozando su cadera. El aire entre ellos crepitó y cada nervio de su cuerpo pareció iluminarse.

Cuando falló por completo la bola blanca, Travis dio un paso al frente, su confianza absolutamente inquebrantable. "Déjame mostrarte cómo se hace", murmuró.

Esta vez, sus manos no se detuvieron en las de ella. Uno se deslizó por su brazo mientras el otro rozó su muslo, subiendo por debajo de su falda hasta que su palma ahuecó su trasero.

La respiración de Sam se entrecortó, su corazón latía con fuerza mientras su mente luchaba por procesar lo que estaba sucediendo.

Su voz era profunda y áspera, llena de un tono burlón. "Tienes una gran forma", dijo, su mano persistente, su toque firme pero eléctrico.

Ella no podía hablar. Apenas podía pensar. Todo lo que sabía era la forma en que su cuerpo respondía a él, el calor acumulándose en su estómago mientras cada centímetro de ella parecía vibrar con anticipación.

¿Realmente está haciendo esto? pensó, con el pulso acelerado. *¿Y por qué quiero que siga adelante?*

A Cuando la mano de Travis presionó un poco más fuerte y sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa, Sam se dio cuenta de que ella estaba muy por encima de su cabeza, y no le importó en lo más mínimo.

Capítulo 6

travis

La mano de Travis se deslizó más arriba de su falda, sus dedos rozaron la suave piel de su muslo antes de acariciar la curva perfecta de su trasero. El calor de su cuerpo quemó a través de la fina tela de sus bragas, y no pudo evitar maravillarse de lo jodidamente bien que se sentía bajo su tacto. Estrecho, suave y tan condenadamente receptivo: cada pequeño movimiento de sus caderas le decía que estaba tan atrapada en este momento como él.

Tenía que admitir que Sam no era como las mujeres que normalmente encontraba en este bar. Los lugareños le resultaban familiares, incluso predecibles, pero ella era algo completamente diferente. Desde el momento en que la vio en el bar, quedó enganchado. Esa sonrisa confiada, la forma en que se comportaba y esas piernas que duraban días, todo gritaba problemas de la mejor manera posible.

Y luego se inclinó sobre la mesa de billar, dándole la vista perfecta de su tanga negro asomando por debajo de su falda corta. Jesús. Él se había burlado de ella, le había dicho que se inclinara un poco más y ella lo había hecho sin dudarlo, dejándole ver lo suficiente como para volverlo completamente loco. El movimiento de sus caderas, la curva de su trasero... era como si supiera exactamente lo que le estaba haciendo.

Sus dedos se flexionaron contra ella mientras ella se enderezaba, sonrojada y sin aliento por el juego. Su pecho subía y bajaba, sus mejillas sonrosadas y sus labios se abrieron lo suficiente como para hacerle preguntarse cómo se sentirían presionados contra los suyos.

"Eres un problema, ¿lo sabías?" murmuró, su voz baja y áspera.

Sam se rió suavemente y el sonido le provocó un escalofrío directo en el estómago. "No tienes idea".

Eso fue todo, no pudo resistir más. Sus manos se movieron hacia sus caderas, acercándola hasta que su cuerpo estuvo al ras contra el de él. Sus manos aterrizaron en su pecho, el calor de su toque atravesó su camisa.

Sus ojos se encontraron con los de él, muy abiertos y un poco inseguros, pero cuando su lengua salió para humedecer sus labios, fue toda la invitación que necesitaba. Su

pulgar rozó la piel desnuda de su cintura, trazando pequeños círculos mientras se inclinaba, la tensión entre ellos crepitaba como un cable con corriente.

Todo en ella era embriagador: su olor, su tacto, la forma en que lo miraba con esa mezcla de confianza y curiosidad. Él no sólo la quería a ella; él la necesitaba. Aquí mismo, ahora mismo.

Travis estaba perdido en el calor del momento, la sensación de las caderas de Sam bajo sus manos y la forma en que ella se inclinaba hacia él, su respiración suave y superficial contra su pecho. Pero por el rabillo del ojo, un movimiento lo devolvió a la realidad. Miró hacia la puerta y maldijo en voz baja.

Allí estaba Cole, de pie en la puerta, saludando como un idiota y señalando hacia el estacionamiento. Travis apretó la mandíbula, la irritación lo recorrió. Sólo porque Cole no había marcado esa noche no significaba que tuviera que bloquearlo.

"¿Todo bien?" La voz de Sam atrajo su atención hacia ella. Ella siguió su mirada y frunció el ceño al notar que Cole hacía un gesto.

Travis forzó una sonrisa y su enfado se suavizó al mirarla. "Parece que mi vehículo está listo para partir".

Los labios de Sam se curvaron en una pequeña sonrisa, su expresión era juguetona pero comprensiva. "Bueno, supongo que probablemente yo también debería salir", dijo.

Travis no estaba dispuesto a dejar que la noche terminara con esa nota. "Vamos", dijo, tomando su mano entre las suyas. Su agarre fue firme, confiado, y ella no dudó en dejar que la condujera hacia el estacionamiento.

El aire de la noche era cálido y los sonidos de los grillos llenaron el silencio cuando salieron. Sam señaló al otro lado del estacionamiento su camioneta, estacionada a solo unos lugares de la de Cole. Travis vio a su amigo sentado en el asiento del conductor, probablemente mirándolos, pero le importó un carajo.

"Supongo que soy yo", dijo Sam cuando se detuvieron junto a su camioneta. Su sonrisa era suave, pero había algo en sus ojos: una invitación tácita que provocó una oleada de calor a través de él.

Travis se acercó y su mirada se fijó en la de ella. Era casi imposible apartar la mirada de esos ojos, y ni siquiera lo intentó. “Me divertí esta noche”, dijo en voz baja y áspera.

"Yo también", murmuró ella, conteniendo el aliento cuando él se inclinó.

En el momento en que sus labios se encontraron, el mundo desapareció. El beso comenzó suave, vacilante, como si probara las aguas, pero en cuestión de segundos, el fuego entre ellos ardió rápido y caliente. Las manos de Sam se deslizaron por su pecho, sus dedos se curvaron en la tela de su camisa, acercándolo mientras su cuerpo se presionaba contra el de él.

Travis profundizó el beso, su lengua provocando la de ella a un ritmo que los dejó a ambos sin aliento. Podía sentir la forma en que su respiración se entrecortaba, el ligero temblor en sus manos mientras se movían para agarrar sus hombros. Cada pequeño movimiento suyo alimentaba el calor que lo recorría, encendiendo algo primitivo.

Él rompió el beso por sólo un segundo, su frente descansando contra la de ella mientras ambos recuperaban el aliento. Pero cuando ella lo miró, con los ojos oscurecidos por el deseo y los labios hinchados, él no pudo resistirse. La besó de nuevo, esta vez con más fuerza, sus manos deslizándose por su espalda antes de rozar sus costados, trazando la curva de su cintura.

Su cuerpo se derritió con su toque, sus curvas se ajustaron a él como si estuvieran hechas para ello. Dejó que sus manos vagaran, explorando la línea de sus caderas, la curva de su espalda, la suave tela de su camisola que se pegaba a ella. Ella se arqueó hacia él, su respiración se convirtió en breves jadeos contra su boca, y él pudo sentir la forma en que ella deseaba esto tanto como él.

Mientras sus manos viajaban hacia arriba, podía sentir el calor de su piel a través del fino material, sus dedos rozaban los costados de sus costillas. Cuando sus palmas finalmente cubrieron sus pechos, un profundo gemido se le escapó al sentir sus duros pezones presionando contra sus manos. Él no pudo contenerse y, por la forma en que ella jadeó, ella tampoco.

Ella jadeó cuando él bajó los tirantes de su top, la fina tela cedió fácilmente cuando la dejó desnuda para la noche. Bajo el suave resplandor de la farola, sus pechos eran perfectos: llenos, tensos y pidiendo atención. Travis bajó la cabeza, su boca capturó un pezón mientras su mano jugueteaba con el otro.

El jadeo de Sam se convirtió en un gemido, sus dedos se enroscaron en su cabello mientras su lengua y dientes trabajaban sobre su sensible piel. Ella era todo lo que había imaginado y más: receptiva, salvaje y completamente desinhibida.

Pero luego ella se tensó, su cuerpo se puso rígido bajo su toque.

"¿Qué ocurre?" murmuró, retrocediendo lo suficiente para ver su rostro.

Su mirada se dirigió hacia la camioneta de Cole, su voz entrecortada cuando dijo: "Él está mirando".

Travis miró y vio a Cole en el asiento del conductor. Se encontró con los ojos de su amigo por un segundo antes de volverse hacia Sam, su tono era tranquilo pero con un toque de calidez. “Ese es solo mi amigo. Él es mi vehículo. A veces le gusta mirar”.

Sam vaciló y su respiración se volvió rápida y superficial. Por un momento, Travis pensó que ella podría alejarse, pero luego lo sorprendió.

"Está bien", susurró, sus labios se curvaron en una pequeña y malvada sonrisa.

Antes de que él pudiera responder, ella lo besó de nuevo, esta vez con más fuerza, sus manos agarrando sus hombros mientras una pierna rodeaba su cintura. El movimiento presionó su cuerpo contra el de él, y la sangre de Travis rugió en sus oídos.

Su mano se deslizó por su muslo, subiendo su falda mientras sus dedos encontraban sus bragas. Estaba empapada, su cuerpo caliente y listo, y él no pudo evitar gruñir contra sus labios. "Maldita sea, estás mojado por mí", murmuró, con la voz llena de deseo.

Sam dejó escapar un suave jadeo y su cuerpo se arqueó ante su toque. El sonido fue como combustible para el fuego que ya ardía en su interior. Enganchó sus dedos bajo el borde de sus bragas, su toque rozó su resbaladizo calor. Ella gimió contra sus labios mientras él deslizaba sus dedos dentro de ella, sus movimientos lentos y deliberados al principio, provocándola lo suficiente como para hacer que sus caderas giraran contra él.

"Joder, te sientes tan bien", gruñó, con la otra mano agarrando su trasero para apretarla más contra él mientras sus dedos comenzaban a trabajar más profundamente, su ritmo se aceleraba.

Sus gemidos se hicieron más fuertes, su respiración superficial y temblorosa mientras se aferraba a él, hundiendo las manos en sus hombros. Pero entonces ella lo sorprendió. Una de sus manos se movió entre ellos, recorriendo su pecho y estómago antes de encontrar la dura cresta de su polla presionando contra sus jeans.

Su toque fue vacilante al principio, pero cuando él gimió en respuesta, ella se volvió más atrevida, frotándolo a través de la tela. Sus caderas se sacudieron involuntariamente en su mano, un sonido bajo y gutural escapó de su garganta.

"Joder, Sam", murmuró, con la voz tensa mientras los dedos de ella se abrían paso hasta el botón y la cremallera.

Sus dedos trabajaron hábilmente, hurgando sólo brevemente antes de liberarlo de sus jeans. El aire fresco de la noche apenas tuvo la oportunidad de tocarlo antes de que su mano cálida y suave envolviera su dura longitud, provocando que un escalofrío de placer lo recorriera.

"Así, Sam", gruñó, su voz llena de deseo mientras ella lo apretaba con más fuerza y su palma se deslizaba lentamente hacia arriba y hacia abajo por su eje. Sus movimientos eran deliberados, provocadores, como si quisiera llevarlo al límite antes de darle algo más.

Mientras tanto, su propia mano estaba enterrada bajo su falda, sus dedos metiéndose en su calor húmedo con un ritmo constante que coincidía con los latidos de su pulso. Cada vez que sus dedos se curvaban dentro de ella, ella dejaba escapar un gemido entrecortado que lo volvía loco. Sus caderas se sacudieron contra su mano, buscando más, y él obedeció, presionando más profundamente, su pulgar rozando su clítoris hinchado mientras se movía.

"Estás tan jodidamente mojada para mí", murmuró, sus labios rozando su oreja. Las palabras provocaron un escalofrío visible a través de ella, sus caricias en su polla se hicieron más rápidas, más seguras.

Su pulgar rodeó la cabeza de su pene, extendiendo la gota de líquido preseminal que se había acumulado allí, y él siseó, sus caderas se sacudieron ante su toque. La combinación de su mano trabajando en él y la sensación de su apretado y húmedo coño agarrando sus dedos era casi demasiado para manejar.

"Maldita sea, Sam", dijo con voz áspera, su mano libre agarrando su cadera para estabilizarla mientras su cuerpo temblaba contra él. Su ritmo sobre él vaciló por un momento mientras sus dedos empujaban más profundamente, curvándose justo para golpear el punto que la hizo jadear y aferrarse a él aún más fuerte.

La tensión entre ellos alcanzó un punto álgido, sus respiraciones se mezclaron mientras sus manos se movían en tándem, sus caricias se volvieron erráticas mientras su cuerpo se estremecía bajo su toque. La mandíbula de Travis se apretó, su control colgaba de un hilo mientras sentía su calor apretarse alrededor de sus dedos.

Con un gruñido, Travis la agarró por los muslos y la levantó sin esfuerzo, sus piernas instintivamente se envolvieron alrededor de su cintura. Su falda se subió mientras se movía, su mano tiraba de sus bragas hacia un lado mientras la otra lo guiaba hasta su entrada.

En el momento en que sintió el calor resbaladizo de ella contra él, su control se rompió. Con un fuerte empujón, se enterró dentro de ella, su calor apretado y húmedo lo envolvió por completo.

Sam gritó, su cabeza cayó hacia atrás mientras sus uñas se clavaban en sus hombros. Su cuerpo se apretó alrededor de él y Travis se quedó quieto por un momento, saboreando la forma en que ella le encajaba como un guante.

"Maldita sea, te sientes apretada", dijo con voz áspera mientras comenzaba a moverse, sus caderas se balanceaban contra las de ella mientras la inmovilizaba contra la camioneta. Cada embestida era más dura, más profunda, y sus gemidos se hacían más fuertes con cada movimiento.

Sus piernas se apretaron alrededor de su cintura, su cuerpo se encontró con él, empuje tras empuje, su voz se rompió en jadeos y gemidos que sólo lo estimularon. Estaba completamente envuelta alrededor de él, su cuerpo temblaba mientras la noche parecía cerrarse a su alrededor, dejando solo el sonido de sus respiraciones entrecortadas y el golpe rítmico de sus cuerpos contra la camioneta.

Capítulo 7

samantha

La cabeza de Sam cayó hacia atrás y sintió el frío metal de la camioneta contra su espalda, conteniendo el aliento mientras Travis la llenaba completamente con cada poderoso empujón. La extensión de él, espesa e implacable, envió oleadas de placer recorriendo su cuerpo. No pudo detener el gemido bajo y entrecortado que se escapó de sus labios, sus manos agarraron sus hombros mientras él la inmovilizaba contra el vehículo.

"Joder, Sam", gruñó, su voz áspera y con un toque de calor. “Te sientes tan jodidamente bien. Muy apretado”.

Sus palabras provocaron un escalofrío por su espalda, la charla sucia avivó el fuego que ya ardía dentro de ella. Sus piernas se apretaron más alrededor de su cintura, sus talones se clavaron en su espalda mientras inclinaba sus caderas, llevándolo aún más profundo. Cada embestida enviaba una chispa de éxtasis a través de ella, su polla golpeándola justo, una y otra vez.

Su cuerpo respondió instintivamente, apretándose alrededor de él mientras sus uñas le arañaban la espalda. Su gruñido se hizo más profundo, su ritmo se aceleró mientras agarraba su trasero con una mano y con la otra sostenía su espalda baja. Cada movimiento era crudo y desesperado, como si no pudiera tener suficiente de ella.

Sus gritos se hicieron más fuertes, su voz entrecortada y desigual mientras se dejaba consumir por completo por el momento. Abrió los ojos brevemente y su mirada se posó en el camión estacionado a solo unos metros de distancia. Cole todavía estaba allí, sentado en el asiento del conductor, mirándolos a través del parabrisas.

Al darse cuenta, la recorrió una sacudida, no de vergüenza, sino de algo más oscuro, más emocionante. Su cuerpo se apretó reflexivamente alrededor de Travis, y la forma en que su polla la llenaba con cada golpe sólo aumentó la emoción.

Su cabeza cayó hacia adelante, sus labios rozaron su oreja mientras susurraba: "Él todavía está mirando".

Travis no se detuvo. En cambio, sus embestidas se hicieron más duras y profundas, su respiración se entrecortaba mientras murmuraba: “Déjalo mirar. Te gusta, ¿no?

El deseo en su voz, combinado con el pensamiento de los ojos de Cole sobre ellos, la hizo perder el control. Su espalda se arqueó contra la camioneta, sus manos se deslizaron hacia abajo para agarrar su trasero, instándolo a seguir mientras ella se tambaleaba al borde de la liberación.

"Travis", jadeó, su cuerpo temblaba mientras su clímax crecía, imparable y abrumador.

"Eso es todo", gimió, su voz llena de necesidad. “Ven por mí, Sam. Quiero sentirte”.

Las palabras la llevaron al límite. Su cuerpo se apretó alrededor de él, sus gritos ahogados mientras enterraba su rostro en su cuello. Ola tras ola de placer la atravesó, dejándola sin aliento y temblando en sus brazos.

Su liberación sólo pareció empujarlo más. Su agarre sobre ella se hizo más fuerte, sus embestidas se volvieron erráticas mientras perseguía su propio clímax. Podía sentir su cuerpo tenso, su gemido bajo y gutural mientras se enterraba profundamente dentro de ella por última vez.

La calidez de su liberación la llenó y, por un momento, el mundo se detuvo. Sus respiraciones se mezclaban, ásperas y desiguales, mientras se aferraban el uno al otro, sus cuerpos todavía temblaban por la intensidad de todo.

Las piernas de Sam se tambalearon ligeramente cuando Travis la bajó suavemente al suelo, con las manos firmes en sus caderas para estabilizarla. Se sentía ingrávida, su cuerpo todavía hormigueaba por las consecuencias de lo que acababan de hacer. Él apartó un mechón de cabello de su rostro sonrojado, su toque sorprendentemente tierno para alguien que acababa de tomarla con tanta intensidad.

Su pecho subía y bajaba mientras intentaba recuperar el aliento, con una pequeña y aturdida sonrisa tirando de sus labios. Travis le devolvió la sonrisa, esa mirada engreída y satisfecha hizo que su corazón latiera de una manera que no esperaba.

Él retrocedió un poco y la recorrió con los ojos. "¿Estás bien ahí, cariño?"

Sam rió suavemente, todavía sin aliento. "Creo que sí", bromeó, alisándose la falda y dándose cuenta de lo completamente desaliñada que debía verse.

Travis extendió la mano, volvió a colocar los tirantes de su camisola en su lugar y ajustó el escote. Sus dedos se demoraron lo suficiente como para enviarle otro escalofrío. "Ahí está", dijo, con voz baja y áspera. “Bueno como nuevo.”

Ella sonrió y miró hacia la camioneta de Cole, donde apenas podía distinguir el tenue brillo de un cigarrillo. "Estoy bastante seguro de que le acabamos de dar a tu amigo un gran espectáculo".

La sonrisa de Travis se hizo más amplia y su mano se deslizó hasta la parte baja de su espalda mientras se acercaba más. "A Cole se le ha visto mucho, pero supongo que esto se quedará con él por un tiempo".

Sam sacudió la cabeza y volvió a reír. Lo absurdo de la situación (el camión, la farola, el público) sólo hizo que la noche pareciera aún más surrealista.

Travis la acompañó hasta el lado del conductor de su camioneta y abrió la puerta con una facilidad que hizo que su corazón diera un vuelco. Ella se volvió hacia él, con las mejillas aún cálidas, y le ofreció una sonrisa genuina.

"Gracias por..." Hizo una pausa, buscando las palabras, antes de decidirse por una divertida "una increíble bienvenida a la ciudad".

Se apoyó contra el marco de la puerta, su cuerpo aún irradiaba calor y confianza. "El placer era todo mío", murmuró, su voz envió un delicioso escalofrío por su espalda.

Mientras subía a la camioneta, Sam se dio cuenta de la sensación resbaladiza entre sus muslos, la evidencia innegable de su pasión goteando por su pierna. Se mordió el labio y su rostro se sonrojó, pero la sensación solo sirvió como un recordatorio de lo viva que se sentía en ese momento.

Travis se inclinó para darle un último beso, sus labios lentos y deliberados, como si saborearan cada segundo. Cuando finalmente se apartó, su mirada se fijó en la de ella, su voz baja y llena de promesas. "Conduce con cuidado, Sam".

Ella asintió, su corazón latía con fuerza mientras encendía el motor y salía del estacionamiento. En su espejo retrovisor, pudo verlo allí de pie, con las manos metidas

en los bolsillos, mirándola alejarse con la misma sonrisa de satisfacción.

Mientras conducía hacia la noche, el aire fresco que entraba por la ventana abierta no podía competir con el calor que todavía la recorría. Sonrió para sí misma y su mente se aceleró al darse cuenta de que Elm Creek podría estar lleno de sorpresas.

Capítulo 8

samantha

La luz del sol se filtraba a través de las finas cortinas de la cabaña, bañando el pequeño dormitorio con un cálido resplandor dorado. Sam parpadeó para despertarse, su cuerpo todavía medio dormido, los acontecimientos de la noche anterior arrastrándose en su mente como una quemadura lenta.

Ay dios mío, pensó, mirando al techo mientras una oleada de calor subía por su cuello. *¿Realmente hice eso?*

Sí, sí lo hice. El recuerdo era tan vívido como el dolor persistente en sus muslos: la sensación de las manos de Travis sobre ella, su boca, la forma en que su cuerpo se movía contra el de ella. Ella gimió suavemente, hundiendo el rostro en la almohada, medio avergonzada, medio emocionada.

En lugar de arrepentimiento, lo que más sintió fue euforia. Por primera vez en años, se había dejado llevar, completamente libre de reglas o expectativas. Nadie a quien impresionar, nadie a quien estar a la altura: solo deseo puro y sin filtrar.

Era un marcado contraste con Daniel. Con él todo había sido siempre tan serio, tan controlado. Incluso sus momentos más íntimos parecían planeados. Y aunque alguna vez pensó que su madurez y estabilidad eran lo que necesitaba, anoche demostró algo completamente diferente.

La noche anterior había sido cruda, salvaje y absolutamente divertida. Era exactamente lo que no sabía que se estaba perdiendo.

Sam se sentó y se pasó una mano por el cabello desordenado mientras una pequeña sonrisa aparecía en sus labios. *Bien, nueva regla: no pensar demasiado. Simplemente disfrútalo por lo que fue: un muy buen momento.*

Una vez tomada esa decisión, sus pensamientos se dirigieron al día siguiente. Su primer día en Elm Creek Animal Practice. Su primer día como *Dra. Samantha Blake* .

La idea provocó un revoloteo de nervios en su estómago, pero estaba mezclado con emoción. Para eso había trabajado tan duro: las noches estudiando, los interminables

exámenes, los sacrificios. Hoy, finalmente daría un paso hacia su sueño.

Sam pasó las piernas por el costado de la cama y se estiró, sacudiéndose los últimos restos del sueño. *Muy bien, niña,* se dijo a sí misma. *Es hora de concentrarse. La clínica espera.*

Caminó hasta el pequeño baño y miró su reflejo en el espejo. Tenía las mejillas todavía un poco sonrojadas y el pelo desordenado, pero se sentía más viva que en años. Con una sonrisa decidida, abrió el agua y comenzó a prepararse para lo que esperaba fuera el comienzo de algo grandioso.

Después de ducharse y vestirse, Sam se ajustó el cuello de la camisa, tiró de la chaqueta y miró por última vez su reflejo en el pequeño espejo junto a la puerta principal. *Dra. Samantha Blake,* pensó, dando vueltas al título en su mente como si fuera un par de zapatos nuevos que todavía estaba poniendo a prueba. Sonaba surrealista, pero hoy era el día en que se hacía real.

Con una respiración profunda y una pequeña charla de ánimo en su haber, agarró su bolso, salió y se subió a la vieja camioneta de Doc. El motor cobró vida con un rugido después de un par de gruñidos obstinados, y el olor a grasa y cuero viejo llenó la cabina. "Está bien, amigo", murmuró, dando palmaditas en el volante. "Hagamos que esto funcione".

El camino hacia la ciudad fue tranquilo, el sol saliendo sobre las llanuras onduladas, proyectando tonos dorados en el paisaje. Apareció Elm Creek Animal Practice: un modesto edificio de ladrillo con un letrero descolorido que claramente había visto días mejores. No era llamativo, pero era suyo. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios cuando entró en el estacionamiento de grava, los frenos del camión dejaron escapar un fuerte chirrido que anunció su llegada a cualquiera que estuviera al alcance del oído.

Su sonrisa vaciló cuando notó que varios autos ya estaban estacionados afuera. *Espera un segundo… ni siquiera estamos abiertos todavía. ¿Por qué hay coches aquí?* Su estómago se apretó cuando los nervios se apoderaron de ella. Había planeado tener tiempo para acomodarse, tal vez tomar un sorbo de café y respirar en silencio antes de que llegaran los pacientes.

En cambio, mientras cruzaba las puertas de la clínica, una mujer pequeña y redonda de unos sesenta años se acercó a ella. “¡Oh, gracias a Dios! ¡Estás aquí! gritó la mujer, sosteniendo un chihuahua diminuto y tembloroso envuelto en una manta de crochet

que parecía pertenecer a un sofá de 1982.

“Uh…” tartamudeó Sam, parpadeando mientras la mujer corría hacia ella y empujaba al perro tembloroso hacia su pecho.

"¡Es maní!" exclamó, su voz temblaba tanto como la del perro. “¡No ha comido en dos días! Creo que son sus dientes, o tal vez su corazón, o... oh Dios, ¿y si es algo peor?

Sam apenas tuvo tiempo de registrar lo que estaba sucediendo antes de que una voz aguda desde atrás interviniera.

"¡Betsy, no te atrevas a saltarte la fila!"

Sam se volvió hacia la sala de espera y vio a otra mujer, de unos cincuenta años, sentada con un transportador para gatos en su regazo. El transportador vibró con fuertes y enojados maullidos, y la mujer miró a Betsy como si estuviera lista para luchar con ella por el primer lugar en la fila.

“¡Yo estuve aquí primero!” Gritó la señora de los gatos, sosteniendo el transportador como para demostrar su punto. “¡Trixie se quedó atrapada con la cola en la puerta mosquitera!”

Sam se quedó congelada, Peanut retorciéndose en sus brazos mientras las dos mujeres discutían. *Oh Dios, ¿qué está pasando?* No era así como se había imaginado su primer día. Ni siquiera había logrado cruzar la puerta y ya estaba abrumada.

Antes de que pudiera descubrir cómo calmar la situación, una puerta en la parte trasera de la clínica se abrió de golpe y una voz atravesó el caos como un látigo.

"¡Señoras! ¡Suficiente!"

Sam se giró y vio a una mujer robusta de unos treinta y tantos años entrar en la habitación, con su moño desordenado balanceándose mientras caminaba. Llevaba una blusa ligeramente arrugada, jeans y el tipo de expresión sensata que hizo que todos en la sala de espera retrocedieran.

"Ustedes dos necesitan calmarse", ladró la mujer, señalando a Betsy y a la señora de los gatos por turno. "Ni siquiera estamos abiertos todavía, y tienen suerte de que deje que sus traseros neuróticos entren aquí".

Betsy murmuró algo acerca de que Peanut era "frágil" y "al borde del abismo", pero Nancy no estaba de acuerdo.

"Mi trasero es frágil", espetó ella. "Ese perro probablemente podría vivir sólo del rencor".

Sam no pudo evitar reírse suavemente, a su pesar. Nancy se volvió hacia ella y su expresión se suavizó cuando vio a Sam por primera vez.

"Usted debe ser el Dr. Blake", dijo, su tono ahora cálido y acogedor. “Soy Nancy, tu recepcionista. Perdón por estos dos, son clientes habituales. Un poco loco, pero inofensivo”.

"Encantado de conocerte, Nancy", dijo Sam, ajustando a Peanut en sus brazos. "Y gracias por la... uh... ayuda".

Nancy lo desestimó, dando un paso adelante para quitar suavemente a Peanut de las manos de Sam y entregárselo a su dueño. “¿Por qué no te muestro los alrededores y te oriento antes de que abramos de verdad? No te preocupes por estos dos: seguirán aquí cuando estés listo”. Le lanzó una mirada furiosa a Betsy y a la señora de los gatos, y ambas mujeres sabiamente permanecieron en silencio.

Mientras Nancy la conducía hacia atrás, Sam exhaló por lo que pareció la primera vez desde que salió de la camioneta. "¿Siempre es así de caótico?" —preguntó, medio en broma.

Nancy sonrió. “Oh, cariño, esto no es nada. Bienvenido a Elm Creek”.

Nancy condujo a Sam por el pasillo hacia la parte trasera de la clínica, charlando mientras avanzaba. “Entonces, aquí está la gran gira”, comenzó Nancy, agitando la mano teatralmente. "No parpadees o te lo perderás".

Sam se rió nerviosamente y la siguió hasta la primera habitación. Era una de las dos salas de examen, modestamente equipada pero claramente funcional. En el centro había una mesa de acero inoxidable, rodeada de gabinetes con pintura ligeramente descascarada. Un conjunto de herramientas médicas obsoletas estaban cuidadosamente colocadas en una bandeja, como si esperaran a que un viajero en el tiempo de la década de 1980 las recogiera.

"Doc Miller no era precisamente un fanático de las mejoras", explicó Nancy, apoyándose casualmente contra la pared. “Si funcionó en el siglo pasado, fue suficiente para él. ¿Computadoras? Olvídalo. No confiaba en ellos. Dijeron que los hackearían y que los rusos robarían su información bancaria. Ella puso los ojos en blanco dramáticamente y Sam ahogó una risa.

"Eso es... bastante preocupante", respondió Sam, pasando los dedos por el borde de la mesa. “Pero creo que necesitaremos traer algunas cosas a este siglo. Al menos una computadora o dos. Y tal vez algún equipo actualizado una vez que vea cómo son nuestras finanzas”.

Nancy asintió con aprobación. “Me parece bien, doctor. Me encantaría saltar a este siglo”.

Pasaron a la segunda sala de examen, que era casi idéntica a la primera, y luego a una estrecha zona de almacenamiento donde los estantes crujían bajo el peso de los suministros viejos. “Aquí encontrará de todo, desde vendas hasta tranquilizantes para caballos”, dijo Nancy. "Y probablemente algunas cosas que expiraron cuando Clinton estaba en el cargo".

Sam no pudo evitar sonreír. “Es bueno saberlo. Tomaré nota de hacer un poco de limpieza”.

Finalmente, Nancy abrió la puerta de una pequeña oficina. El escritorio estaba enterrado bajo una montaña de papeles y detrás de él había una silla de cuero gastada. Un calendario descolorido en la pared todavía mostraba un mes de hace dos años.

“Hogar, dulce hogar”, dijo Nancy, señalando el caos con una floritura. “Doc Miller era un gran aficionado a los archivos en papel, como puede ver. Puede que te lleve un tiempo solucionarlo.

Sam examinó el desorden con una mezcla de temor y determinación. “Lo resolveré. Puede que me lleve algunas noches, pero lo organizaré”.

Nancy sonrió. “Buena suerte, doctor. Haré que el café siga fluyendo”.

Mientras caminaban de regreso al frente, Nancy le dio un resumen del horario. “Las mañanas y las últimas horas de la tarde son para citas en la clínica, que es lo que tenemos programado para hoy. Al mediodía, normalmente reservamos para visitas a domicilio en los ranchos. Pero”, dijo con una mirada cómplice, “las emergencias siempre tienen una forma de arruinar el plan. Aprenderás a seguir adelante”.

"Visitas a domicilio, ¿eh?" Dijo Sam, levantando una ceja.

"Sí. Bienvenido al país de los ranchos. No te sorprendas si terminas pariendo un ternero en medio de una tormenta o arrancando púas de puercoespín a un perro de caza a una hora intempestiva”.

Sam se rió nerviosamente, con una mezcla de emoción y ansiedad burbujeando en su pecho. "Suena como una aventura".

Nancy se detuvo en el mostrador de recepción y puso una mano sobre una pila de papeles. “Ya se ha corrido la voz de que tenemos un nuevo veterinario en la ciudad. Tu agenda está repleta para esta semana, así que abróchate el cinturón”.

Sam parpadeó, intentando procesar la información. "Guau. No esperaba que mejorara tan rápido”.

Nancy se encogió de hombros. “Llevamos un tiempo sin veterinario. La gente está desesperada. Harán cola para verte”.

Sam respiró hondo y dejó que la realidad de su nuevo papel la asimilara. Ésta era su oportunidad de demostrar su valía, de hacerse cargo de su propia práctica.

Se volvió hacia Nancy con una sonrisa genuina. “Gracias por todo, Nancy. Ya puedo decir que voy a necesitarte para mantener este lugar funcionando sin problemas”.

Nancy sonrió y la saludó burlonamente. “No se preocupe, doctor. Te cubro la espalda”.

Cuando Nancy desapareció hacia atrás para agarrar al primer paciente, Sam se tomó un momento para estabilizarse. Miró alrededor de la clínica, su clínica, sintiendo una oleada de orgullo y anticipación. Esto era por lo que había trabajado, con lo que había soñado y ahora estaba sucediendo.

Cuando Nancy regresó, Sam enderezó los hombros y sus nervios se transformaron en emoción. “Envíe al primer paciente”, dijo con voz firme.

Nancy sonrió. "Lo tiene, doctor".

Cuando se abrió la puerta de la sala de espera, Sam respiró hondo, lista para sumergirse en su nueva vida.

Capítulo 9

samantha

La primera semana había sido confusa. Elm Creek se movía a un ritmo más lento que en cualquier otro lugar donde Sam hubiera vivido, pero sus días habían sido todo menos tranquilos. Entre las visitas a la clínica y los viajes a los ranchos para controles de ganado y emergencias, sentía que apenas había tenido tiempo para respirar. Sin embargo, de alguna manera, a ella le encantó.

Sam agarró el volante de la vieja camioneta del Doc Miller mientras conducía hacia la clínica, mientras su mente vagaba por los innumerables giros y senderos que ya había memorizado. Algunos de estos ranchos estaban tan remotos que tenían sus propias salidas a las autopistas: no había gasolineras ni signos de civilización, sólo un camino solitario que conducía a una tierra extensa y una granja solitaria. Al principio, se había sentido desalentador, pero ahora empezaba a sentirse como una segunda naturaleza.

Sus primeras visitas al rancho habían sido una mezcla de nervios y determinación. Los rancheros mayores, en su mayoría hombres bruscos con rostros curtidos por el sol y ojos escépticos, no habían tenido reparos en evaluarla. Uno de ellos incluso había murmurado: “Espero que sepas lo que estás haciendo, señorita”, mientras se acercaba a un ternero enfermo en su primera visita a domicilio.

Pero Sam había aprendido a tomar esos comentarios con calma. Había crecido como un poco marimacho, pasando los fines de semana y los veranos en la pequeña granja de sus abuelos, ayudando con las vacas, las gallinas y alguna que otra cabra irritable. No tenía miedo de ensuciarse las manos y no le llevó mucho tiempo demostrar que sabía exactamente lo que estaba haciendo. La satisfacción de ver cómo su escepticismo se convertía en respeto reticente la alimentaba incluso en los días más difíciles.

Sonrió al pensar en un ranchero que se había quejado algo sobre “gente de la ciudad” cuando llegó por primera vez, solo para entregarle un frasco de conservas de durazno caseras al salir. “Para el nuevo doctor”, había dicho, con tono brusco pero gesto amable.

Aún así, no todo fue fácil. Las largas horas y la naturaleza impredecible del trabajo en el rancho eran agotadoras. Una llamada nocturna sobre el parto de una vaca hace dos días la había dejado empapada en sudor y cubierta de tierra, pero la vista de un ternero sano tambaleándose hizo que todo valiera la pena.

Ahora, a medida que se acercaba a la ciudad, sentía una mezcla de cansancio y orgullo. Había sobrevivido a su primera semana y empezaba a sentir que podría manejar cualquier cosa que Elm Creek le deparara.

Cogió su botella de agua y tomó un sorbo mientras contemplaba el horizonte infinito. Este lugar no se parecía en nada a las granjas de caballos de Kentucky con las que había soñado: no había pastos prístinos ni establos elegantes, sólo tierras escarpadas y gente trabajadora. Estaba feliz de poder finalmente poner en práctica sus conocimientos y cada día presentaba un nuevo desafío que conquistar. Pero por mucho que lo disfrutara, no podía imaginarse aquí para siempre.

Sam enderezó los hombros y agarró el volante con un poco más de fuerza. No sólo estaba demostrando su valía ante los rancheros; ella también se estaba demostrando algo a sí misma. Y por ahora eso fue suficiente.

Sam entró en el terreno de grava de la clínica y el familiar chirrido de los frenos del camión anunció su llegada.

La mañana fue un flujo constante de pacientes, desde un perro de aguas con un bulto sospechoso hasta un gato particularmente gruñón que la había arañado dos veces antes de que ella lograra limpiarle las orejas. Estaba terminando con una coneja preñada cuando Nancy asomó la cabeza en la sala de examen con expresión divertida.

“Otra muesca en su cinturón, Doc. Eres oficialmente la que susurra los conejitos”, bromeó Nancy, apoyándose en el marco de la puerta.

Sam se rió entre dientes y se secó las manos con una toalla mientras se giraba para mirarla. "Oye, me han llamado cosas peores".

Nancy se rió y sacudió la cabeza. “Bueno, no te pongas demasiado cómodo. Tienes una visita a domicilio esta tarde. Le entregó a Sam una hoja de papel con una dirección garabateada. “Rancho Williams. Gran lugar a las afueras de la ciudad. Conocerás al capataz, Jake. Aparentemente tienen una vaca enferma que necesita tu atención”.

Después de tomar un almuerzo rápido y asegurarse de tener todos los suministros que necesitaría, Sam volvió a subir a la camioneta y siguió las instrucciones de Nancy. Mientras salía de la ciudad, el paisaje empezó a cambiar. Los caminos pavimentados dieron paso a la tierra y los campos parecían extenderse sin fin, salpicados de ganado

y algún que otro granero deteriorado.

El rancho Williams apareció a la vista cuando llegó a la cima de una colina, y parecía sacado de una película del oeste. La casa principal se alzaba orgullosa contra el horizonte, rodeada de kilómetros de pastos cercados, un granero en expansión y lo que parecía un suministro interminable de tierra ondulada.

Mientras tomaba su bolso del asiento del pasajero, las puertas del granero se abrieron con un chirrido y salió un hombre. Parecía tener poco más de cuarenta años, con una buena apariencia robusta que sólo parecía realzada por su edad. Alto y de hombros anchos, tenía el tipo de constitución que provenía de años de duro trabajo físico. Su desgastado sombrero de vaquero ensombrecía sus rasgos afilados y cincelados: una mandíbula fuerte, una nariz que podría haberse roto alguna vez y unos ojos azules penetrantes que parecían captar todo de un vistazo.

Sus jeans, cómodamente usados, se ajustaban perfectamente a sus musculosas piernas, y sus botas, desgastadas y polvorientas, tenían las marcas de innumerables días dedicados a trabajar la tierra. Una gruesa hebilla de cinturón brillaba a la luz del sol, llamando la atención de Sam por una fracción de segundo antes de que ella notara su camisa: una simple camisa a cuadros que se extendía sobre su pecho, las mangas arremangadas revelaban unos antebrazos llenos de músculos.

Se movía con una tranquila confianza que inmediatamente lo distinguió, cada paso era deliberado y seguro, como si se sintiera completamente a gusto en su entorno. El hombre irradiaba autoridad y Sam no tenía ninguna duda de que se trataba del capataz que Nancy había mencionado.

Sam tragó, su comportamiento profesional flaqueó por un momento mientras él se acercaba. *Este debe ser Jake.* pensó, tratando de no mirar lo ridículamente bien que se veía.

"Tú debes ser el nuevo veterinario", dijo, con voz profunda y uniforme, mientras extendía una mano.

"Ese soy yo", respondió Sam, estrechándole la mano y haciendo todo lo posible para parecer imperturbable. "Dr. Samantha Blake. Pero la mayoría de la gente simplemente me llama Sam".

"Jake", dijo simplemente, su apretón de manos firme pero no autoritario. Sus ojos la escanearon brevemente, no de una manera desdeñosa, sino como si la evaluaran. “Me alegro de que estés aquí. Tengo una vaca en el pasto trasero a la que no le está yendo tan bien”.

Sam asintió, recomponiéndose y concentrándose en la tarea que tenía entre manos. "Lidera el camino".

Jake le hizo un gesto a Sam para que lo siguiera hacia el granero, pero antes de que pudieran dar más de un par de pasos, las puertas se abrieron de nuevo con un chirrido y emergieron dos hombres más.

El estómago de Sam dio un vuelco en el instante en que los reconoció. El primero fue Travis, su sonrisa ya estaba en su lugar mientras sus ojos se iluminaban con un reconocimiento inequívoco. El segundo era su amigo, el que se había sentado en la camioneta, mirándolos mientras ella y Travis pasaban su noche salvaje e inolvidable.

Su respiración se cortó. *Oh, no. Ellos no. Aquí no.*

Travis, luciendo tan exasperantemente atractivo como siempre con una camiseta que se pegaba a su ancho pecho y unos jeans gastados que mostraban su estructura musculosa, no dudó. "Bueno, que me condenen", dijo arrastrando las palabras, su tono lleno de diversión. "Si no es la chica del bar".

Sam quería fundirse en la tierra bajo sus botas.

Jake levantó una ceja y sus agudos ojos azules oscilaron entre ella y Travis. "¿En realidad?" preguntó, en tono neutral, aunque Sam no podía decir si estaba divertido o molesto.

"Sí", dijo Travis con una sonrisa, su mirada fija en Sam. "Ella causó una gran impresión".

Jake se volvió hacia ella, con expresión ilegible cuando dijo sin rodeos: "Sí, he oído todo sobre ti".

Las mejillas de Sam ardieron y abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero antes de que pudiera, el otro hombre dio un paso adelante, con una sonrisa juguetona ya en su rostro.

"Cole", dijo, extendiendo su mano hacia ella con una confianza casual que coincidía con su comportamiento tranquilo. “Encantado de conocerlo oficialmente, Doc. Y debo decir que es bueno verte de nuevo”.

Sus cálidos ojos color avellana brillaban con picardía, y sus profundos hoyuelos le hacían parecer casi juvenil a pesar de los hombros anchos y las botas de vaquero gastadas que hablaban de largos días de duro trabajo.

De cerca, Sam se dio cuenta de que estaba más cerca de su edad, probablemente alrededor de los 20, con un encanto juvenil que contrastaba marcadamente con la rudeza de Travis. Su desgreñado cabello castaño caía ligeramente sobre sus cálidos ojos color avellana y su sonrisa era juguetona.

Sam dudó por una fracción de segundo, luego le estrechó la mano, el apretón firme y el tono burlón hicieron que se le acelerara el pulso. "Uh, gracias", logró decir, su voz salió un poco más alta de lo que pretendía.

Su mirada volvió a Jake, quien parecía estar estudiando su reacción, aunque su rostro no revelaba nada.

Allí parada, rodeada por tres de los hombres más atractivos que jamás había conocido (cada uno de ellos exudando su propio carisma vaquero), Sam sintió que su vergüenza alcanzó un nivel completamente nuevo. Parecían sacados de una sesión de fotos para *Vaquero del año* , y el recuerdo de su noche salvaje con Travis, y el hecho de que Cole había sido testigo de todo, le hicieron desear poder desaparecer.

Mantente profesional, Sam. se regañó a sí misma, incluso cuando le ardían las mejillas y el corazón le latía con fuerza en el pecho. *Estás aquí para trabajar.*

Jake, siempre sensato, finalmente rompió la tensión. “Cole, ensilla un par de caballos. La llevarás al pasto trasero”.

“¿Caballos?” Preguntó Sam, su voz traicionaba su sorpresa.

Jake asintió. "A menos que planearas caminar unos cuantos kilómetros para llegar allí".

Cole volvió a sonreír y se quitó el sombrero. “No se preocupe, doctor. Estoy seguro de que eres bueno montando. Si no, siempre puedo darte algunos consejos”.

Su guiño envió otra ola de calor a sus mejillas, y mientras él caminaba hacia el granero, ella no pudo evitar pensar: *¿En qué diablos me he metido?*

Capítulo 10

samantha

Cole sacó a los caballos del granero, sus movimientos eran fluidos y confiados mientras manejaba las riendas. Sam lo miró con una mezcla de admiración y nervios. Habían pasado años (probablemente cerca de diez) desde que había montado, y la idea de volver a montar era a la vez emocionante y un poco aterradora.

"No tienes nada de qué preocuparte", dijo Cole, mostrándole una sonrisa tranquila mientras ajustaba los estribos de uno de los caballos. "Es como andar en bicicleta".

"Excepto que la bicicleta está viva y tiene vida propia", bromeó Sam, ganándose una risita.

Le dio unas palmaditas en el costado al caballo. “Este es gentil, lo prometo. Estarás bien”.

Cuando llegó el momento de montar, Sam vaciló. "Realmente no tengo práctica", admitió, mirando el estribo como si fuera su peor enemigo.

Cole se acercó y apoyó una mano en el cuello del caballo. "Bueno, arreglemos eso", dijo, con un tono juguetón pero cálido.

Sam puso el pie en el estribo y trató de levantarse, pero los nervios se apoderaron de ella y se tambaleó. Cole se acercó rápidamente, sosteniéndola con las manos. "Relájese, doctor", dijo, en voz baja y burlona. Su mano presionó firmemente contra su cadera y luego se deslizó hacia abajo, demorándose en su trasero mientras la empujaba hacia la silla.

La respiración de Sam se detuvo ante el contacto, el calor inundó sus mejillas. "Uh, gracias", murmuró, tratando de sonar casual a pesar de que su corazón latía con fuerza.

Cole no parecía desconcertado. En todo caso, su sonrisa se hizo más amplia. “Ahí tienes”, dijo, ajustando las riendas en sus manos. “Ahora montar en bicicleta es fácil. Escucha al caballo, hazle saber que tienes el control... —Levantó la mano y le dio un apretón juguetón en el muslo, su sonrisa se volvió malvada. "...y aprieta como lo dices

en serio".

Sam no pudo evitar reírse, aunque le quedó un poco sin aliento. "Bien. Entiendo."

Se subió a su propia silla con facilidad y sin esfuerzo, la viva imagen de la confianza. "¿Ver? No es nada", dijo, inclinándose ligeramente el sombrero. "Simplemente no te caigas. No querría pasar vergüenza delante de tus nuevos amigos vaqueros.

Sam puso los ojos en blanco pero no pudo reprimir su sonrisa. Mientras se dirigían hacia el pasto trasero, la calidez de su toque persistió, mezclándose con la emoción del viaje y la innegable tensión que hervía a fuego lento entre ellos.

Los caballos avanzaban a paso constante, el rítmico ruido de los cascos se mezclaba con el suave susurro de la brisa de la pradera. Sam se acomodó en la silla, todavía acostumbrándose a la sensación del caballo debajo de ella.

"No está mal para no tener práctica", bromeó Cole, mirándola con una sonrisa torcida. "Aunque hay un pequeño rebote allí. Tengo que mover esas caderas con el movimiento, Doc".

Sam puso los ojos en blanco, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa. "Gracias por la crítica, vaquero. Ha pasado, oh, no sé, una década desde que monto. ¿Cuál es tu excusa para ser tan engreído?

"Años de práctica", dijo con un tono burlonamente serio. "Y un talento natural para lucir bien en un caballo".

Sam se rió y la tensión en sus hombros disminuyó. "Por supuesto. Debe ser agotador tener un talento tan natural".

"No te olvides de la humildad", respondió Cole, inclinando dramáticamente su sombrero.

Siguieron por el camino, el paisaje se abrió a su alrededor. Sam no pudo evitar admirar la inmensidad de la tierra, que se extendía infinitamente en todas direcciones. Era muy diferente de lo que estaba acostumbrada: crudo, abierto e innegablemente hermoso.

Cole la miró y su sonrisa fácil hizo que el viaje pareciera menos desalentador. “Entonces, ¿qué te hizo querer dedicarte a la medicina de animales grandes?” preguntó, rompiendo el silencio.

Sam se tomó un momento para pensar, el balanceo rítmico del caballo debajo de ella calmó sus nervios. “Bueno, pasé mucho tiempo en la granja de mis abuelos mientras crecía”, comenzó, con una suave sonrisa en los labios. “Tenían un lugar pequeño: solo unas pocas vacas, algunas gallinas y una cabra horrible y gruñona llamada Max. No vivía allí, pero lo visitaba mucho durante los veranos y los fines de semana. No era nada lujoso, más bien un pedacito de paz y tranquilidad. Pero me encantaba estar cerca de los animales, incluso de los gruñones”.

Cole se rió entre dientes. “Cabra gruñona, ¿eh? Parece que él dirigía el lugar”.

"Más o menos", dijo Sam riendo. “A Max no le importaba quién eras. Si no le agradabas, se aseguraba de que lo supieras. Pero creo que eso es lo que me encantó de estar allí: fue simple y directo. Los animales no mienten, ¿sabes? Son simplemente… honestos”.

"Eso es cierto", dijo Cole pensativamente. "Tampoco guardan rencor, a menos que aparentemente sean cabras".

Sam sonrió. "Sí, Max era especial". Su sonrisa se suavizó mientras continuaba. “Pero, sinceramente, creo que fueron los caballos los que realmente me atraparon. Mis abuelos no tenían, pero yo los veía en las fincas vecinas y me obsesionaba. Niñas y ponis, ya sabéis cómo son las cosas.

La mirada de Cole se detuvo en ella por un momento antes de hablar. "Entonces, ¿los caballos eran el sueño?"

"Todavía lo son", admitió Sam, su voz más tranquila ahora. “Siempre me imaginé trabajando en uno de esos grandes centros ecuestres. Ya sabes, del tipo que tiene establos prístinos, pastos exuberantes y caballos de exposición que valen más que toda mi educación.

"Elegante", bromeó Cole, aunque su tono era cálido.

“Sí, bueno”, dijo Sam encogiéndose ligeramente de hombros, “la vida no siempre sale como lo planeas. Pero sigo haciendo lo que amo. ¿Y quién sabe? Quizás algún día termine en uno de esos lugares”.

La risa de Sam se desvaneció cuando ella volvió su atención hacia él. "¿Qué pasa contigo? ¿Cómo terminaste aquí?

La conducta juguetona de Cole se suavizó ligeramente. “Dejé mi casa hace unos años. Digamos que no fue exactamente el lugar más feliz para crecer. Encontré mi camino hasta aquí y Jake me dio una oportunidad. Pensé que sería temporal, pero…” Miró a su alrededor, señalando el terreno abierto con sus riendas. “Supongo que terminé quedándome. Aprendí mucho de Jake y de Travis también. Han sido buenos conmigo”.

Sam asintió, su corazón dio un pequeño tirón ante la honestidad en su voz. "Parece que encontraste tu lugar".

"Sí", dijo Cole, su mirada se encontró con la de ella brevemente. “No es una mala vida. Buena gente, buen trabajo… y ocasionalmente, un nuevo veterinario para cambiar las cosas”.

El calor en su tono era sutil pero inconfundible, y Sam sintió que sus mejillas volvían a calentarse. Apartó la mirada rápidamente y se centró en el horizonte.

"Me alegro de poder proporcionar algo de emoción", dijo a la ligera, aunque su voz traicionó el aleteo en su pecho.

"Más de lo que imaginas", murmuró Cole, y su sonrisa regresó mientras volvía su atención al camino que tenía por delante.

A medida que se acercaban al pasto trasero, Sam se relajó aún más en su compañía. Su facilidad con los caballos, la tierra e incluso con ella era desarmante de una manera que le aceleró el pulso. Tal vez fue el aire fresco o el ritmo constante del viaje, pero no podía negar la química entre ellos.

Los caballos alcanzaron la cima de una suave colina y la vista que tenían ante ellos dejó a Sam sin aliento. El pasto trasero se extendía hasta donde alcanzaba la vista, con pastos dorados meciéndose con la brisa y salpicados de formas oscuras y cambiantes

del ganado. La manada era enorme: fácilmente 100 cabezas, pastando contentas bajo el vasto cielo azul. Era una visión sacada directamente de una película del Oeste, y Sam no pudo evitar sentir una mezcla de asombro e intimidación.

"Wow", murmuró, deteniendo su caballo junto al de Cole.

Él siguió su mirada y apoyó las manos casualmente en el pomo de la silla. “No está mal, ¿eh? Y esos no son todos. Tenemos varios rebaños repartidos por el rancho. Y no encontrarás vistas como ésta en el aula de una escuela veterinaria”.

Sam se rió entre dientes. “Definitivamente no. Es increíble”.

Cole señaló hacia una vaca cerca del borde de la manada, ligeramente separada del resto. Se movía lentamente, con la cabeza gacha y la postura equivocada. "Ese es el que Jake quiere que le eches un vistazo", dijo.

Antes de que ella pudiera responder, Cole hizo que su caballo se pusiera en movimiento, tirando de una cuerda de su silla mientras cabalgaba hacia la manada.

Sam observó, fascinado, cómo se movía con precisión y determinación. La facilidad con la que guiaba a su caballo era fascinante, cada movimiento de su peso y tirón de las riendas era una orden perfecta. Cuando se acercó a la vaca, redujo la velocidad lo suficiente para dejar que el resto de la manada se alejara antes de rodear al animal enfermo.

Sus ojos se fijaron en él mientras él trabajaba, la cuerda giraba sin esfuerzo en sus manos antes de que la hiciera volar. El lazo se enrolló perfectamente alrededor del cuello de la vaca y, con un tirón rápido, detuvo al animal. El caballo debajo de él permaneció firme, como si los dos fueran extensiones el uno del otro.

Sam podía sentir su pulso acelerarse mientras lo veía desmontar con facilidad, sus movimientos fluidos y confiados. La forma en que sus músculos se flexionaban bajo su camisa, el poder controlado en cada paso, era imposible de ignorar.

Ella tragó con fuerza, su imaginación se volvió loca mientras él se agachaba junto a la vaca, murmurando algo tranquilizador para el animal. *¿Cómo es tan bueno en esto y por qué hace tanto calor?*

Cole miró por encima del hombro y gritó: “Baje, doctor. Ella es toda tuya”.

Saliendo de su trance, Sam agarró su maletín médico y bajó de su caballo, sus mejillas se calentaban mientras se acercaba. Esperaba que el viento explicara el rubor en su rostro porque definitivamente sentía que el calor subía.

Cole estabilizó a la vaca, su mano firme sobre la cuerda mientras la mantenía en su lugar. El animal se movió inquieto, pero permaneció prácticamente inmóvil bajo su tranquila guía. Sam se acercó cautelosamente, con su maletín médico en la mano, y se agachó junto a la vaca.

"Está bien, niña, veamos qué está pasando", murmuró con un tono tranquilizador. Miró a Cole, que estaba cerca, su presencia firme y tranquilizadora.

"Ella es toda suya, Doc", dijo con una pequeña sonrisa, de esas que le hacían revolver el estómago.

Sam se centró en la vaca y pasó las manos por el cuerpo del animal en busca de lesiones visibles, hinchazón o anomalías. Sus dedos se movieron suavemente pero con confianza, su mente catalogó rápidamente lo que parecía normal y lo que no.

"Tiene fiebre", dijo Sam, sacando su termómetro y tomando notas. "Parece una infección leve, nada demasiado grave, pero necesitará algunos antibióticos y atención de seguimiento en unos días".

Cole asintió, con los ojos fijos en ella mientras trabajaba. "Parece que estará bien en tus manos".

Sam levantó la vista, captó la calidez de su mirada y sintió que sus mejillas se sonrojaban. "Solo hago mi trabajo", dijo a la ligera, tratando de concentrarse mientras preparaba la inyección.

Con practicada eficiencia, le administró los antibióticos y le habló suavemente a la vaca para mantenerla tranquila. Una vez finalizado el tratamiento, Sam se enderezó y se pasó las manos por los jeans. "Debería empezar a sentirse mejor pronto, pero tendré que revisarla nuevamente para asegurarme de que la infección desaparezca por

completo".

Cole soltó la cuerda y le dio una suave palmadita a la vaca antes de volverse hacia Sam. “Deberíamos llevarla de regreso al granero. Se curará más fácilmente en el corral.

Sam asintió y juntos guiaron a la vaca de regreso al granero, arreándola lenta pero firmemente.

Mientras cabalgaban detrás de la vaca, Sam no pudo evitar sentir la tensión en sus piernas. El movimiento constante del caballo tenía los muslos en carne viva y doloridos, y se movió en la silla, tratando de aliviar la incomodidad.

“¿Todo bien ahí atrás?” Preguntó Cole, mirando por encima del hombro.

"Bien", dijo Sam rápidamente, aunque el dolor se estaba volviendo imposible de ignorar.

Los labios de Cole se curvaron en una sonrisa de complicidad. “No te preocupes, chica de ciudad. Te acostumbrarás”.

Sam puso los ojos en blanco pero no pudo reprimir una risa. A pesar del dolor, sintió una profunda sensación de satisfacción. Ella estaba aquí afuera, haciendo el trabajo para el que se había entrenado y demostrando que era capaz.

Cuando finalmente llegaron al granero, Cole desmontó sin esfuerzo y pasó las riendas por encima de un poste. Soltó a la vaca en el corral y se volvió hacia Sam, que luchaba por pasar la pierna por encima de la silla.

"¿Necesitas una mano?" -Preguntó, su tono era provocativo pero con un trasfondo de genuina preocupación.

Sam suspiró, admitiendo la derrota. "Bien, pero sólo porque estoy bastante seguro de que me caeré si lo intento solo".

Cole dio un paso adelante, sus manos sosteniéndola mientras la ayudaba a bajar. Hizo

una mueca cuando sus pies tocaron el suelo, sus piernas casi se doblaron por la tensión.

"Tiene un aspecto un poco peor, doctor", dijo Cole, su voz cálida con preocupación burlona. Él pasó las riendas por encima del poste y se acercó, sus ojos se encontraron con los de ella.

Sam se apartó un mechón de pelo de la cara y su risa estaba teñida de nervios. “Supongo que estoy un poco fuera de práctica. No me di cuenta de que montar en bicicleta me afectaría tanto”.

La sonrisa de Cole se amplió cuando inclinó la cabeza y su mirada se posó sobre ella. "Fuera de práctica, ¿eh?" repitió, su tono juguetón pero mezclado con algo más profundo. “Podría haberme engañado. Parecías un jinete natural ahí fuera”.

Sus mejillas se calentaron bajo su atención, un escalofrío la recorrió a pesar de la cálida brisa. “Los halagos no te llevarán muy lejos, vaquero”, bromeó, aunque su voz delataba su estado de nerviosismo.

"Oh, no sé nada de eso", respondió Cole, acercándose aún más. El aire entre ellos se espesó cuando su mano rozó su brazo, el toque ligero pero deliberado. "Sabes", continuó, bajando la voz lo suficiente como para enviarle una chispa por la columna, "hay un truco para los músculos adoloridos".

Sam tragó saliva y su pulso se aceleró mientras sus dedos se demoraban un momento más de lo necesario. "¿Qué tipo de truco?" preguntó, su voz involuntariamente entrecortada.

La sonrisa de Cole se volvió diabólica, de esas que le revolvían el estómago. Hizo un gesto hacia el granero, sin apartar sus ojos de los de ella. "Supongo que tendrás que confiar en mí".

Se le cortó el aliento ante la forma en que su mirada parecía atravesarla, cada paso que daba irradiaba confianza y tranquilidad. Él le tendió la mano y, por un momento, ella dudó. Pero cuando sus ojos se suavizaron lo suficiente como para insinuar algo más que una broma, ella se encontró extendiendo la mano y poniendo su mano en la de él.

Cole se giró y la condujo hacia el granero. El espacio entre ellos se sentía cargado, cada movimiento deliberado, cada mirada que se prolongaba demasiado. Le dolían los muslos, su cuerpo protestaba a cada paso, pero sus pensamientos estaban completamente en otra parte: centrados en la forma en que su mano se sentía alrededor de la de ella, la forma en que su voz había bajado a ese timbre bajo y acalorado, y la forma en que su corazón latía con anticipación.

Cuando la puerta del granero se abrió con un chirrido, Cole miró por encima del hombro, con los ojos brillando con picardía. “No se preocupe, doctor. Te cuidaré bien”.

Sam se mordió el labio y avanzó hacia las frescas sombras del granero. No tenía idea de lo que estaba a punto de suceder, pero una cosa era segura: estaba completamente a su merced.

Capítulo 11

samantha

Cole abrió la pesada puerta del granero, el crujido de las bisagras rompió el silencio mientras el cálido aroma del heno y el cuero los inundaba. Sam vaciló en el umbral, su pulso se aceleró cuando entró en el espacio poco iluminado. El brillo dorado de la luz del sol que se filtraba a través de los huecos de las paredes de madera daba a todo una calidez suave y nebulosa.

"Vamos, Sam", dijo Cole, en voz baja e invitante, señalando hacia un rincón lleno de fardos de heno. "Toma asiento".

Sam estaba sentada en el borde de un fardo de heno, todavía le dolían las piernas por el viaje, pero su atención estaba fija en Cole mientras él se movía sin prisas. Desapareció en la habitación trasera, seguido por un débil sonido de crujidos y tintineos. Cuando reapareció, sostenía un recipiente de metal lleno de hielo, con gotas de condensación corriendo por los lados.

Sus cejas se arquearon. "¿Hielo?" —preguntó, su voz entrecortada ligeramente.

Él sonrió y dejó el cuenco en una caja cercana. “Confía en mí”, dijo, con los ojos brillando con picardía. "Esto te ayudará con esos muslos doloridos".

El estómago de Sam dio un vuelco mientras su mirada se detenía, el granero de repente se sintió mucho más cálido.

Cole se acercó, sus manos descansando casualmente en sus caderas mientras la miraba. "No sería un gran caballero si no me ofreciera a ayudar". dijo, bajando un poco la voz. "Vamos a quitarte esos jeans".

Se le secó la boca cuando él se agachó frente a ella, con las manos apoyadas en sus rodillas. La cercanía envió una sacudida de anticipación a través de ella, y apenas logró asentir antes de alcanzar el botón de sus jeans.

"Ya lo tengo", dijo Cole, sus manos apartando suavemente las de ella.

¿Esto realmente está sucediendo? Pensó Sam, con el corazón latiendo con fuerza en

su pecho. Ella se echó hacia atrás ligeramente mientras sus dedos le desabrochaban los pantalones con destreza y comenzaban a deslizarlos hacia abajo. Su respiración se entrecortó cuando el aire fresco golpeó su piel, sus tiernos muslos ahora completamente expuestos.

"Maldita sea", murmuró Cole, sus manos recorriendo ligeramente su piel enrojecida. "Has estado trabajando duro hoy, ¿no?"

Las mejillas de Sam se sonrojaron, pero no se atrevió a apartar la mirada de él. Sus manos eran ásperas pero cuidadosas, el contraste la hacía girar la cabeza. "Supongo que estoy un poco fuera de práctica", admitió en voz baja.

Él se rió entre dientes y su pulgar rozó la curva de su muslo. "Bueno, veamos si podemos arreglar eso".

Cole cogió el cuenco y cogió un trozo de hielo; el frío reflejó la luz mientras lo hacía rodar entre sus dedos. La respiración de Sam se aceleró cuando la presionó ligeramente contra su muslo, la sensación fue impactante al principio antes de fundirse en algo extrañamente embriagador.

"¿Frío?" preguntó, su voz llena de diversión.

Ella asintió, mordiéndose el labio para reprimir un grito ahogado mientras el hielo se arrastraba lentamente sobre su piel sobrecalentada. "Es... diferente", logró decir, con la voz temblorosa.

Cole sonrió, su concentración inquebrantable mientras pasaba el hielo sobre sus tiernos músculos. “¿Diferente bien o diferente mal?”

"Bien", susurró, la palabra se le escapó antes de que pudiera detenerla.

Su corazón latía con fuerza mientras el hielo se derretía y un riachuelo de agua corría por su pierna. Cuando su mano la siguió, rozando el camino con deliberada lentitud, su respiración se entrecortó de nuevo.

"Suave", murmuró, su tono cargado de calidez. "Y tan jodidamente caliente".

La cabeza de Sam daba vueltas y su cuerpo respondía a cada movimiento, a cada palabra. No estaba segura de en qué se había metido, pero sí sabía una cosa con certeza: no quería que él se detuviera.

Los dedos de Cole se demoraron en su muslo, trazando patrones que le provocaron escalofríos por el cuerpo. Cogió otro trozo de hielo, el fragmento cristalino brillando en la suave luz. Sin romper el contacto visual, lo sostuvo entre sus dedos y lo presionó ligeramente contra su muslo, dibujando una línea lenta y deliberada hacia arriba.

Sam jadeó, su piel se erizó ante el marcado contraste de sensaciones: el frío cortante del hielo, el calor que irradiaba su piel sonrojada y el calor firme y firme de su mano arrastrándose justo detrás de ella. Su respiración se aceleró cuando el hielo se derritió, pequeños riachuelos de agua goteando por sus piernas, acumulándose en lugares que hacían que su pulso se acelerara.

"Dios, eres tan suave", murmuró Cole, su voz áspera e íntima, como una confesión privada. "Y tan jodidamente caliente".

Sus mejillas se sonrojaron y dejó escapar un gemido involuntario cuando él deslizó el hielo más arriba, el movimiento provocativo era a la vez enloquecedor y adictivo. El granero se sentía increíblemente silencioso, los únicos sonidos eran el lejano susurro del heno y su propia respiración acelerada.

Cuando el hielo alcanzó el borde de sus bragas, el pulgar de Cole rozó la tela y la fricción provocó una sacudida de placer a través de ella. Sus caderas se movieron instintivamente, un suave gemido escapó de sus labios.

Él sonrió, inmovilizó su mano mientras se inclinaba y su cálido aliento contra su muslo. “¿Te gusta eso?” preguntó, su tono era una mezcla de picardía y seducción.

Sam sólo pudo asentir, su cuerpo respondió más rápido de lo que sus palabras podían formar.

Los labios de Cole siguieron donde había estado el hielo, presionando suaves besos con la boca abierta a lo largo del interior de su muslo. Hizo una pausa donde su piel estaba enrojecida por el viaje y sacó la lengua para saborear el rastro de hielo derretido. La sensación era eléctrica, su cuerpo se arqueó ligeramente ante la pura

intensidad de la misma.

"Sabes incluso mejor de lo que imaginaba", murmuró contra su piel, su voz vibrando a través de ella.

Su cabeza daba vueltas, el calor entre sus piernas aumentaba mientras su mano se deslizaba más arriba, sus dedos se deslizaban debajo de la tela de sus bragas. Cuando la encontró resbaladiza y lista, se le cortó la respiración y dejó escapar un gemido bajo de aprobación.

"Joder, estás tan mojado", dijo, con la voz cargada de admiración. "Necesito probarte".

El corazón de Sam se aceleró cuando Cole enganchó sus dedos en la cintura de sus bragas, sus ojos se fijaron en los de ella por un momento, buscando permiso. Su nerviosismo se fundió en algo más profundo, más primario, y ella asintió, apenas capaz de respirar mientras él deslizaba la tela por sus piernas.

El aire fresco golpeó su piel desnuda, añadiendo otra capa de sensación a la mezcla, y sintió una oleada de vulnerabilidad y excitación. La mirada de Cole no vaciló mientras se inclinaba hacia atrás, con sus intenciones claras y sus movimientos deliberados. El cuerpo de Sam tembló de anticipación, cada terminación nerviosa viva y esperando.

Cole tomó otro trozo de hielo y su sonrisa se hizo más profunda mientras lo sostenía para que ella lo viera antes de metérselo en la boca. La respiración de Sam se entrecortó y su anticipación aumentó cuando él se inclinó y sus labios rozaron la parte interna de su muslo. La frialdad del hielo provocó un escalofrío a través de ella, intensificando cada sensación.

Cuando su lengua finalmente hizo contacto, el contraste entre el frío helado y su propio calor fue casi demasiado. Su jadeo resonó por todo el granero, sus dedos agarraban el heno debajo de ella. La boca de Cole se movió con propósito, su lengua se deslizó sobre su clítoris y sus pliegues, el hielo derretido añadió un resbaladizo y tentador escalofrío que hizo que su cuerpo se arqueara hacia él.

"Dios, sabes tan bien", murmuró contra ella, su voz ronca y vibrando a través de ella. La sensación envió una sacudida de placer directamente a su centro, haciéndola gemir más fuerte.

Sus dedos se enredaron en su cabello, agarrándolo con fuerza mientras intentaba anclarse a la realidad. La intensidad de sus movimientos era casi demasiado para soportar. La boca de Cole la trabajó de tal manera que la dejó sin aliento: su lengua helada comenzó lenta y deliberada antes de desarrollar un ritmo que era a la vez tortuoso y adictivo. El frío se derritió cuando su calidez natural se hizo cargo, sus labios y lengua crearon una danza de sensaciones que envió escalofríos por todo su cuerpo.

Cada movimiento de su lengua sobre su clítoris hacía que sus piernas temblaran, sus muslos se apretaban alrededor de su cabeza como si trataran de atraparlo allí. Él alternó entre caricias firmes e insistentes y lamidas más suaves y provocadoras, sus dientes rozándola lo suficiente como para hacerla jadear. Cuando sus labios envolvieron su sensible capullo, succionando suavemente, su espalda se arqueó involuntariamente y un fuerte gemido se derramó de sus labios.

"Joder, Cole", gimió ella, con la voz temblorosa y las caderas rozando su boca con un ritmo desesperado.

Cole gruñó por lo bajo, la vibración reverberó a través de su núcleo. No fue sólo el sonido; fue la forma en que se combinó con su lengua moviéndose y arremolinándose contra ella lo que hizo que los dedos de sus pies se curvaran. Sus manos agarraron sus muslos con firmeza, manteniéndola abierta para él mientras la devoraba con un hambre que no dejaba dudas de cuánto disfrutaba cada momento.

"Eres tan jodidamente perfecta", dijo, sus palabras amortiguadas pero enviando otra ola de calor a través de ella.

Sam se sintió al borde del abismo, sus gemidos se volvieron más urgentes y su cuerpo se tensó anticipando la liberación. Pero justo cuando estaba a punto de caer, Cole se apartó, dejándola jadeando y temblando, con los ojos abiertos con incredulidad.

"Por favor... necesito más". logró decir, con voz temblorosa y llena de necesidad.

Cole se puso de pie con una gracia depredadora, su boca brillando después de su atención. Él no le dio un momento para pensar antes de darle un beso profundo y frenético. El sabor de ella misma en sus labios envió una nueva ola de calor a través de ella, su excitación aumentó ante la cruda e innegable intimidad de ello.

Sus manos estaban por todas partes: en su cintura, en su espalda, agarrando sus

caderas con una fuerza posesiva que hacía que sus rodillas temblaran. Con un movimiento rápido, le subió la camisa por encima de la cabeza y la arrojó al suelo cubierto de heno. Sus dedos encontraron hábilmente el cierre de su sujetador y, en segundos, se unió a su camisa, dejándola expuesta.

"Joder", murmuró, con los ojos oscuros por el deseo mientras recorrían su pecho desnudo. "He estado esperando verlos de cerca".

Extendió la mano y sus pulgares rozaron sus duros pezones, provocándolos con la presión suficiente para hacerla jadear. La sensación se disparó directamente a su centro, su cuerpo se arqueó ante su toque mientras su respiración se volvía superficial.

Las manos de Sam encontraron su camino hacia su pecho, sus dedos exploraron las duras líneas de músculo debajo de su piel. Su cuerpo era sólido, fuerte, y mientras ella deslizaba sus dedos hacia abajo, su excitación sólo crecía.

Cole no le dio tiempo para quedarse. Se quitó la camisa con un movimiento fluido, revelando un torso que parecía haber sido esculpido solo para sus fantasías. Su piel estaba cálida bajo sus palmas, sus músculos se flexionaban mientras se quitaba las botas y alcanzaba el botón de sus jeans.

Sam no podía apartar la mirada mientras se quitaba los vaqueros y la última barrera desaparecía. Su dura polla saltó libre, gruesa y erecta, y su boca se secó al verlo.

“¿Le gusta lo que ve, doctor?” —preguntó Cole, su voz llena de arrogancia juguetona, pero había un matiz en ello, una necesidad que reflejaba la suya.

Ella se mordió el labio y asintió mientras su mirada oscilaba entre su polla y la intensidad de sus ojos. "Sí", susurró, su voz entrecortada y llena de anticipación.

Cole se acercó, sus manos encontraron sus caderas nuevamente mientras se inclinaba, sus labios rozaron su oreja. "Bien", dijo, su tono bajo y autoritario. "Porque estoy a punto de hacerte sentir incluso mejor de lo que pareces".

Su aliento se contuvo cuando él la acercó, el calor de su cuerpo presionándose contra el de ella mientras la tensión entre ellos alcanzaba un punto álgido.

Capítulo 12

Col

La respiración de Cole se entrecortó cuando Sam cayó de rodillas, sus ojos se fijaron en los de él con una mirada que casi lo deshizo. La forma en que ella miraba su polla, como si no pudiera esperar para devorarla, hizo que un escalofrío recorriera su columna. Maldita sea, ella era deslumbrante: arrodillada allí, con los labios ligeramente separados, sus manos envolviendo su longitud con una ansiosa confianza que hacía que su polla palpitara.

Cuando su lengua pasó por la punta, un profundo gemido retumbó en su pecho. Siguió el calor húmedo de su boca, su lengua arremolinándose y provocando antes de profundizarlo, centímetro a centímetro. Sus manos instintivamente se enredaron en su cabello, guiándola suavemente al principio mientras ella pasaba su boca sobre él.

"Joder, Sam", gruñó, moviendo las caderas hacia adelante. “Te sientes tan jodidamente bien. Así de simple, cariño”.

Ella tarareó en respuesta, las vibraciones lo volvieron loco. Sus manos se movieron con habilidad, acariciando la base mientras sus labios se deslizaban a lo largo de su longitud. Cuando ella se retiró, su lengua recorrió su eje, provocando la sensible parte inferior antes de volver a profundizarlo.

La cabeza de Cole cayó hacia atrás, un gemido se escapó mientras él empujaba suavemente su boca. Sus manos se movieron hacia sus caderas, estabilizándose mientras lo tomaba aún más profundamente, sus labios rozando su base. "Mierda, eres increíble", gimió, su voz áspera por la necesidad. "Tomándolo todo como un jodido profesional".

Su mano se deslizó hacia abajo, acunando sus pelotas mientras lo chupaba con más fuerza, acelerando su ritmo. La combinación de su boca, lengua y manos hacía imposible pensar en otra cosa que no fuera lo jodidamente increíble que se sentía. Sus caderas se sacudieron involuntariamente y ella encontró sus embestidas con un ritmo que envió chispas de placer a través de todo su cuerpo.

"Sí, así de simple", jadeó, apretando su agarre sobre su cabello. "Dios, te ves tan jodidamente bien con mi polla en la boca".

Ella gimió a su alrededor, sus manos agarrando su trasero y empujándolo más profundamente. El calor húmedo de su boca, la forma en que su lengua se movía y provocaba, verla tan completamente inmersa en él... era demasiado.

La respiración de Cole se volvió irregular, sus embestidas se aceleraron a medida que se perdía en el momento. "Joder, Sam, vas a hacer que me corra", gimió, sus caderas avanzando con más urgencia.

Pero justo cuando el borde se acercaba, retrocedió con un gemido gutural, su polla resbaladiza y palpitante. Él se agachó y le tomó la cara con las manos mientras la guiaba para que se pusiera de pie.

Su voz era ronca, llena de necesidad, mientras susurraba: “Todavía no, cariño. Ahora es mi turno”. Sus labios chocaron contra los de ella, el sabor de él todavía en su lengua mientras sus manos recorrían su cuerpo, encendiendo cada nervio con la promesa de lo que estaba por venir.

Cole se inclinó sobre Sam y sus manos se deslizaron por sus muslos mientras la recostaba sobre los fardos de heno. Su rostro sonrojado y la forma en que su pecho se agitaba lo hicieron palpitar de anticipación. Sus manos recorrieron su suave y tierna piel, saboreando cada centímetro de ella mientras separaba sus rodillas. La forma en que ella lo miró (mitad lujuria, mitad desesperación) envió una oleada de calor directamente a través de él.

"Joder, eres hermosa", murmuró con voz áspera mientras se colocaba entre sus piernas. Su polla provocó su entrada, la punta rozando sus resbaladizos pliegues. Ella se retorció debajo de él, levantando las caderas, buscando más, y él no pudo detener la sonrisa que tiraba de sus labios.

"Dilo", exigió, su tono bajo y autoritario. "Dime cuánto quieres esto".

"Por favor", susurró, con la voz entrecortada y temblorosa. "Te necesito, Cole."

Eso era todo lo que necesitaba oír. Lenta, deliberadamente, empujó dentro de ella, centímetro a centímetro agonizante, sintiendo su cuerpo estirarse y adaptarse a él. El calor y la opresión lo envolvieron, provocando un profundo y gutural gemido de su pecho.

"Mierda, Sam", gimió, su cabeza cayó hacia atrás por un momento mientras se hundía en ella por completo. "Te sientes tan jodidamente bien, como si estuvieras hecho para mí".

Sus uñas se clavaron en sus hombros mientras él empujaba dentro de ella, cada golpe lento arrancaba un grito ahogado de sus labios. La sensación de su apretado coño envuelto alrededor de él era casi más de lo que podía soportar. Estaba tan mojada, tan cálida, el calor resbaladizo hacía que cada movimiento fuera sin esfuerzo, como si su cuerpo estuviera rogando llevarlo más profundamente.

Cole gimió desde lo más profundo de su garganta, el sonido retumbó en su pecho mientras la veía reaccionar ante él. Sus suaves gritos, la forma en que sus caderas se elevaban para encontrarse con las de él, la forma en que se apretaba alrededor de él con cada embestida, todo lo volvía loco. Ella no se estaba conteniendo y él tampoco. Su cuerpo se ajustaba perfectamente a él, agarrándolo como un guante, y envió una oleada de necesidad posesiva a través de él.

"Joder, Sam", gruñó él, con las manos apretando sus caderas. Él la acercó más, empujando con más fuerza, incapaz de tener suficiente. Los sonidos húmedos de su conexión llenaron el granero, cada movimiento hábil era un recordatorio de cuán completamente ella era suya en ese momento.

Él se movió, levantando uno de sus tobillos sobre su hombro, luego el otro. El cambio de ángulo la hizo jadear, arquear la espalda mientras él penetraba más profundamente y abrir su cuerpo para recibirlo aún más. La forma en que ella se sentía (caliente, apretada, su coño apretándose como si nunca quisiera soltarse) hizo que su control se desmoronara rápidamente.

"Maldita sea, te sientes tan jodidamente bien", dijo con voz áspera, su voz llena de calor mientras empujaba con más fuerza. "Tan apretado, tan mojado... apretándome como si no pudieras tener suficiente".

Sus gemidos se convirtieron en gritos agudos cuando él encontró el ritmo perfecto, la profundidad perfecta. Se inclinó ligeramente hacia adelante, presionándola aún más, su polla golpeó un punto que hizo que ella le arañara los hombros y echara la cabeza hacia atrás. Verla así, completamente perdida en el placer, sólo lo alimentó aún más.

Sus paredes revolotearon a su alrededor, apretándose más con cada embestida, y

sintió que la presión crecía dentro de él, amenazando con explotar. Pero todavía no. Quería seguir mirándola, sentir su cuerpo responder, oírla suplicar por más.

Capítulo 13

samantha

Sus tobillos descansaban sobre sus anchos hombros, sus piernas temblaban mientras las manos de Cole agarraban sus caderas con intensidad mortífera. Cada embestida fue profunda, dura, implacable, y no pudo evitar que los gritos brotaran de sus labios. Sus muslos, en carne viva y tiernos por montar, ardían con cada movimiento, pero el dolor agudo sólo aumentaba el placer que la recorría.

Estaba tan profundamente dentro de ella, su gruesa polla estirándola por completo, llenándola de una manera que nunca antes había sentido. Cada vez que la penetraba, llegaba a ese punto, el que hacía que todo su cuerpo se sacudiera de placer y que se le cortara el aliento en la garganta.

"Oh Dios", gimió ella, su voz se quebró cuando él la empujó de nuevo. “No pares, Cole. Por favor, no pares”.

Los sonidos húmedos de su polla hundiéndose en su resbaladizo calor llenaron el granero, mezclándose con los ásperos gemidos que salían de su garganta. No podía pensar, no podía concentrarse en nada más que sentirlo: lo grueso y duro que era, la forma en que sus manos agarraron sus caderas como si no pudiera tener suficiente, y la deliciosa fricción de su cuerpo golpeando el de ella. .

"Joder", jadeó, sus uñas clavándose en el heno debajo de ella. Su cuerpo se arqueó, desesperada por más. "Más difícil. Cole, por favor. Fóllame más fuerte. Hazme venir. Lo necesito... te necesito a ti.

Sus palabras parecieron desentrañarlo. Sus embestidas se volvieron aún más duras, más profundas, su agarre se apretó mientras tiraba de sus caderas para enfrentar cada golpe poderoso. Su cuerpo estaba en llamas, cada nervio vivo cuando él se estrelló contra ella, su coño apretándose más alrededor de él con cada embestida.

"Te sientes tan bien", dijo entrecortadamente, con voz aguda y desesperada. "Tan profundo... no puedo... oh Dios, estoy tan cerca".

Su espalda se arqueó más alto, sus uñas rasparon el heno mientras la presión dentro de ella crecía hasta un punto de ruptura. El ardor en sus muslos, el escozor de su agarre, la pura intensidad de su polla golpeando ese lugar una y otra vez... era

demasiado, pero no suficiente. Estaba temblando, al borde del abismo, y necesitaba que él la empujara.

"Oh Dios", jadeó, su voz se quebró cuando la presa dentro de ella finalmente estalló. Su clímax la atravesó como un maremoto, sus gritos resonaron en el granero mientras su coño se apretaba con fuerza alrededor de él. Ella se estremeció incontrolablemente, su espalda se arqueó sobre el heno mientras una ola tras otra de placer la consumía.

Cole gimió sobre ella, sus manos agarrando sus caderas aún más fuerte mientras sus paredes palpitantes ordeñaban su polla. "Joder, Sam", dijo con voz áspera, sus embestidas se volvieron erráticas mientras se enterraba tan profundo como podía. Con un último y poderoso empujón, la soltó, su cuerpo tembló cuando su liberación surgió dentro de ella.

Permanecieron así por un momento, con sus cuerpos entrelazados, temblando por la intensidad de todo. La respiración de Sam era entrecortada, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras sentía que él se suavizaba dentro de ella. El calor de su cuerpo contra el de ella, el desorden resbaladizo entre ellos, la cruda intimidad de lo que acababan de compartir, era abrumador en el mejor de los sentidos.

Cole finalmente salió de ella, con movimientos lentos y deliberados, como si se resistiera a dejar que el momento terminara. Ella gimió suavemente por la pérdida de él, su cuerpo todavía zumbaba por las réplicas.

Él se inclinó y capturó sus labios en un beso que fue más lento, más dulce y lleno de algo que ella no podía nombrar. El contraste hizo que su corazón diera un vuelco y la ternura la tomó por sorpresa.

Sus dedos le quitaron un mechón de pelo de la cara y sus ojos escanearon los de ella con una sonrisa perezosa. "Eras incluso mejor de lo que imaginaba", murmuró, con voz áspera pero llena de genuina admiración. Sus mejillas ardieron ante el cumplido y no pudo evitar reír suavemente, mordiéndose el labio inferior.

Ella dudó por un momento, su mente dando vueltas. Finalmente, formuló la pregunta que había estado carcomiendo los bordes de sus pensamientos. “¿Esto… esto va a causar algún problema con Travis? ¿O con tu jefe, Jake?

Cole se rió entre dientes y su sonrisa se volvió francamente diabólica. “Para nada,

cariño. Somos bastante buenos compartiendo”.

Su estómago dio un vuelco ante sus palabras, a partes iguales abrumada e intrigada. La idea de que ellos estuvieran de acuerdo con compartirla era emocionante de una manera que no estaba segura de poder procesar por completo. Dejó escapar una risa suave y sacudió la cabeza mientras sus propios pensamientos daban vueltas.

"¿Qué es tan gracioso?" preguntó, arqueando una ceja, claramente divertido por su reacción.

Ella se encogió de hombros y reprimió otra risita. “Todo este día. Toda esta... situación. Hay mucho que entender”.

"Será mejor que te acostumbres", bromeó, poniéndose de pie y ofreciéndole una mano para levantarla. "Bienvenido a Elm Creek".

Cole la acompañó de regreso a su camioneta y su mano encontró la de ella mientras cruzaban el corral. Cuando llegaron a su camioneta, él la acercó para darle un último beso, este prolongado y lleno de promesas tácitas. La forma en que la miró hizo que su pulso se acelerara de nuevo.

"Cuida esos muslos ahora", dijo con un guiño mientras le abría la puerta de la camioneta.

Sam se deslizó en el asiento del conductor, su cuerpo todavía hormigueaba por las secuelas de lo que acababa de suceder. El dolor en sus muslos era un recordatorio constante, pero era un dolor bienvenido, uno que no estaba segura de olvidar alguna vez. Miró a Cole, que estaba junto a la puerta abierta, con una sonrisa tan fácil como siempre.

"Ah, y hazle saber a Jake que volveré más tarde esta semana para ver cómo está la vaca", dijo, con la voz un poco más entrecortada de lo que pretendía.

Cole asintió, sus ojos brillaban de diversión. “Lo haré, doctor. Pero no tardes demasiado. Estaremos esperando”.

Sus mejillas se sonrojaron ante la implicación, pero logró soltar una pequeña risa. “Lo tendré en cuenta”.

Cole se inclinó para darle un último beso rápido, sus labios rozaron los de ella de una manera que hizo que su corazón latiera nuevamente. Dio un paso atrás, cerró la puerta con un golpe suave y le dio una palmadita afectuosa al costado de la camioneta.

Mientras Sam se alejaba, lo vio por el espejo retrovisor, allí de pie, con las manos en los bolsillos, mirándola alejarse. Sus pensamientos giraban en torno a todo lo que acababa de suceder, y una cosa era segura: su nueva vida en Elm Creek no se perfilaba para nada como ella esperaba. Y ella estaba más que de acuerdo con eso.

Capítulo 14

samantha

El sol se filtraba a través de las finas cortinas de la cabaña de Sam mientras ella se estiraba perezosamente en la cama, disfrutando de la tranquilidad de su primer sábado libre. Fue una oportunidad única para abordar parte del caos no médico que había heredado en la clínica. Se puso un cómodo par de jeans y un suéter suave, tomó su taza de café y salió por la puerta, ya organizando mentalmente su lista de tareas pendientes.

A media mañana, Sam estaba metida hasta las rodillas en el papeleo en su pequeña oficina de la clínica. Montones de archivos viejos y amarillentos se balanceaban precariamente sobre su escritorio, y el tosco archivador de metal en la esquina crujía cada vez que intentaba abrir un cajón. Cada papel que tocaba parecía recordarle lo atrasada que estaba la clínica en cuanto a modernización.

Ella suspiró y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. “El doctor Miller podría haber sido una leyenda, pero la organización no era su fuerte”, murmuró para sí misma con una sonrisa irónica.

Mientras examinaba los registros y las facturas de los clientes, algo sorprendente llamó su atención. Los estados financieros de la clínica revelaron un equilibrio saludable, mucho más saludable de lo que esperaba. Las cuentas mostraban pagos constantes de ranchos locales, propietarios de animales pequeños e incluso algunas donaciones inesperadas. Sam se reclinó en su silla, con las cejas arqueadas.

"Bueno, coloréame sorprendida", dijo en voz alta. "Supongo que ser el único veterinario en kilómetros a la redonda tiene sus ventajas".

Su entusiasmo creció cuando comenzó a hacer una lluvia de ideas. Si la clínica tuviera los fondos, finalmente podría llevarla al siglo XXI. Computadoras, un sistema de archivo electrónico, tal vez incluso algún equipo médico actualizado: todo era posible. La idea de modernizar la clínica le dio una nueva ola de motivación y el potencial de mejora encendió en su mente como una bombilla.

Sam hizo una lista rápida de ideas en un bloc de notas, y su letra se hacía más entusiasta con cada línea. Hizo una pausa por un momento, mordiendo su bolígrafo pensativamente. La clínica merecía algo más que funcionalidad; merecía eficiencia y ella estaba decidida a lograrlo.

Sam miró su teléfono y buscó el número de Callie con una pequeña sonrisa. Durante la semana pasada se habían hecho amigos rápidamente. Entre las interminables horas de oficina y su incapacidad para cocinar otra cosa que no fuera queso asado quemado, Sam había visitado con frecuencia el Tank's Bar and Grill para comer. Si alguien sabía dónde encontrar suministros era Callie.

El teléfono apenas sonó una vez antes de que llegara la alegre voz de Callie. “¡Sam! ¿Qué pasa?"

“Necesito averiguar dónde comprar un par de computadoras y tal vez algunos suministros de oficina. Y seamos realistas, no hay manera de que encuentre eso aquí en Elm Creek”, dijo Sam riendo.

Callie dejó escapar un grito ahogado burlonamente. "¿Estás sugiriendo que nuestra hermosa ciudad no tiene opciones tecnológicas de vanguardia?"

Sam se rió entre dientes. "Yo también estoy sorprendido".

“Bueno”, dijo Callie, ya intrigando, “hay un pueblo a una hora de aquí con algunas tiendas decentes. Me muero por una razón para salir y hacer algunas compras. ¿Qué tal si te recojo en una hora?

"Perfecto", dijo Sam, aliviado. "Esta oficina necesita seriamente una mejora y no me importaría un descanso".

“Entonces está arreglado. ¡Prepárate para una terapia de compras, niña! El entusiasmo de Callie era contagioso y Sam se encontró sonriendo mientras colgaba.

Sam pasó la siguiente hora ordenando, cambiando su ropa de trabajo por un par de jeans y una linda blusa. Cuando la camioneta de Callie llegó al camino de entrada, ella estaba lista para un día de niñas muy necesario.

Callie se detuvo en su destartalada camioneta, con sus gafas de sol puestas en la cabeza y una sonrisa ya plasmada en su rostro. "¿Listo para ir de compras?" gritó mientras Sam subía.

El viaje por la carretera fue pintoresco, con amplias llanuras que se extendían hasta el horizonte lejano. Sam se relajó mientras Callie subía el volumen de la música y charlaba animadamente sobre todo y nada, incluido su novio intermitente.

“Troy regresará a la ciudad el próximo fin de semana. Es un tipo de campo petrolero: grande, rudo y tremendamente atractivo. Y déjame decirte que cuando él está cerca, hay fuegos artificiales sin parar. ¡Apenas logramos levantarnos de la cama en todo el fin de semana!

Sam se rió entre dientes y sacudió la cabeza. "No sé cómo sigues el ritmo".

“Entonces”, comenzó Callie, lanzándole una mirada maliciosa, “¿cómo va tu primera semana en Elm Creek? ¿Sobrevivir a los cantos de las vacas y a los lugareños locos?

Sam se rió. "Apenas. Ha sido un torbellino, pero es algo emocionante”.

"Bien. Te acostumbrarás. Quiero decir, he vivido aquí toda mi vida, así que tengo toda la suciedad si la necesitas”, bromeó Callie, guiñándome un ojo.

"Hablando de suciedad... te vi salir del bar con Travis la semana pasada".

Sam gimió, cubriéndose la cara con las manos. “Oh, Dios. ¿Te diste cuenta?

"¿Observó? Cariño, todo el bar se dio cuenta. No podría haber lucido más engreído ni siquiera si lo hubiera intentado”, dijo Callie, riendo. “Entonces, derrama. ¿Qué pasó?"

Sam dudó y luego decidió quedarse con él. "Las cosas se pusieron... calentadas en el estacionamiento".

Callie jadeó dramáticamente, golpeando el volante. "¡Chica! ¡Lo sabía! Me encanta esto para ti. ¿Fue bueno?

Sam se sonrojó pero sonrió. "Sí, fue... increíble".

Callie prácticamente rebotó en su asiento. "¡Sí! Te mereces ese tipo de diversión. Entonces, ¿tú y Travis sois algo ahora?

Sam vaciló, mirando el interminable tramo de carretera que tenía delante. “No, en realidad no. Pero, eh…” Se mordió el labio, sintiendo un sonrojo subir por sus mejillas. "Yo como que... también me acosté con Cole".

Callie gritó de alegría. “Detente ahora mismo. Estás viviendo el sueño. ¿Dos vaqueros calientes? ¡Siembra esa avena salvaje, niña!

Sam sacudió la cabeza, riéndose a su pesar. “No es así. Quiero decir… está bien, tal vez sea un poco así”.

Callie agitó el dedo, sonriendo. “Tienes permitido divertirte y, niña, parece que lo estás pasando bien. ¡Bien por usted! Sólo ten cuidado: ahora eres una propiedad de moda”.

Sam no pudo evitar reírse. El contagioso entusiasmo de Callie hizo que todo pareciera un poco menos abrumador. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía soltarse y disfrutar.

El camino pasó volando en medio de una confusión de conversaciones divertidas y música a todo volumen en los parlantes del auto. Antes de que Sam se diera cuenta, estaban entrando al estacionamiento del centro comercial. No era enorme, pero tenía todo lo que necesitaban: una combinación de boutiques, una cafetería y una tienda de artículos de oficina escondida en una esquina. Callie estacionó el auto con una floritura y se volvió hacia Sam con una sonrisa ansiosa.

"Está bien", dijo Callie, aplaudiendo. "Hagamos que suceda algo de magia".

La primera boutique a la que entraron estaba llena de estantes de coloridos vestidos de verano, jeans y blusas que iban desde prácticas hasta apenas visibles.

Callie levantó un diminuto top corto con una sonrisa descarada. “Esto te quedaría increíble. Imagínate sus mandíbulas golpeando el suelo cuando entras al bar con esto”.

Sam puso los ojos en blanco pero no pudo evitar reírse. "Creo que sería mejor usar algo que realmente cubra mi estómago".

"¿Dónde está la diversión en eso?" Bromeó Callie, arrojándose la blusa sobre el brazo antes de sacar un vestido de verano del perchero. "Ahora, esto tiene cebo de vaquero escrito por todas partes".

Mientras Sam navegaba, se encontró relajándose en la atmósfera despreocupada. La energía de Callie era contagiosa y pronto se intercambiaron trajes para probárselos, hicieron exagerados paseos por la pasarela fuera de los probadores y se tomaron selfies.

Callie finalmente se centró en la sección de lencería y dejó escapar un silbido bajo mientras sostenía un conjunto rojo transparente. "Oh, esto es *definitivamente* viniendo a casa conmigo. Troy va a perder la cabeza.

Sam se rió y sacudió la cabeza. “Estás loco”.

"Y tú vienes aquí", dijo Callie, haciéndole un gesto para que se acercara. Levantó un par de tangas de encaje apenas visibles. "Por si acaso", dijo con un guiño. "Quiero decir, en caso de que tengas otro encuentro con un peón del rancho, también puedes hacerlo divertido".

Sam se sonrojó pero dejó que Callie arrojara las tangas a su cesta. "Ni siquiera sé cómo te dejé convencerme de estas cosas".

Callie sonrió. “Porque en secreto lo amas. Admítelo”.

Sam sonrió a su pesar al darse cuenta de que Callie no estaba equivocada.

Después de hacer sus compras, entraron en una tienda de artículos de oficina. La atención de Sam cambió y su entusiasmo creció mientras navegaba entre computadoras portátiles y suministros organizativos. “A Nancy le va a encantar esto”, murmuró, imaginando lo mejor que funcionaría la clínica con un poco de modernización.

Callie, mientras tanto, jugaba con un paquete de notas adhesivas de colores, burlándose de Sam acerca de lo emocionantes que eran los suministros de oficina. "Ya sabes, las bragas sexys y las hojas de cálculo no son la combinación habitual, pero lo respeto".

Sam se rió entre dientes, cargando las computadoras y los elementos esenciales en el mostrador. "Oye, una chica debe equilibrar los negocios y el placer".

Después de hacer el check out, llevaron sus maletas a la pintoresca cafetería cercana. Sus muebles a juego y su ambiente acogedor ofrecían el escenario perfecto para relajarse. Sam aspiró el aroma del café recién hecho y relajó los hombros mientras ocupaban una mesa en la esquina con sus bebidas y rebanadas de delicioso pastel de chocolate.

"Este lugar es lo más parecido al cielo que hay por aquí", dijo Callie, tomando un sorbo de satisfacción. "Lo juro, es el único lugar en kilómetros donde puedes conseguir un caramelo macchiato bajo en grasa y con doble bomba".

Sam se rió entre dientes, saboreando la rica dulzura de su propia bebida. “No me di cuenta de cuánto extrañaba el café elegante. Definitivamente es un placer”.

Callie se inclinó hacia adelante, con su curiosidad chispeante. “Muy bien, ya llevas aquí una semana. Dime la pura verdad. ¿Te gusta ser el nuevo veterinario de Elm Creek?

Sam vaciló, haciendo girar su bebida. "¿Honestamente? Ha sido genial, pero… abrumador. Quiero decir, estoy haciendo lo que amo y la gente me ha dado la bienvenida, pero es un gran cambio. Todavía me estoy acostumbrando”.

Callie asintió. “Sin embargo, lo estás matando. Todo el mundo ya está hablando de ti en la ciudad, de cómo te has comportado, incluso con los viejos y testarudos rancheros.

Sam sonrió ante el cumplido, pero su expresión se volvió más seria. “Supongo que siento que finalmente me estoy liberando. Mi última relación… no fue mala, pero se sintió asfixiante.

Daniel era mi profesor de segundo año y, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que nuestra relación era muy controlada, muy seria. Pensé que lo tenía todo resuelto con él.

Ya conoces esa cosa mayor, sexy y madura. Pero luego descubrí que estaba haciendo trampa. Fue como si todo mi mundo hubiera dado un vuelco".

Callie hizo una mueca. "Profesores tramposos. Qué cliché. Pero saliste y mira dónde estás ahora. Mucho mejor que quedarse atrapado con ese imbécil".

Sam asintió y su voz se suavizó. "Sin embargo, no fue sólo él. Mis padres siempre han tenido esta idea rígida de cómo debería ser mi vida. Querían que fuera un "médico de verdad". Incluso en este trabajo, no reprimieron sus opiniones acerca de que viniera aquí".

Callie se acercó a la mesa y le dio un apretón reconfortante a la mano de Sam. "Olvídalos. Esta es tu vida, Sam. Estás aquí haciendo lo que amas, pateando traseros y viviendo tu mejor vida. No dejes que nadie te quite eso".

Sam sonrió y el peso de las palabras de Callie se instaló en su pecho. "Tienes razón. Yo solo… quiero disfrutar esto, ¿sabes? Tal vez no sea aquí donde estaré para siempre, pero se siente bien poder finalmente respirar".

Callie sonrió y levantó su taza a modo de brindis. "A respirar y vivir el momento".

El viaje de regreso a Elm Creek estuvo lleno de un silencio tranquilo, roto sólo por Callie tarareando la radio. Sam observó pasar los acantilados rocosos y los campos abiertos, el cielo pintado con tonos naranja y dorado a medida que el sol se hundía. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió esperanzada.

Su mente vagaba hacia la clínica, las personas que había conocido y los peones del rancho que habían añadido un giro sorprendente a su vida. Por mucho que no supiera lo que le deparaba el futuro, no podía negar que Elm Creek ya estaba dejando su huella en ella de maneras que no esperaba.

Capítulo 15

samantha

El lunes por la mañana comenzó con una explosión de energía cuando Sam llevaba las nuevas computadoras a la clínica. Nancy la recibió en la puerta con los ojos muy abiertos por la emoción.

"Bueno, ¡aleluya!" exclamó Nancy, aplaudiendo. "Nos ha sacado oficialmente de la Edad de Piedra, Doc. ¡No más cortes de papel ni intentos de descifrar el rasguño de pollo del Doc Miller!"

Sam se rió entre dientes y dejó una de las cajas en el mostrador. “No me emocionaría demasiado todavía. Todavía tenemos que descubrir cómo utilizar estas cosas”.

Las dos mujeres se lanzaron de cabeza a la tarea, desempaquetando el equipo y preparando las estaciones de trabajo. La pequeña oficina parecía caótica, con montones de papeles, cables y manuales esparcidos por todas partes, pero era progreso.

Nancy levantó una carpeta repleta de papeles. “¿Esta monstruosidad? Se está volviendo digital hoy. No más torres tambaleantes de tonterías”. Hizo una pausa y añadió con una sonrisa: "Creo que el doctor Miller acaba de revolcarse en su tumba".

Sam sonrió, ajustando uno de los monitores. "Asumiré la culpa si nos persigue".

El día fue un torbellino de equilibrio entre tecnología y pacientes. Entre ingresar información básica del cliente en el nuevo sistema y atender llamadas de los ranchos, de alguna manera lograron manejar el flujo constante de citas. Había perros con picazón en la piel, una cabra enferma de una granja e incluso un gallo con una misteriosa cojera.

Cuando terminaron, Sam había sido aniquilado. Se reclinó en su silla y se frotó las sienes mientras Nancy permanecía de pie con las manos en las caderas, observando el caos organizado.

"Bueno, no quemamos el lugar", dijo Nancy, arrojando un expediente sobre el escritorio. "Yo lo llamaría una victoria".

Sam se rió. "Me lo llevo. Sinceramente, esto ya parece un gran paso adelante".

"Sí, sí", dijo Nancy, despidiéndola con fingida impaciencia. "Ve a buscar algo de comida y relájate. Te lo has ganado". Sam no dudó y se dirigió a su camioneta para conducir a casa.

Cuando Sam entró en su cabaña, su estómago gruñó, recordándole que no había comido desde el desayuno. Tank's Bar and Grill la llamaba por su nombre. Una buena comida y algunas caras amigables parecían la manera perfecta de terminar el día.

Se quitó las botas de trabajo junto a la puerta, se miró en el espejo e hizo una mueca al ver su rostro cansado y su cabello despeinado. Una ducha y un cambio no eran negociables antes de dirigirse a casa de Tank.

Después de un enjuague rápido para quitarse la suciedad del día, se secó el cabello con una toalla y se puso su par favorito de jeans ajustados y escotados y un top corto negro que la abrazaba perfectamente. Combinando el atuendo con sus confiables botas de vaquero, se miró en el espejo. Nada mal para un lunes largo.

Cuando aparcó en Tank's, el familiar zumbido de la música y la charla dentro del bar le resultaron acogedores. Entró y escudriñó la habitación mientras se dirigía al bar, donde Callie estaba ocupada preparando bebidas en el mostrador.

"¡Mira quién está aquí!" Callie sonrió mientras Sam se sentaba en un taburete. "La propia señorita veterinaria trabajadora".

"Culpable", respondió Sam, sonriendo. "Hoy fue sin parar. Siento que me he ganado una comida y tal vez una bebida".

"Bueno, has venido al lugar correcto". Callie se inclinó con aire cómplice. "Solo digo que si tienes alguna nueva historia picante de vaqueros, me vendría bien. Algunos de nosotros estamos estancados en los cronogramas de los campos petroleros".

Sam se rió mientras Callie continuaba: "Troy regresó este fin de semana, así que puedo probarle mi nueva lencería. Ya me estoy preparando para no salir de casa durante 48 horas". Ella movió las cejas para causar efecto y Sam no pudo evitar reírse más fuerte.

"Parece que lo tienes todo planeado", bromeó Sam.

“Lo sabes. Ahora, ¿qué vas a tomar? —Preguntó Callie, cogiendo ya el menú.

“Me quedo con la ensalada césar. Gracias, Callie”, dijo Sam, instalándose.

Cuando Callie desapareció hacia la cocina, la puerta del bar se abrió y Sam miró por encima del hombro. Vio a Jake, el capataz del Rancho William, entrar; su presencia era imposible de ignorar. El murmullo de la conversación pareció disminuir por un momento mientras entraba, su cuerpo robusto y sus botas desgastadas le hacían parecer autoritario sin esfuerzo. El leve olor a cuero y cedro golpeó los sentidos de Sam mientras se acercaba a la barra, con sus agudos ojos azules fijos en los de ella.

"Buenas noches, doctor", saludó con voz profunda y suave. "¿Te importa si me uno a ti?"

Sam señaló el taburete a su lado y los latidos de su corazón se aceleraron cuando él tomó asiento. Callie regresó, deslizando la ensalada de Sam frente a ella y volviéndose hacia Jake.

“¿Qué puedo conseguirte, Jake?” —Preguntó Callie.

"Filete con patatas y una cerveza", respondió con tono tranquilo.

Cuando Callie se fue a tomar su bebida, Jake volvió su atención a Sam, con la mirada fija. “¿Largo día?”

"No tienes idea", dijo Sam, picoteando su ensalada. "Pero se siente bien estar progresando".

Jake asintió con aprobación y su tranquila intensidad la atrajo. “Bien. Elm Creek tiene suerte de tenerte.

Jake tomó un sorbo de su cerveza, su mirada fija mientras se inclinaba ligeramente

hacia ella. “Entonces, ¿qué te hizo elegir Elm Creek? Parece muy lejano a dondequiera que seas”.

Sam vaciló, sorprendido por la pregunta. No estaba acostumbrada a que la gente le preguntara sobre sus motivaciones; la mayoría simplemente asumía que era otra chica de ciudad que buscaba un cambio de ritmo. “Supongo que quería algo diferente”, dijo, haciendo girar el tenedor en la ensalada. "Necesitaba un nuevo comienzo y este trabajo parecía la oportunidad adecuada".

Jake asintió, su expresión era ilegible. "¿Te está gustando hasta ahora?"

Ella dio una pequeña sonrisa. “Sí, lo soy. Es mucho trabajo, pero se siente... gratificante. La gente ha sido amable, aunque algunos de los ganaderos parecían escépticos al principio”.

Jake se rió suavemente, su voz profunda provocó un pequeño escalofrío a través de ella. “No puedo culparlos. Una mujer joven y pequeña que apareció para cuidar su ganado probablemente los desconcertó. Pero ahora están impresionados. No he oído más que cosas buenas sobre ti.

Sam parpadeó, un poco desconcertado. "¿En realidad? Pensé que todavía me estaba probando a mí mismo”.

"Lo eres", dijo Jake, su tono firme pero amable. "Y lo estás haciendo muy bien".

Los elogios la reconfortaron de una manera que no esperaba y se relajó. “Gracias, Jake. Eso significa mucho”.

Tomó otro sorbo de cerveza y sus ojos nunca dejaron los de ella. “¿Qué pasa con la clínica? Escuché que has estado haciendo algunos cambios”.

Sam se rió ligeramente. “Eso es decirlo suavemente. Traje algunas computadoras esta semana y Nancy prácticamente organizó una fiesta. Todavía queda mucho por hacer, pero se siente bien progresar”.

Jake asintió con aprobación. “La modernización es una buena medida. Doc Miller fue

genial, pero no aceptó exactamente el cambio".

Ella sonrió, sintiendo una rara sensación de camaradería con él. "Tengo esa impresión. Pero sí, no sé si esto será permanente. Pero por ahora lo estoy disfrutando".

Los ojos de Jake parecieron suavizarse, aunque su expresión permaneció seria. "Está haciendo un buen trabajo aquí, doctor. No te subestimes".

Sam sintió que se le calentaban las mejillas ante el cumplido y se le aceleró el pulso. Había algo en la forma en que él la miraba (firme, confiado, como si pudiera ver a través de sus paredes) que hizo que su corazón se acelerara. A pesar de su presencia ruda e imponente, había una tranquila sinceridad que la atraía.

Callie regresó con el bistec y las patatas de Jake, rompiendo el momento. "Aquí tienes, vaquero", dijo con un guiño, dejando el plato.

Jake murmuró su agradecimiento y tomó su tenedor, sumergiéndose en su comida. Sam trató de concentrarse en su ensalada, pero sus pensamientos seguían volviendo al hombre a su lado y la forma en que parecía ocupar algo más que el espacio a su lado.

El teléfono de Jake sonó en la barra y miró la pantalla antes de contestar. "Sí, ¿qué está pasando?" Su voz cambió, firme pero teñida de preocupación. Sam observó cómo su mandíbula se tensaba, su atención fijada en lo que sea que se dijera al otro lado de la línea.

"De hecho, estoy aquí con el médico ahora mismo. Estaremos allí mismo". Terminó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo mientras se volvía hacia ella.

"Travis llamó", dijo, su tono enérgico. "Hay una vaca en problemas al dar a luz. Te necesitan en el rancho".

Sam se enderezó y su mente inmediatamente pasó al modo de trabajo. "Tengo mi maletín médico en mi camioneta", dijo, luego se miró a sí misma: sus jeans ajustados, su top corto y sus botas de vaquero. Ella sonrió. "Bueno, al menos estoy usando mis botas. Supongo que servirá".

Los labios de Jake se arquearon en lo que podría haber sido diversión antes de arrojar algunos billetes a la barra, suficientes para cubrir las comidas de ambos. “Haremos que funcione”, dijo, y su serena eficiencia no deja lugar a dudas. "Vamos."

Sam agarró su bolso y lo siguió fuera del bar, el aire fresco de la tarde la golpeó cuando entraron al estacionamiento. Jake se dirigió hacia su camioneta con paso decidido.

"Sígueme", dijo por encima del hombro.

Se subió a su propia camioneta, con el corazón acelerado, no sólo por la urgencia de la llamada, sino también por la tensión persistente de la cena. Cuando encendió el motor y se colocó detrás de la camioneta de Jake, la adrenalina corría por sus venas. Fuera lo que fuese lo que le esperaba en el rancho, ella estaba lista para afrontarlo.

Capítulo 16

jake

Jake salió de su camioneta y la grava crujió bajo sus botas mientras se ajustaba el sombrero. El sonido de otro motor deteniéndose detrás de él le hizo mirar hacia atrás y ver a Sam estacionando su camioneta en el lugar al lado de la suya.

Salió y luego se subió al volante para inclinarse sobre la plataforma del camión y agarrar su maletín médico. Las tenues luces del granero captaron su figura y Jake se encontró momentáneamente distraído por ella.

Travis caminó hacia ellos interrumpiendo sus pensamientos, su expresión era una mezcla de urgencia y alivio. “Jefe, es la novilla del corral norte. Al final de la temporada, su primera cría y ella está luchando. No parece que vaya a salir solo”.

Jake asintió y su mente cambió de tema. "¿La tienes aislada?"

"Sí", respondió Travis. "Pen está limpia, pero está muy agitada".

Jake se volvió hacia Sam. "¿Eres bueno para manejar esto?"

Su expresión era seria, pero había una chispa de confianza en sus ojos. "Sí, veamos con qué estamos lidiando".

No pudo evitar admirar su comportamiento tranquilo. La mayoría de la gente se sentiría desconcertada al encontrarse en una situación como esta, pero ella parecía lista. Aún así, no podía dejar de pensar en lo pequeña que parecía en comparación con el trabajo que tenía por delante.

Sin decir una palabra más, siguieron a Travis al interior del granero, y el fuerte olor a heno y ganado llenó el aire a medida que se acercaban al corral.

Dentro del granero, Jake se apoyó contra la puerta del corral, con los brazos cruzados, observando cómo Sam entraba con su maletín médico. La vaca estaba inquieta y sus costados se agitaban mientras se movía incómodamente. Sam se movió con determinación, su concentración era nítida mientras evaluaba la situación.

"Primer ternero, ¿eh?" murmuró, más para sí misma que para cualquier otra persona, mientras sus manos recorrían con cuidado el vientre hinchado de la vaca.

"Sí", respondió Jake. “También al final de la temporada. No es lo ideal”.

Sam asintió y se puso un par de guantes. Se acercó, su voz baja y tranquilizadora mientras intentaba calmar al animal. Jake no pudo evitar notar el cambio en ella. La mujer con la que acababa de tener una conversación informal en el bar había desaparecido, reemplazada por alguien que tenía un control absoluto.

"Esto no va a ser fácil", dijo, mirándolo por encima del hombro. “La pantorrilla no está en la posición correcta. Tendré que darle la vuelta”.

Jake levantó una ceja. "¿Estás seguro de que puedes manejar eso?"

Sus ojos se posaron en los de él, con un destello de determinación en su expresión. "Mírame".

Se lanzó, trabajando con ambas manos con cuidado pero con firmeza para mover al ternero dentro de la vaca. Era un trabajo agotador y desordenado, y Jake no pudo evitar sentir una punzada de duda al ver cómo su pequeña figura asumía una tarea tan exigente físicamente. Pero Sam no vaciló. Se formaron gotas de sudor en su frente, sus músculos se tensaron mientras manipulaba la pantorrilla en la posición correcta.

Jake sintió que su respeto por ella crecía con cada momento que pasaba. Ella no sólo estaba manejando la situación, sino que se hacía cargo de ella.

"Ya casi llegamos", murmuró, su voz tensa pero firme. Con un último empujón y tirón, hubo un cambio repentino y la pantorrilla comenzó a deslizarse libremente.

"¡Entiendo!" exclamó Sam, su rostro se iluminó con triunfo mientras ayudaba a colocar al resbaladizo y tambaleante recién nacido sobre la paja.

La madre vaca dejó escapar un sonido bajo y de satisfacción, acariciando a su cría. Sam se recostó sobre sus talones, sus guantes y jeans manchados de sangre y fluidos, pero sonreía de oreja a oreja.

Jake salió de la puerta y se acercó para ver mejor. "No estabas bromeando", dijo, su tono transmitía admiración y un toque de sorpresa. "Qué trabajo tan bueno, doctor".

Sam se volvió hacia él, aún recuperando el aliento. "Te dije que podía manejarlo".

Los ojos de Jake se detuvieron en ella por un momento, observando la forma en que su confianza parecía brillar, incluso mientras estaba sentada allí cubierta después de todo. Fuerte, capaz y maldita sea si no era increíblemente atractiva.

Jake se apoyó contra la puerta y observó a Sam mientras ella se agachaba junto a la vaca y el ternero. Sus jeans ajustados se aferraban a ella de la manera correcta, y el dobladillo de su top corto se subió lo suficiente para revelar una franja de piel tonificada y resbaladiza por el sudor. Sus botas estaban desgastadas y polvorientas, pero de alguna manera, eso sólo aumentaba su atractivo. Parecía fuerte, capaz e innegablemente sexy, completamente a gusto en su elemento.

Cuando extendió la mano para acariciar suavemente la pantorrilla, su sonrisa iluminó su rostro, genuina y llena de orgullo. Jake sintió un tirón en lo profundo de su pecho, algo más que simple admiración. Podía ver por qué los chicos no podían dejar de hablar de ella. Demonios, no podía culparlos. Tenía una chispa, una mezcla de confianza y amabilidad que era poco común.

Jake se aclaró la garganta y apartó la mirada mientras daba un paso adelante. "Travis, calma al ternero y a la vaca", dijo, con voz firme a pesar de la agitación de emociones en su interior. "Llevaré a Sam a limpiar".

Sam lo miró y se apartó un mechón de pelo de la cara. “Estoy bien”, dijo con voz ligera. "He lidiado con cosas peores".

Jake sacudió la cabeza y extendió una mano para ayudarla a levantarse. “Te has ganado un descanso. Vamos a limpiarte”.

Mientras ella se levantaba, él apoyó ligeramente su mano en su espalda baja, guiándola hacia el pasillo del granero. El calor de su piel bajo su palma le provocó una sacudida que le provocó pensamientos que no estaba seguro de debería tener. Pero maldita sea, se sentía bien. Dejó que su mano se demorara un momento más de lo

necesario, sintiendo la suavidad de su piel, la ligera tensión en su postura.

"¿Estás bien?" preguntó, su tono casual, aunque su mente no lo era.

"Sí, sólo un poco de dolor", respondió ella, mirándolo con una suave sonrisa. "Gracias."

Jake asintió, reacio a retirar la mano cuando llegaron al cuarto de aperos. Algo en ella se estaba metiendo bajo su piel de la mejor y más peligrosa manera.

Jake se apoyó en el marco de la puerta del cuarto de aperos y observó cómo Sam se acercaba al fregadero. Se frotó las manos y los brazos y el agua salió rosada mientras lavaba los restos de su trabajo.

No pudo evitar notar la forma en que su blusa se pegaba a sus tetas de una manera que le hacía imposible no notar la curva de sus senos. Sus ojos bajaron, observando la forma en que sus jeans abrazaban su trasero como una segunda piel, cada movimiento acentuaba la forma perfecta. El calor se agitó en sus entrañas mientras un solo pensamiento atravesaba su mente: quería ver más, tocar más, eliminar todas las barreras y tenerla desnuda ante él.

Cerró el grifo, cogió una toalla y se secó las manos antes de mirar alrededor de la habitación. Sus ojos se posaron en la silla a medio terminar que descansaba orgullosamente en su soporte. "Esto es hermoso", dijo, acercándose y pasando los dedos por el intrincado trenzado de cuero. "¿Tú hiciste esto?"

Jake se levantó de la pared y caminó hacia ella. "Sí", dijo, su voz ahora más tranquila, más personal. “Es algo que hago cuando tengo tiempo. Mantiene mis manos ocupadas”.

Sam sonrió y su toque permaneció en la silla. “La artesanía es increíble. El cuero es muy suave”. Se inclinó ligeramente para examinar las costuras, su cabello cayó hacia adelante mientras se inclinaba. La respiración de Jake se detuvo cuando la cintura de sus jeans bajó lo suficiente como para revelar la delicada línea de su tanga.

Incapaz de resistirse, se acercó y sus botas rasparon el suelo. Su mano se movió hacia su cadera, sus dedos trazaron la curva allí. "Sí", murmuró, con voz baja y deliberada, "muy hermosa... y suave".

Sam se quedó congelada por un momento, un suave jadeo escapó de sus labios cuando su cabeza se volvió hacia él. Sus ojos se encontraron con los de él, muy abiertos y sorprendidos, pero llenos de algo más, algo eléctrico. Ella se enderezó lentamente y se volvió para mirarlo completamente. El espacio entre ellos se sentía cargado, cada respiración llena de tensión.

La mano de Jake permaneció en su cadera, el calor de su cuerpo bajo su palma hacía imposible dar un paso atrás. Sus labios se abrieron como para hablar, pero no salió ninguna palabra, sólo el rápido subir y bajar de su pecho.

Capítulo 17

samantha

La tensión entre ellos era espesa, palpable, mientras Sam estaba a sólo unos centímetros de Jake. Podía sentir el calor que irradiaba de él, y se le cortó el aliento cuando sus ojos oscuros se clavaron en los de ella. Su corazón latía con fuerza en su pecho, la anticipación crepitaba en el aire como un cable con corriente.

Antes de que pudiera procesar sus pensamientos, sus manos estaban en sus caderas, firmes y autoritarias. Él la acercó, su agarre le provocó un escalofrío por la espalda y luego sus labios chocaron contra los de ella. El beso fue confiado, consumidor, dejándola momentáneamente aturdida. Pero en el momento en que se recuperó, su cuerpo respondió instintivamente, sus manos volaron hacia su amplio pecho mientras le devolvía el beso.

El beso se profundizó rápidamente, volviéndose frenético y hambriento. Su lengua separó sus labios, explorando y enredándose con los de ella, una batalla por el control que no estaba segura de querer ganar. Sus manos recorrieron sus costados, deslizándose por su espalda, acercándola hasta que su cuerpo estuvo al ras contra el de él.

Los movimientos de Jake eran implacables y decididos. Él rompió el beso el tiempo suficiente para agarrar el dobladillo de su top corto y tirar de él hacia arriba. La aspereza de sus dedos callosos rozó su piel mientras le cubría la cabeza con la tela. Ella levantó los brazos para ayudarlo, su pecho se agitaba cuando el aire frío golpeaba su estómago expuesto.

Su sujetador de encaje resaltaba contra su piel sonrojada y sus pezones se endurecían bajo el delicado material. La mirada oscura de Jake se detuvo, y sus manos se deslizaron por sus costados, sus dedos rozaron el borde de su sujetador como si no pudiera esperar para desnudarla por completo. La respiración de Sam se entrecortó, el deseo en sus ojos reflejaba el de ella.

Las manos de Jake se deslizaron hacia arriba, rozando la curva de su cintura antes de posarse en sus pechos. Sus pulgares rozaron sus pezones, el encaje áspero de su sujetador sólo amplificaba la sensación. Un escalofrío la recorrió mientras él los rodeaba lentamente, el calor acumulándose en su vientre aumentando con cada toque.

Sin dudarlo, alcanzó detrás de ella y le desabrochó el sujetador con facilidad. Lo liberó

y lo arrojó a un lado sin mirarlo dos veces. Sam jadeó cuando sus pechos quedaron completamente expuestos, sus pezones estaban duros y doloridos bajo su intensa mirada. Jake no dudó y agachó la cabeza para capturar uno en su boca.

El primer tirón de sus labios hizo que ella se arqueara hacia él, un gemido se escapó de sus labios mientras él alternaba entre chupar y morder suavemente. Cada tirón enviaba sacudidas de placer a través de ella, equilibradas al borde del dolor que sólo la hacía más embriagadora. Su otra mano masajeó su pecho descuidado, sus dedos pellizcaron y rodaron su sensible pezón, dejándola jadeando por más.

Jake levantó la cabeza y su mirada se clavó en la de ella mientras se quitaba la camisa. Verlo la dejó sin aliento: su pecho ancho, bronceado y cincelado, músculos tallados tras años de arduo trabajo. Estos no eran músculos de gimnasio, pensó; estos eran ganados, crudos y poderosos, y no pudo resistirse a pasar sus manos sobre ellos.

Sus dedos exploraron los duros planos de su torso, su toque recorrió desde sus hombros hasta las crestas de su abdomen. Se maravilló de la fuerza bajo sus manos, el calor de su piel bajo sus dedos. Él gruñó por lo bajo mientras ella presionaba sus palmas contra su pecho, acercándola para darle otro beso, este más profundo, más exigente.

Sus cuerpos se presionaron, su piel desnuda hormigueaba contra el calor de su pecho. Sus manos bajaron para agarrar sus caderas, acercándola aún más, y ella sintió la inconfundible dureza de su excitación presionando contra su estómago. Su cabeza daba vueltas, la embriagadora mezcla de su aroma, su sabor y la sensación de él la dejaron completamente consumida.

Jake se arrodilló frente a ella y sus grandes manos se deslizaron hacia abajo para agarrar sus botas. La aspereza de sus palmas contra su piel le provocó un escalofrío cuando él se las quitó, dejándolas a un lado con cuidado deliberado. Sus ojos se movieron para encontrarse con los de ella, oscuros y hambrientos, antes de que sus manos encontraran la cintura de sus jeans.

Se los desabrochó lentamente, el sonido de la cremallera fuerte en el silencioso cuarto de arreos. Sus manos rozaron sus caderas mientras le quitaba la mezclilla por las piernas, su toque persistía en la suave curva de sus muslos. Sam se estremeció y el aire frío rozó su piel recién expuesta. Cuando sus jeans se juntaron en sus tobillos, él se los quitó por completo, dejándola parada sin nada más que su diminuta tanga.

La mirada de Jake la recorrió, deteniéndose en la fina tela que se aferraba a su calor húmedo. Murmuró su aprobación, con voz baja y áspera. "Tan jodidamente hermoso." Sus palabras enviaron una chispa de calor directamente a través de ella, su respiración se entrecortó cuando sus manos subieron por sus piernas nuevamente.

Enganchó sus pulgares a los lados de su tanga y lo arrastró hacia abajo, exponiéndola por completo. Sintió el aire besar su piel más sensible y sus mejillas se sonrojaron ante la forma en que sus ojos la devoraban. Arrodillándose ante ella, Jake pasó las manos por sus muslos y sus dedos callosos dejaron estelas de fuego a su paso.

Cuando su pulgar rozó su clítoris, ella jadeó y sus caderas se sacudieron involuntariamente. La sacudida de placer fue eléctrica, todo su cuerpo respondió al dominio confiado de su toque. Se movió con determinación, como si sus reacciones lo estuvieran alimentando.

El agarre de Jake sobre ella se apretó ligeramente mientras su otra mano estabilizaba su cadera. "Ya estás tan mojada", murmuró, su pulgar rodeando su clítoris de nuevo. Su tono era a la vez aprobador y posesivo, provocando que un escalofrío recorriera su espalda.

Cada nervio de su cuerpo estaba encendido y no pudo detener el suave gemido que escapó de sus labios. El dominio de Jake era innegable y, mientras sus manos continuaban explorando, ella se dio cuenta de que no quería resistirse. Ella quería más, necesitaba más.

La voz de Jake bajó, baja y autoritaria, mientras se acercaba, su presencia dominaba la habitación. "Date la vuelta", dijo, su tono no dejaba lugar a discusión. "Inclínate sobre la silla".

El corazón de Sam se aceleró ante la cruda autoridad en su voz. Ella dudó sólo un momento antes de obedecer, la combinación de anticipación y excitación hizo que sus movimientos fueran deliberados. Se giró, inclinándose hacia adelante sobre la silla, agarrando con las manos el borde del soporte para sostenerse. La posición la dejó completamente expuesta, sus piernas temblaban levemente mientras las separaba.

Las manos de Jake encontraron su espalda, recorriendo su columna en una caricia lenta y posesiva antes de llegar a su trasero. Su toque era firme, confiado, como si estuviera trazando cada curva. Él murmuró algo en voz baja, sus palabras apenas

audibles pero cargadas de calor, provocando que un escalofrío recorriera su cuerpo.

Deslizó dos dedos dentro de ella sin dudarlo, su calor resbaladizo hizo que el movimiento fuera sin esfuerzo. Sam jadeó, sus caderas instintivamente empujaron hacia atrás contra su mano. Su coño se apretó alrededor de sus dedos, la sensación de él dentro de ella era casi abrumadora.

Jake gimió suavemente detrás de ella. "Qué fuerte", murmuró con voz áspera. Él comenzó a empujar sus dedos, lentamente al principio, explorando sus profundidades con un ritmo deliberado que la hizo gemir. Su pulgar rozó su clítoris en un círculo provocativo, provocando otro jadeo cuando el placer comenzó a aumentar.

Su respiración se aceleró a medida que sus movimientos se hacían más insistentes, sus dedos se curvaban justo a la perfección, golpeando puntos que hacían que los dedos de sus pies se curvaran. "Buena chica", murmuró Jake, su tono era al mismo tiempo autoritario y aprobador. El elogio envió un escalofrío a través de ella, su cuerpo respondiendo a cada palabra y toque de él.

La habitación se llenó con el sonido húmedo de sus dedos deslizándose dentro y fuera de ella, mezclándose con sus suaves gemidos. Se sintió completamente a su merced, su cuerpo rindiéndose a las sensaciones que él estaba construyendo con un toque experto. Cuando su mano libre agarró su cadera, manteniéndola firme, ella no pudo evitar empujarlo hacia atrás, rogando silenciosamente por más.

El agarre de Jake se apretó sobre su cadera, su control era evidente mientras sus dedos trabajaban dentro de ella, curvándose y acariciando con intención deliberada. Su pulgar se elevó más arriba, presionando suavemente contra su apretado culo. El toque inesperado hizo que un escalofrío la recorriera, el placer se mezcló con la anticipación mientras su respiración se aceleraba.

Jake se acercó, su voz baja y áspera en su oído. "¿Quieres más?"

El corazón de Sam se aceleró y su cuerpo respondió ante sus palabras. "Sí", respiró ella, su voz suave pero llena de necesidad.

"Buena chica", murmuró, las palabras al mismo tiempo elogiaban y ordenaban. Lentamente, presionó su pulgar contra el apretado anillo de músculo, tomándose su tiempo mientras la estiraba centímetro a centímetro. La sensación era extraña pero

embriagadora, un nuevo tipo de placer que hacía que sus caderas se movieran involuntariamente.

Sus movimientos eran deliberados y calculados, manteniéndola al borde del control. Su pulgar comenzó a presionar, el lento y deliberado estiramiento la empujó al borde de la sensación. Al mismo tiempo, sus dedos se sumergieron profundamente en su calor húmedo, curvándose a la perfección. La combinación la hizo gemir, sus caderas se movían instintivamente para seguir su ritmo.

Sin previo aviso, su mano libre cayó sobre su trasero con una fuerte bofetada. El escozor fue inmediato, haciéndola gritar, pero la sensación la recorrió, amplificando el placer que se acumulaba en su centro. Ella jadeó y sus dedos agarraron la silla para sostenerse.

La mano de Jake calmó el lugar que acababa de golpear, su toque casi tierno antes de darle otra bofetada más fuerte. "Te gusta eso, ¿no?" gruñó, su voz teñida de satisfacción.

"Sí", gimió Sam, su respuesta llegó espontáneamente, su voz temblaba de necesidad.

"Más fuerte", exigió, deteniéndose su mano en su trasero como si esperara que ella obedeciera.

"Sí, por favor", suplicó, su voz desesperada, su cuerpo arqueándose ante su toque.

"Esa es una buena chica", murmuró, dando otro fuerte golpe, el sonido resonó en el cuarto de aperos. Sus gemidos se hicieron más fuertes, su cuerpo temblaba a medida que la intensidad aumentaba, las sensaciones la empujaban más cerca del límite.

La sensación de su pulgar enterrado en su apretado trasero mientras sus dedos empujaban y se curvaban dentro de ella era casi demasiado. Sus caderas se balancearon, su cuerpo rindiéndose completamente a su dominio.

Los movimientos de Jake se ralentizaron, sus dedos se liberaron mientras retrocedía ligeramente, su mirada vagando sobre su forma inclinada. La ausencia de su toque la hizo temblar, una mezcla de anticipación y anhelo recorriéndola. Ella sintió sus manos bajar por sus caderas, firmes y deliberadas, antes de alcanzar sus jeans, el sonido de

su cremallera rompió la silenciosa tensión en el aire.

Sam miró hacia atrás por encima del hombro y se le cortó la respiración cuando lo vio. Su polla era gruesa, dura y lista, su mano envolvió la impresionante longitud mientras la acariciaba una vez, casi como si saboreara el momento.

Él se acercó y agarró sus caderas con manos firmes y autoritarias. La anticipación era eléctrica cuando él se posicionó en su resbaladiza entrada, separando sus pliegues. Luego, con un movimiento fluido, la empujó, llenándola por completo.

Sam jadeó y su cuerpo se estiró para acomodarlo. La presión era abrumadora, una combinación perfecta de plenitud e intensidad. Ella arqueó la espalda, ajustándose a su tamaño mientras él se detenía por un momento, dejándola sentir cada centímetro de él enterrado profundamente dentro de ella.

"Joder, estás apretado", gruñó Jake, su voz áspera por el deseo. Su agarre en sus caderas se hizo más fuerte, sus dedos se clavaron en su piel mientras retrocedía y empujaba de nuevo, esta vez con más fuerza.

El sonido de sus cuerpos encontrándose resonó en todo el granero, un ritmo crudo y primario que coincidía con el calor creciente entre ellos. Cada embestida enviaba una sacudida de placer a través de Sam, sus gemidos se hacían más fuertes cuando Jake aceleraba el paso, conduciéndola hacia ella con implacable intensidad.

Sus uñas rasparon la silla y su cuerpo se balanceó con cada movimiento. La forma en que la llenó, la forma en que sus manos reclamaron sus caderas, el absoluto dominio en sus embestidas... era abrumador, consumidor e increíblemente bueno.

Justo cuando sintió que se hundía aún más en la neblina del placer, el crujido de la puerta del cuarto de aperos atravesó el momento. Jake desaceleró sus embestidas, con una mano firme en su espalda mientras ambas cabezas se giraban hacia la entrada.

Travis entró, su voz casual, casi ajena. “Hola, Jake. Necesitas que haga algo más antes de salir...

Se detuvo a mitad de la frase, sus ojos se abrieron ligeramente mientras contemplaba

la escena que tenía delante. Su mirada oscilaba entre ellos, deteniéndose en Sam inclinada sobre la silla, su rostro sonrojado y su cabello despeinado traicionando exactamente lo que había visto.

Jake no se inmutó. En cambio, su mano presionó suavemente la espalda de Sam, manteniéndola firme debajo de él. Su tono era tranquilo pero cargado de sugerencias mientras miraba a Travis. "¿Tal vez?" Se movió ligeramente, acercándose a Sam y murmurando: "¿Vas a ser una buena chica y chuparle la polla mientras te follo?".

A Sam se le cortó el aliento ante la sugerencia de Jake y su mente dio vueltas cuando el peso de sus palabras se calmó. Ella lo miró, con las mejillas enrojecidas de un profundo color carmesí, sin saber si estaba más sorprendida o excitada por la idea. La intensa intensidad en los ojos de Jake le dijo que hablaba en serio y, para su sorpresa, su cuerpo respondió con una nueva ola de deseo.

Ella dudó sólo por un momento antes de asentir, su voz apenas era un susurro. "Sí."

Los labios de Jake se curvaron en una sonrisa de satisfacción cuando se volvió hacia Travis, quien no perdió el tiempo y dio un paso adelante, con las manos ya desabrochándose los jeans. Sam sintió que su pulso se aceleraba cuando Travis se liberó, su polla dura y lista, sus ojos fijos en ella con un hambre desenfrenada.

Capítulo 18

travis

Travis abrió la puerta con indiferencia, con la mente todavía en las tareas del día. “Hola, Jake. Necesitas que haga algo más antes de salir... Su voz se apagó y se congeló a mitad de la frase ante lo que tenía ante él.

Allí estaba Sam, inclinada sobre el soporte de la silla, su pequeño y apretado cuerpo arqueándose mientras Jake la empujaba por detrás. Su piel brillaba de sudor bajo la tenue luz del granero. Las manos de Jake agarraron sus caderas, su polla parcialmente visible mientras se retiraba a mitad de la embestida, brillando por su humedad antes de sumergirse en ella de nuevo. La respiración de Travis se entrecortó y su cuerpo reaccionó instantáneamente a la cruda y carnal escena. Sintió que se endurecía al verlo.

Jake no perdió el ritmo, sus ojos se fijaron en Travis con una sonrisa que sólo podía describirse como presumida. Ralentizando un poco sus embestidas, colocó una mano posesiva en la espalda de Sam. "Tal vez", dijo Jake arrastrando las palabras, su tono bajo y autoritario. Luego, dirigiendo su atención a Sam, le preguntó: "¿Vas a ser una buena chica y chuparle la polla mientras te follo?".

Travis vio la vacilación cruzar su rostro, sus mejillas enrojecidas por el calor y la excitación. Cuando ella asintió y susurró: "Sí", fue toda la invitación que necesitaba. Mierda, este era su día de suerte.

Travis dio un paso adelante y sus manos se movieron rápidamente para desabrocharse el cinturón y desabrocharse los jeans. Su polla ya estaba palpitando, con fuerza ante el mero pensamiento de lo que estaba a punto de suceder. Se liberó, acariciando su longitud mientras Sam lo miraba, con los labios ligeramente abiertos y los ojos cargados de necesidad.

Ella se inclinó hacia adelante y lo tomó en su boca con un calor húmedo y ansioso. Travis gimió cuando su lengua se arremolinaba alrededor de su punta antes de deslizarlo más profundamente, sus suaves labios envolvieron con fuerza su polla. Jake reanudó sus duros e implacables empujes desde atrás, cada uno empujando su cuerpo hacia adelante contra la silla y más profundamente en la longitud de Travis.

La cabeza de Travis cayó hacia atrás, sus caderas se balancearon suavemente mientras le follaba la boca. Las vibraciones de sus gemidos ahogados contra él

enviaron sacudidas de placer a través de su cuerpo. Miró hacia abajo, y la vista casi lo destrozó: sus labios se estiraron alrededor de su polla, sus mejillas se hundieron mientras lo chupaba con avidez, mientras Jake la golpeaba, sus movimientos eran ásperos y autoritarios.

Las manos de Jake agarraron sus caderas con fuerza, su ritmo implacable, cada empuje forzando su cuerpo hacia adelante contra Travis. La forma en que su cuerpo lo tomó todo, cada embestida, cada centímetro, tenía a Travis hipnotizado. Nunca había visto algo tan jodidamente caliente en su vida: sus gritos y gemidos ahogados vibrando contra su polla, la forma en que la polla de Jake desaparecía en su coño mojado y la forma en que todo su cuerpo parecía rendirse por completo a ellos.

Los dedos de Travis se enredaron en su cabello, guiándola mientras su lengua lo provocaba, sus labios deslizándose a lo largo de su longitud. "Joder, te ves tan bien así", murmuró, con la voz llena de necesidad. "Llevándonos a los dos como a la vez".

Las palabras sólo parecieron alimentarla, sus gemidos se hicieron más fuertes, enviando ondas de choque a través de Travis. Verla tomarlos a ambos era un espectáculo que sabía que nunca olvidaría.

Capítulo 19

jake

Los ojos de Jake estaban pegados a la escena frente a él, su polla entrando en el apretado y húmedo coño de Sam mientras su cuerpo se balanceaba hacia adelante con cada embestida. Su trasero estaba perfectamente arqueado y con cada movimiento, él lograba vislumbrar su pequeño y apretado culo, un lugar al que no podía resistir más.

Se agachó y agarró su trasero con una mano áspera y callosa, abriendo ligeramente sus mejillas mientras continuaba empujando. Con su pulgar, comenzó a juguetear con el apretado anillo de músculo, sintiendo su cuerpo tensarse momentáneamente antes de que ella se relajara, sus gemidos animándolo a ir más lejos. Lentamente, presionó su pulgar dentro, la resbaladiza humedad de ella lo hizo más fácil.

Su cuerpo se estremeció incontrolablemente y Jake gimió ante la intensa forma en que su coño se apretaba alrededor de él, agarrándolo con un calor y una opresión que era casi insoportable. Cada embestida lo empujaba más profundamente, su astucia hacía que cada movimiento se deslizara con perfecta facilidad. Su pulgar, todavía enterrado en su apretado culo, le dio control total, actuando como un mango mientras guiaba su cuerpo hacia su polla con cada poderoso empujón. La sensación era enloquecedora: su cuerpo tan receptivo, tan dispuesto, cada gemido y temblor lo incitaba a reclamarla aún más fuerte.

"Joder, mírate", gruñó Jake, su voz era una mezcla de dominio y lujuria cruda, su aliento caliente y pesado mientras la penetraba. Su mano libre agarró su cadera con fuerza, manteniéndola firme mientras la empujaba para tomarlo por completo. “Tomándolo muy bien, como una buena chica. Eres jodidamente perfecto.

Los gemidos ahogados de Sam resonaron en todo el granero, sus labios se estiraron alrededor de la polla de Travis mientras él se metía en su boca. La mano de Travis estaba firmemente enredada en su cabello, guiando su ritmo con una mezcla de control y cuidado. Jake no pudo evitar escuchar mientras Travis la elogiaba, con palabras sucias y llenas de deseo. "Eso es todo, cariño", gimió Travis. “Tómelo profundo, así como así. Dios, te ves tan jodidamente bien así”.

La vista fue casi demasiado para Jake. Su cuerpo estaba en plena exhibición, completamente expuesto y estirado hasta sus límites, cada curva enrojecida por el calor y brillando bajo la tenue luz del granero. La forma en que sus gemidos vibraban alrededor de la polla de Travis, el temblor en sus piernas mientras arqueaba la espalda para recibir las embestidas de Jake, era todo lo que él no sabía que necesitaba.

La mano de Jake apretó posesivamente su trasero, su pulgar presionó un poco más profundamente, provocando una fuerte inhalación de Sam que rápidamente se convirtió en un gemido. Ella empujó hacia él instintivamente, sus caderas se movieron en sus embestidas, enfrentándose a él golpe tras golpe.

"Joder, cariño", dijo Jake con voz ronca, su voz ronca y llena de necesidad. "Me estás volviendo loco". Sus ojos la recorrieron, desde la forma en que sus muslos temblaban por el esfuerzo hasta la forma en que su boca tomó ansiosamente a Travis, sus gemidos y llantos derramándose entre respiraciones profundas y hambrientas. Verla así, completamente destrozada pero absolutamente en control, alimentó cada impulso posesivo y primario dentro de él.

"Eres tan jodidamente hermosa así", murmuró, sus palabras casi perdidas bajo el sonido de sus cuerpos encontrándose, el golpe de piel contra piel haciendo eco en todo el granero. "Tomándonos a los dos como si fuera un maldito sueño".

Podía sentir sus paredes revoloteando alrededor de su polla, su cuerpo tambaleándose al borde. La forma en que se apretó y tembló a su alrededor dejó claro que estaba allí, muy cerca de desmoronarse.

Jake se inclinó ligeramente y su mano libre agarró su cadera con más fuerza mientras la penetraba con embestidas profundas e implacables. "Ven por nosotros", ordenó, su voz áspera por el dominio y el deseo. “Suéltame, cariño. Muéstranos lo bien que se siente”.

Capítulo 20

samantha

La intensidad de todo fue abrumadora de la mejor manera posible. Los gemidos de Sam vibraron alrededor de la polla de Travis mientras ella arqueaba la espalda, empujándose con más fuerza contra los implacables empujes de Jake. Su polla la llenó por completo, cada golpe la llevaba más cerca del borde. El estiramiento, la profundidad: era una mezcla perfecta de placer y presión que enviaba descargas de sensaciones a través de ella.

La polla de Travis golpeaba la parte posterior de su garganta con cada empujón deliberado, el ligero escozor se mezclaba con el calor acumulándose en su vientre. Su mano estaba enredada en su cabello, firme pero no áspera, guiando su ritmo mientras murmuraba sucios estímulos que hacían que su cuerpo vibrara de necesidad. "Eso es todo, cariño", gimió Travis, su voz baja y cargada de deseo. “Tómalo profundo, joder, eres perfecto. Te ves tan bien con mi polla en tu boca".

Las palabras hicieron que un escalofrío recorriera su espalda. El sonido de su aprobación y la sensación de su polla en su lengua sólo aumentaron el placer que crecía dentro de ella. Ella se encontró moviéndose instintivamente, sus labios deslizándose sobre él mientras su lengua recorría su longitud, sus propios gritos ahogados haciéndolo estremecer.

Detrás de ella, la poderosa mano de Jake agarró su cadera, sus movimientos dominaban e implacables. Sus embestidas eran duras y profundas, empujándola ligeramente hacia adelante con cada movimiento. La plenitud de su polla dentro de ella, combinada con el estiramiento de su pulgar aún enterrado en su trasero, era casi demasiado para manejar, pero no de una manera que ella quisiera detener. Las sensaciones se mezclaron y su cuerpo reaccionó a cada nueva ola de placer.

Se sintió completamente cautivada, completamente consumida y disfrutó cada segundo. La forma en que Jake gruñó detrás de ella, su voz profunda ordenándole que lo tomara como una buena chica, sólo la hizo más húmeda. Su cuerpo estaba en llamas, y la forma en que la polla de Jake la llenaba, junto con la gruesa longitud de Travis deslizándose dentro y fuera de su boca, la hacía tambalearse más y más cerca de la liberación.

El puro erotismo de estar completamente llena (su coño, su culo, su boca) todo al mismo tiempo era algo que nunca había experimentado. La novedad hizo que cada nervio de su cuerpo cobrara vida. Fue crudo, intenso y profundamente satisfactorio.

Sus muslos temblaron y su cuerpo se apretó alrededor de Jake mientras sentía el calor de su clímax creciendo. Cada embestida, cada toque, cada mala palabra alimentaba las llamas, sus gemidos se hacían más desesperados a medida que se acercaba al borde. Ella iba a correrse, y podía sentirlo, cada fibra de ella se tensaba mientras el placer la consumía.

Los gemidos de Sam se hicieron más profundos, vibrando contra la polla de Travis cuando la presión en su cuerpo finalmente estalló. Su clímax se estrelló sobre ella como un maremoto, todo su cuerpo se estremeció incontrolablemente mientras una ola tras otra de placer la recorría. Su cuerpo se apretó con fuerza alrededor de la polla de Jake, agarrándolo como un tornillo de banco, empujándolo más profundamente mientras sus caderas instintivamente empujaban contra él.

La forma en que su cuerpo se tensó y tembló fue demasiado para Jake. Él dejó escapar un gruñido gutural, su mano agarró su cadera con fuerza mientras empujaba con fuerza por última vez. Su polla palpitó dentro de ella, llenándola con una ráfaga caliente de su liberación. El calor la hizo llorar aún más fuerte, su placer amplificado por la sensación de que él la reclamaba tan completamente.

Al mismo tiempo, Travis dejó escapar un gemido bajo y sus caderas se movieron hacia adelante mientras se corría en su boca. Ella sintió el calor de su liberación derramarse sobre su lengua, sus labios envolviéndolo mientras intentaba tragarlo todo. Pero la intensidad del momento, junto con su propio clímax demoledor, la dejó sin aliento, y parte de su semen goteó por su barbilla en un rastro húmedo y desordenado.

Su cuerpo tembló mientras soportaba las últimas oleadas de su orgasmo, cada nervio encendido por la sensación. Travis se retiró lentamente, su mano suave mientras se deslizaba por su cabello. Las respiraciones profundas y satisfechas de Jake se mezclaron con el sonido de sus jadeos, llenando el aire cargado del granero. La mente de Sam daba vueltas con todo lo que acababa de experimentar: el placer crudo y abrumador, la forma en que su cuerpo se había rendido a ambos y la intensa conexión que sentía en ese momento.

El cuerpo de Sam todavía hormigueaba cuando Jake lentamente salió de ella, sus fuertes manos sosteniéndola mientras ella se tambaleaba ligeramente. Él la tomó del brazo y la ayudó a levantarse de la silla con sorprendente ternura. El contraste entre la cruda intensidad de hace unos momentos y su suave toque ahora hizo que su cabeza girara.

"Lo hiciste genial", dijo Jake, su voz baja y firme, un raro rastro de admiración deslizándose a través de su comportamiento estoico habitual. "Tomarnos a los dos así".

Travis se apoyó en el soporte de la silla, sonriendo como el gato al que le dieron la crema. "Entonces, cuéntanos", dijo, su tono burlón pero curioso. “¿Te gustó? ¿Llevándonos a los dos a la vez?

Sam vaciló y sus mejillas se sonrojaron cuando encontró la mirada de Travis. Se mordió el labio y sus pensamientos dieron vueltas. ¿Le gustó? Esa ni siquiera era la palabra correcta. Había sido estimulante, liberador e intenso, como nunca antes había experimentado. Se sentía viva como no se había sentido en años, tal vez nunca. Finalmente, ella asintió. "Sí... realmente lo hice".

La sonrisa de Travis se hizo más amplia. "Bien." Parecía genuinamente complacido y la luz en sus ojos la hizo sentir inesperadamente cómoda. Jake, por otro lado, le dio un pequeño gesto de aprobación. Su expresión era más tranquila pero no menos satisfecha, y ella podía sentir que él estaba igual de complacido, incluso si no lo mostraba tan abiertamente como Travis.

Mientras Sam se inclinaba para recoger su ropa desechada, Jake se movió para ayudarla, sus dedos rozaron los de ella mientras le entregaba sus jeans. El simple gesto pareció extrañamente íntimo, un silencioso reconocimiento de lo que acababan de compartir. Volvió a ponerse los vaqueros y la camisa, todavía muy consciente de las miradas de ambos hombres sobre ella.

Travis se rió mientras se subía la cremallera de los pantalones. "Cole se enojará mucho cuando descubra que se perdió esto".

Sam se quedó paralizado en medio del movimiento, mirando entre ellos. "Umm... ¿ustedes... hacen esto con frecuencia?"

Jake le dirigió una mirada mesurada y su voz firme respondió: “No. Pero no creo que ninguno de nosotros tenga ningún problema con eso”. Hizo una pausa y su mirada sostuvo la de ella. "Podemos compartirte si eso es lo que quieres".

El corazón de Sam se aceleró ante sus palabras. ¿Compartirla? La idea debería haber sido abrumadora, pero en lugar de eso, la estremeció. Pensó en cada uno de ellos: la imponente presencia de Jake, el encanto juguetón de Travis e incluso la intensidad más

tranquila de Cole. Sin lugar a dudas, se sentía atraída por todos ellos de diferentes maneras. Si a ellos les parecía bien, ¿por qué ella no debería estarlo?

Ella dejó escapar una risa suave, sacudiendo la cabeza ante la locura de su situación. Pero en el fondo ella sabía la respuesta. "Tal vez sí quiero eso", admitió para sí misma, sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa mientras su decisión se solidificaba. Por ahora, iba a permitirse disfrutar de lo que fuera que esto fuera, de lo que fuera que pudiera llegar a ser.

Capítulo 21

samantha

La clínica estaba llena de actividad y Sam apenas tuvo un momento para respirar. Las citas se acumulaban una tras otra, las llamadas al rancho seguían llegando y les estaba costando un tiempo acostumbrarse al nuevo sistema informático que ella y Nancy habían implementado a principios de semana. Mientras Sam se concentraba en sus pacientes, no pudo evitar escuchar a Nancy murmurar en voz baja mientras hacía malabarismos con los teléfonos, el papeleo y los clientes cada vez más impacientes.

"¡Uf, solo deja un maldito mensaje!" Nancy refunfuñó después de colgar el auricular, mirando fijamente el nuevo sistema como si la hubiera perjudicado personalmente. La computadora sonó con otra notificación, lo que aumentó el caos. Se giró para coger un montón de gráficos, sólo para que su teléfono sonara insistentemente sobre el escritorio.

Sam miró y arqueó una ceja. "¿Todo bien?"

Nancy resopló, deslizando su teléfono para silenciar la última ronda de mensajes de texto. "No. Definitivamente no. Son los niños: se han apoderado nuevamente del iPad. Recibí cinco mensajes de texto sobre alguien que le robó el bocadillo a otra persona y otro quejándose de quién no tiró la cadena del inodoro. Y mi esposo, bendito sea su despistado corazón, me acaba de enviar un mensaje de texto preguntándome qué hay para cenar. Como si ya no estuviera sumido en el caos hasta las rodillas".

Sam reprimió una risa. "Cuatro niños, ¿verdad?"

"Cuatro niños menores de diez años", confirmó Nancy, levantando las manos en el aire. "Y Frank trabaja tantas horas en el ferrocarril, lo que significa que yo tengo que arbitrar su combate diario en jaula y mantenerlos con vida. Salí de casa esta mañana y los escuché discutiendo sobre quién se queda con la última masa tostadora. Lo juro, los amo, pero algunos días…" Sacudió la cabeza con un suspiro dramático. "Simplemente no puedo lidiar con su caos además de todo esto. No sé si reír o llorar".

Antes de que Sam pudiera responder, el teléfono volvió a sonar y Nancy le lanzó una mirada asesina antes de cogerlo. "Práctica de animales de Elm Creek, ¿en qué puedo ayudarle?" espetó, su voz cambió al modo dulce y profesional a pesar de la exasperación en su expresión.

Sam reprimió una sonrisa y volvió a sus notas, pero una idea comenzó a formarse en el fondo de su mente.

Sam terminó de tomar algunas notas en el archivo en el que estaba trabajando y miró a Nancy, que ahora estaba garabateando furiosamente en una nota adhesiva mientras sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja. Sus murmullos apenas eran audibles por encima del zumbido de la clínica, pero la frustración en su rostro era clara como el día.

"Nancy", llamó Sam en voz baja, esperando a que colgara el teléfono. Cuando Nancy finalmente colgó el auricular y exhaló ruidosamente, Sam se apoyó contra el mostrador con una mirada de complicidad. "Parece que estás a dos segundos de salir de aquí y no volver".

Nancy dejó escapar una risa aguda. “¿Dos segundos? Chica, he estado a medio camino de esa puerta todo el día. Si una persona más me llama para reprogramar la cita por tercera vez, o si mis hijos me envían mensajes de texto una vez más sobre su “emergencia de refrigerios”, voy a perder el control”.

Sam sonrió. “Bueno, ¿y si no regresaras a casa y encontraras el caos esta noche? ¿Qué pasaría si en su lugar hiciéramos algo divertido?

Nancy hizo una pausa y entrecerró los ojos con sospecha. "Defina 'diversión'. Porque a menos que su definición implique que me encierre en una habitación con auriculares con cancelación de ruido, no estoy seguro de que estemos en la misma página".

"Sin caos", prometió Sam, levantando las manos. “¿Qué tal una noche de chicas? Solo nosotros y Callie, por supuesto. Ni niños, ni rancheros, ni archivadores desbordados. Pizza, bebidas y tal vez algunas películas de mala calidad. Te vendría bien un descanso.

Nancy parpadeó, como si la idea de una velada sin obligaciones fuera un concepto extraño. "Espera, ¿hablas en serio?"

"Completamente", dijo Sam, con una sonrisa cada vez más amplia. “Callie está libre hoy, ¿verdad? Le enviaré un mensaje de texto y le pediré que traiga pizza. Puedes comprar los bocadillos de placer culpable que quieras y yo llevaré guarniciones de margarita. Pasaremos el rato en mi casa, comeremos demasiado, beberemos un poco y olvidaremos que el mundo existe durante unas horas”.

Nancy vaciló y miró los archivos que tenía delante antes de suspirar. "¿Sabes que? Al diablo. Necesito esto".

"¡Excelente!" Sam respondió con una risa. “Trae los bocadillos que quieras. Yo me encargaré de las margaritas”.

Nancy la señaló con el dedo. "Si Callie aparece con ensalada, me iré".

"Me aseguraré de que sea una zona exclusiva para pizzas", le aseguró Sam. "Confía en mí."

Nancy negó con la cabeza y un atisbo de sonrisa se abrió paso. "Bien. Pero no me dejes tomar demasiadas margaritas: mañana tengo que ocuparme de un marido y unos hijos”.

"Sin promesas", bromeó Sam, sacando su teléfono para llamar a Callie.

La llamada fue breve y agradable: Callie inmediatamente se unió y anunció que traería una pizza de Tank's.

Cuando Sam cerró la clínica por el día, ya tenía planeada la noche. Hizo una parada rápida en la licorería para comprar provisiones para margaritas y un par de bocadillos antes de regresar a casa, con la emoción recorriéndola. Una noche de chicas era exactamente lo que todas necesitaban.

Sam acababa de terminar de colocar los ingredientes de la margarita en el mostrador unas horas más tarde cuando escuchó un golpe en la puerta, seguido de la voz de Callie.

“¡Sam! ¡Abrir! ¡Tengo los productos! -gritó Callie-.

Riendo, Sam abrió la puerta y encontró a Callie sosteniendo una enorme caja de pizza y su sonrisa tan amplia como el cielo de Montana. Entró como si fuera la dueña del lugar y dejó la pizza en la encimera de la cocina con una floritura.

“No lo harías *creer* "Qué valor de Tank", comenzó Callie, poniendo los ojos en blanco dramáticamente. “Intentó cobrarme por esto. ¿Puedes creer eso? ¿Después de toda la sangre, sudor y lágrimas que puse en ese bar? Le dije que me besara el trasero y me diera la maldita pizza”.

Sam resopló y sacudió la cabeza. "Y claramente, ganaste".

“Maldita sea, lo hice. El hombre sabe que no debe discutir conmigo”, dijo Callie, guiñándole un ojo. “Y de nada, por cierto. Te salvé de cualquier resto triste que probablemente habías planeado”.

Antes de que Sam pudiera replicar, sonó otro golpe en la puerta y Nancy entró con dos recipientes de plástico en equilibrio en sus brazos. “No te levantes. Entré”, anunció, dejando caer los contenedores sobre la mesa.

“¿Qué trajiste?” preguntó Sam, mirando por encima.

“Galletas y brownies de la panadería”, respondió Nancy, con las manos en las caderas. “Y ni siquiera *pensar* sobre juzgarme. No iba a cocinar nada esta noche. Dejé a Frank y a los niños con dos bolsas de panecillos de pizza y algunos vasitos de pudín. Eso los mantendrá con vida hasta la mañana.

Callie se echó a reír. "Nancy, eres mi héroe".

Nancy sonrió. “Crianza de supervivencia, señoras. Aprenderás si alguna vez decides unirte al caos”.

Mientras los tres se instalaban en la sala de estar, los ojos de Callie recorrieron el espacio, observando los muebles que no combinaban y la decoración anticuada. "Está bien, Sam", dijo, sonriendo. "Esta casa tiene algunas vibraciones serias de abuelo".

Nancy asintió con la cabeza. “Sí, ¿dónde está la colección de tapetes? Y es que... es que un *teléfono fijo* ¿Veo?"

Sam gimió y arrojó un cojín en su dirección. “Está bien, está bien. Lo entiendo. Al lugar le vendrían bien algunas actualizaciones.”

"¿Crees?" —bromeó Callie. "Quiero decir, es acogedor y todo eso, pero definitivamente vamos a agregar algo de tiempo para 'renovar la casa de Sam' a esta rotación nocturna de chicas".

"Trato hecho", dijo Sam, riéndose a su pesar. "Ahora cállate y ayúdame a hacer estas margaritas antes de que los eche a ambos".

El olor a margaritas y pizza llenó la habitación mientras las chicas se instalaban en la acogedora sala de estar. Callie se dejó caer en el sofá con una margarita en la mano, balanceando una porción de pizza en un plato de papel colocado precariamente sobre su rodilla. Nancy se sentó en el sillón, masticó un brownie y sorbió su bebida como si no hubiera comido una comida adecuada en días.

Sam hizo cola *Legalmente rubia* en la televisión, dejándose caer junto a Callie, quien inmediatamente la empujó juguetonamente. “Oh, esto es perfecto. Elle Woods y margaritas: dos de mis cosas favoritas”.

Nancy resopló, señalando la pizza. "Que sean tres".

El trío se echó a reír y su energía se alimentó mutuamente cuando comenzó la película. Al poco tiempo, las margaritas comenzaron a hacer su magia, soltando la lengua y dando lugar a una desenfrenada sesión de chismes.

“Entonces”, comenzó Callie, con los ojos brillando con picardía, “¿escuchaste acerca de los chicos del campo petrolífero que fueron expulsados de Tank's la semana pasada? Al parecer, uno de ellos pensó que era buena idea luchar contra el toro después de seis tragos de whisky. A Tank no le hizo gracia”.

Nancy casi se ahoga con su margarita. “Espera, el *toro* ? Como en, el *decorativo* ¿Uno afuera?

"Sí", dijo Callie, sonriendo. “Y cuando Tank le dijo que se agachara, el tipo lo atacó. Lo juro, Tank ni siquiera se inmutó. Simplemente lo agarré por la parte de atrás de la camisa y lo arrojé como si fuera un saco de patatas”.

Sam se dobló de risa. "No puedo decidir qué es más divertido: la lucha libre o que Tank

lo eche".

Nancy se secó las lágrimas de risa de sus ojos. “El drama de un pueblo pequeño nunca decepciona. ¿Escuchaste que arrestaron a Mary Stewart por mostrarle a la policía? Estaba peleando con su novio y decidió ponerlo celoso”.

Sam jadeó. "Brillante *policías* ? ¿Qué hicieron?

"La arrestaron, obviamente", dijo Nancy, sacudiendo la cabeza. “Pero no antes de que su novio se peleara con el oficial que lo arrestó. Romance de pueblo pequeño, ¿verdad?

Callie se inclinó hacia adelante y su voz bajó con aire de conspiración. “Ah, y aquí está el mejor: ¿el asilo de ancianos en la ciudad vecina? El departamento de salud los llamó porque ha habido un *masivo* brote de sífilis”.

Sam casi escupe su margarita. “¿El asilo de ancianos? Estás bromeando”.

"No", dijo Callie, sonriendo. "Esos viejos pájaros aparentemente están más cachondos de lo que pensábamos".

Nancy echó la cabeza hacia atrás, riendo. "¿Sabes que? Bien por ellos. Están viviendo sus mejores vidas”.

Sam se rió con tanta fuerza que le dolió el estómago y sintió una ligereza que no había experimentado en años. Miró a sus dos nuevos amigos y se dio cuenta de lo raro que había sido reírse así. “Ustedes son los mejores”, dijo, levantando su copa. "Hacía mucho que no me divertía tanto".

Callie chocó su margarita contra la de Sam. "Por las noches de chicas y los chismes".

"Y margaritas", añadió Nancy con una sonrisa, sosteniendo su bebida.

Sam no podría estar más de acuerdo.

La conversación naturalmente cambió a medida que las margaritas continuaron fluyendo, y su risa se suavizó hasta adquirir un tono más íntimo y chismoso. Nancy estiró las piernas y suspiró. “Muy bien, historias de relaciones. Que alguien más empiece porque mi vida amorosa consiste básicamente en lavar la ropa, hacer los deberes y comer panecillos de pizza”.

Callie resopló. “Oh, vamos, Nancy. Estás casada con Frank, tu novia de la secundaria. Eso es muy dulce. Derramar."

Nancy puso los ojos en blanco pero sonrió con cariño. "Bien. Frank y yo hemos estado casados durante doce años. Es el único chico con el que he estado y, sinceramente, lo amo hasta la muerte. Pero…” hizo una pausa para lograr un efecto dramático, “el hombre no sabe cómo dejar de pedir cosas cuando estoy estresada. 'Cariño, ¿dónde están mis botas de trabajo? Cariño, ¿qué hay para cenar? Nancy, los niños están peleando de nuevo”. Como, no lo sé, Frank. Juro que a veces tengo 5 hijos”.

Callie se rió y casi derrama su bebida. "Oh, Nancy, eres una maldita santa".

“Lo intento”, dijo Nancy, burlonamente seria, “pero algunos días es un milagro que no hago la maleta y me voy corriendo a Las Vegas”.

Sam se rió entre dientes y sacudió la cabeza. “Ni siquiera puedo imaginarlo. ¿Cuatro hijos? Eres básicamente un superhéroe”.

Nancy levantó su copa. “Las margaritas ayudan”.

Callie se inclinó hacia delante con una sonrisa. "Hablando de aliviar el estrés, Troy llegará a la ciudad este fin de semana".

Nancy gimió juguetonamente. "Oh, aquí vamos."

Callie sonrió. “Quiero decir, tengo que prepararme para nuestro 'Fuck Fest' mensual. Ya sabes, despejar el horario, abastecernos de bocadillos y lubricante. Es todo un acontecimiento”.

Sam se rió tan fuerte que casi se cae. “Estás loco”.

"No, yo soy *eficiente* ”, corrigió Callie, sonriendo. “Además, el hombre trabaja duro en el campo, así que cuando está aquí lo aprovechamos al máximo”.

Nancy se abanicó dramáticamente. “Chica, estás viviendo una vida diferente. Bien por usted."

Callie dirigió su atención a Sam, con un brillo travieso en sus ojos. “Muy bien, tu turno. ¿Qué hay de sucio en tu vida amorosa?

Sam vaciló y sus mejillas se calentaron mientras tomaba un largo sorbo de su margarita. "Uh... bueno, he estado... ocupado".

Nancy levantó una ceja. “¿Ocupado cómo?”

Sam suspiró y decidió que lo mejor era simplemente quitarse la tirita. "Me he acostado con todos los chicos del Rancho Williams".

Nancy casi se ahoga con su bebida. “ *Todo* ¿De ellos?

A Callie se le cayó la mandíbula y luego se echó a reír. “¡Dios mío, Sam! Sabía sobre Travis y Cole, pero ¿Jake también? ¡Eres mi héroe!

Sam enterró su rostro entre sus manos. "Esto es tan vergonzoso".

Nancy se inclinó hacia adelante, con los ojos muy abiertos, su margarita a medio camino de sus labios pero completamente olvidada. “Espera, espera, espera. Tienes que contarnos todo. ¿Cómo? ¿Cuando? Como, *todos ellos a la vez* ?? Necesito detalles”.

Sam gimió, cubriéndose la cara con las manos. "Por favor, no me hagas revivirlo", dijo, aunque la sonrisa que tiraba de sus labios la delató.

Callie sonrió, inclinándose. "Oh, tú *tener* para derramar ahora. ¡No puedes lanzar una bomba así y dejarnos colgados!

Nancy señaló con el dedo dramáticamente. "¡Exactamente! Necesito saber: ¿fue un vaquero a la vez o estamos hablando de un rodeo del salvaje oeste, todos a la vez?

Sam dejó caer las manos y su cara se puso roja. "¡No! Dios, no. Bueno…" Ella vaciló, se mordió el labio y luego se echó a reír. "Bueno, *tal vez* Jake y Travis al mismo tiempo. ¡Sólo una vez!"

La mandíbula de Nancy cayó, su margarita chapoteando levemente mientras la dejaba. "Oh. Mi. Dios. ¡Sam!

Callie echó la cabeza hacia atrás y se rió tanto que tuvo que agarrarse el estómago. "¡Esto es lo mejor que he escuchado en mi vida! ¡Estabas ahí afuera viviendo tu mejor vida, niña!

Sam sacudió la cabeza, riéndose con ellos a su pesar. "No fue exactamente planeado, ¿vale? Simplemente… sucedió. Y lo juro, lo eran *muy* participantes entusiastas."

Nancy la miró como si fuera un unicornio. "¿Y nadie se puso celoso? ¿En absoluto?

"No", dijo Sam, encogiéndose de hombros. "Aparentemente, están de acuerdo con compartir".

Callie dejó escapar un grito. "¡Intercambio! Oh, cariño, te has ganado el premio gordo. ¿Vaqueros atractivos que no se vuelven territoriales?

Nancy agitó las manos, todavía intentando procesar. "Pero, como… ¿cómo estuvo? ¿Fue incómodo? ¿Asombroso? ¡Necesito adjetivos!

Sam volvió a enterrar su rostro entre sus manos, riendo. "Fue… *asombroso* . Increíblemente asombroso. ¡Pero también, por favor deja de hacerme hablar de eso!

Callie sonrió con picardía. "Oh, no vamos a parar. Esto es demasiado bueno. Ahora

eres nuestra leyenda de pueblo pequeño".

Nancy levantó su copa para brindar. "Para Sam, vivir el sueño que ni siquiera sabíamos que teníamos".

Sam gimió pero no podía dejar de sonreír. "Ustedes dos son los peores".

"Y tú nos amas", bromeó Callie, chocando su vaso contra el de Nancy.

"Desafortunadamente, realmente lo siento", dijo Sam, riendo, sintiéndose más a gusto que en años.

Las margaritas fluían, las risas nunca cesaban y, en poco tiempo, la noche se había extendido hasta bien pasada la medianoche. Nancy había declarado que era "demasiado mayor para estas tonterías" alrededor de la margarita número cuatro, y poco después, se desmayó en el sofá, roncando levemente y con una mano todavía agarrando un vaso medio vacío.

Callie, al más puro estilo Callie, había insistido en una ronda más antes de tirarse al suelo con una almohada que había robado del sillón. "Pretty in Pink" sonaba en la televisión, su suave brillo iluminaba la habitación mientras Callie murmuraba algo sobre lo injusto que era que Molly Ringwald no tuviera un mejor vestido en el baile de graduación antes de desmayarse rápidamente.

Sam estaba en la puerta de la sala, contemplando la escena con una pequeña sonrisa de satisfacción. La caja de pizza vacía, las galletas y los brownies a medio comer, el surtido de vasos de margarita: todo parecía caótico, cálido y maravillosamente diferente a la vida cuidadosamente controlada que había estado viviendo antes de mudarse a Elm Creek.

Se dirigió a su habitación, el sonido de los ligeros ronquidos de Nancy y el suave diálogo de la película la siguieron por el pasillo. Mientras se metía en la cama, el peso del día (y las margaritas) se apoderó de ella. Sus pensamientos vagaron hacia la semana pasada: el torbellino del trabajo, el calor inesperado con los chicos en el rancho y la pura alegría de sentarse con amigos, riendo hasta que le dolían las mejillas.

Esta no era la vida que había planeado para sí misma, ni mucho menos. Pero mientras

yacía allí, una silenciosa satisfacción se extendió por ella. Tal vez, sólo tal vez, este pequeño pueblo y sus peculiaridades fueran exactamente lo que necesitaba. Sonriendo para sí misma, cerró los ojos, agradecida por las amistades, el caos y las sorpresas que Elm Creek había traído a su vida.

Capítulo 22

samantha

Sam yacía tumbada en la cama, con la fina sábana pegada a su piel húmeda mientras el sofocante calor de julio la oprimía. El antiguo aire acondicionado de ventana gemía y resollaba en un rincón, y sus débiles intentos de enfriar la habitación sonaban más como la agonía de una máquina agonizante. Chisporroteó y hizo ruido, traqueteando tan fuerte que casi esperó que saldría disparado por la ventana en cualquier momento.

Todo el mundo le había advertido sobre los brutales inviernos de Montana, sobre los ventisqueros que podían tragarse un camión y el viento cortante que cortaba capas de ropa. Pero nadie había mencionado los veranos: el calor de 100 grados que hacía imposible pensar, y mucho menos dormir. Se quedó mirando al techo, abanicándose débilmente con una novela de bolsillo, pero incluso eso le pareció demasiado esfuerzo.

El aire acondicionado emitió un chirrido metálico agudo y Sam hizo una mueca y murmuró: "Vamos, no te rindas ahora". Farfulló en respuesta, como burlándose de su súplica, antes de convertirse en un zumbido irregular. Sam suspiró, moviéndose sobre el colchón, el calor hacía que su piel se pegara incómodamente a las sábanas. Miró el reloj de la mesita de noche. 22:09 horas. Perfecto. Otra noche de vueltas y vueltas en una sauna disfrazada de dormitorio.

"Todo el mundo me habló de las malditas ventiscas", refunfuñó para sí, secándose una gota de sudor de la sien. "Pero ni una palabra sobre sudarme el culo a mediados de julio".

Había pasado un mes desde que Sam llegó a Elm Creek y, mientras yacía tumbada en su cama, el calor opresivo se negaba a dejarla descansar. Su mente divagó, repitiendo cuánto había cambiado desde sus primeros días caóticos en la clínica. La oficina finalmente empezaba a sentirse como suya. Ella y Nancy habían pasado horas convirtiendo archivos en papel en registros digitales, una tarea agotadora pero satisfactoria. Las montañas de archivos antiguos estaban ahora ordenadamente guardadas en el ático, liberando espacio en la zona de recepción.

Su compra favorita hasta el momento fue el ecógrafo portátil. Había sido costoso, pero cada vez que lo usaba durante las visitas al rancho, sentía que se había amortizado solo. No más conjeturas sobre embarazos o problemas internos: hizo su trabajo mucho más fácil y los ganaderos quedaron impresionados con la nueva tecnología.

La oficina también parecía más acogedora. Atrás quedaron las paredes en blanco y las vibraciones estériles; ahora, lindos carteles de animales, cuadros de salud modernos y algunos toques personales lo hacían sentir cálido y profesional. Incluso Nancy había comentado: “Es como si tuviéramos una clínica real en este siglo. No sé cómo sobrevivimos antes que tú”.

Los pensamientos de Sam se dirigieron a su segunda noche de chicas con Callie y Nancy. Después de escuchar interminables burlas sobre el “ambiente de abuelo” de su casa, finalmente cedió y dejó que la arrastraran a ir de compras. Eligieron ropa de cama nueva, una funda suave para el sofá y almohadones, muchos almohadones. Callie había insistido en ello, diciendo: “Toda mujer necesita cojines, Sam. Es la ley”.

Ella se rió del recuerdo, pensando en lo bien que se habían divertido. No se trataba sólo de la decoración; se trataba de hacer suyo el lugar. Por primera vez en años, sintió como si estuviera echando raíces en alguna parte, aunque aún no estaba segura de cuánto tiempo crecerían.

Los pensamientos de Sam vagaron hacia los momentos que había compartido con Jake, Travis y Cole durante las últimas semanas, cada encuentro único y especial a su manera.

Cole la había llevado a pescar una tranquila tarde de sábado, un escape pacífico de las exigencias de su trabajo. No había estado pescando desde que era niña visitando a sus abuelos, y la nostalgia la golpeó en oleadas cuando Cole le entregó una caña y le mostró pacientemente cómo lanzar. Ella jadeaba cada vez que pescaban un pez, e inmediatamente insistía en que lo liberaran. "¡Me siento mal por ellos!" exclamó, acunando una trucha particularmente inquieta antes de devolverla suavemente al agua. Cole se había reído de su tierno corazón, burlándose de ella por ser el pescador más compasivo que jamás había conocido. No pudo evitar reírse, sintiendo una cálida conexión creciendo entre ellos mientras se sentaban uno al lado del otro, con las piernas colgando del muelle.

Luego estaba Travis, que había insistido en llevarla a la feria del condado. "No puedes decir que has vivido en Montana hasta que hayas tenido una experiencia justa", había declarado, arrastrándola de un puesto a otro. Pasaron horas deambulando por el recinto ferial, riéndose de los extraños juegos de carnaval y juzgando en broma a los animales de 4H. “Parece que esa cabra está juzgando *a nosotros* ”, había bromeado Sam, señalando a una criatura de aspecto particularmente hosco. Travis le había comprado algodón de azúcar, que compartieron mientras se apoyaban en una cerca, contemplando el sol hundirse en el horizonte. La naturaleza tranquila y alegre de la

velada la había dejado sonriendo durante días.

Y Jake... Jake era diferente. Una noche, la había invitado a cenar al barracón mientras los otros dos estaban fuera. Entró y encontró la mesa puesta con dos platos, un bistec perfectamente asado para cada uno y una botella de Merlot respirando en el mostrador. "No sabía que eras un amante del vino", bromeó mientras él le servía una copa. “Sólo para ocasiones especiales”, respondió con una rara sonrisa, su voz baja y firme. Durante la cena, hablaron sobre la vida: sus sueños, arrepentimientos y lo que los mantenía adelante. La seriedad de Jake siempre la había intrigado, pero esa noche vio destellos de vulnerabilidad debajo de su imponente exterior. Cuando terminó la cena, ella ya se estaba enamorando de él nuevamente.

Cada uno de esos momentos había terminado en pasión, una pasión salvaje y consumidora que encendía cada nervio de su cuerpo y la dejaba temblando, sin aliento y con ganas de más. La intensidad de Jake, el encanto juguetón de Travis y la naturaleza tierna pero provocadora de Cole aportaron algo diferente a la mesa. Jake tenía una forma de tomar el control, su fuerza y dominio empujaban sus límites de maneras que la dejaban débil y anhelante. Con Travis, todo era alegre y divertido, el calor de su pasión atenuado por la risa y una chispa de picardía que la hacía sentir despreocupada. Y Cole, con su tranquila confianza y sus toques persistentes, tenía una habilidad especial para hacerla sentir adorada, como si fuera la única persona en el mundo que importaba en ese momento.

Pero no se trataba sólo de la conexión física: la forma en que sus manos se sentían sobre su piel o el fuego que encendían con cada beso. Así era como la hacían sentir más allá del dormitorio. Jake la hacía sentir castigada, como si pudiera confiar en que él la atraparía si alguna vez se cayera. Travis le recordó cómo reír, cómo encontrar la alegría incluso en los momentos más pequeños. Y Cole... Cole la hacía sentir vista de una manera que casi la desarmaba, como si entendiera las partes de ella que ella ni siquiera estaba segura de conocer.

Fue la singularidad de cada relación, la forma en que se equilibraban mutuamente, lo que permaneció con ella mucho después de sus encuentros. No la veían simplemente como la chica nueva de la ciudad o como una aventura pasajera; con cada momento compartido, la hacían sentir querida, deseada y, por primera vez en mucho tiempo, como si finalmente pudiera dejar atrás su antigua vida y ser ella misma.

Aún así, mientras yacía allí, sus pensamientos se dirigieron a otra cosa, algo de lo que no había podido deshacerse. La idea de los tres juntos. ¿Podría incluso funcionar? ¿Realmente estarían bien compartiéndola de esa manera? El mero pensamiento de

ello envió un escalofrío a través de su cuerpo, aunque no estaba segura si era excitación o nervios. Las posibilidades la asustaban y al mismo tiempo la regocijaban.

Sam se quedó helado cuando un horrible chirrido llenó la habitación. El aire acondicionado chisporroteó, hizo ruido por última vez y luego, con una espectacular bocanada de humo, se apagó. El silencio reemplazó a su débil zumbido, y el calor opresivo la invadió instantáneamente, envolviéndola como una manta sofocante.

“No, no, no”, gimió, sentándose y mirando a la máquina traidora. Salió de la cama y cruzó la habitación para tocar los botones inútiles. Nada. Ni siquiera un destello de vida. "Tienes que estar bromeando", murmuró, elevando la voz mientras presionaba el interruptor repetidamente, sabiendo muy bien que era una causa perdida.

La temperatura ya parecía subir a cada segundo. Se pasó una mano por el cabello húmedo y reprimió una maldición frustrada. “Me voy a derretir aquí”, dijo a la habitación vacía, tirándose sobre la cama y mirando al techo.

La idea de soportar la noche así era insoportable. Su mente repasó rápidamente sus opciones. Podía llamar a Callie, excepto que Callie había estado esperando toda la semana a que llegara Troy, y si Sam se atrevía a interrumpir sus... "festividades", Callie nunca la dejaría olvidarlo.

Nancy era la siguiente en su lista mental, pero Sam ya podía imaginarse el caos que aguardaba en la casa de Nancy: cuatro niños y Roger. Nancy no necesitaba nada más con lo que hacer malabarismos, especialmente un veterinario desesperado y sudoroso que no podía manejar un aire acondicionado roto.

Ella gimió, rodando sobre su costado y mirando su teléfono en la mesa de noche. La idea de registrarse en el motel local la hizo estremecerse. De ninguna manera pasaría la noche entre sábanas ásperas que probablemente no habían sido reemplazadas desde la administración Reagan. Necesitaba una mejor opción.

Su mano alcanzó su teléfono, desplazándose a través de sus contactos mientras el aire cálido la presionaba como un peso. Su dedo se cernió sobre un nombre, la vacilación hizo que se le revolviera el estómago. ¿Era demasiado pedir? ¿Sería raro? Probablemente. ¿Pero qué opción tenía ella? La idea de quedarse allí, asándose lentamente como un pavo de Acción de Gracias, no era precisamente atractiva.

Antes de que pudiera dudar, su pulgar presionó el botón de llamada. El teléfono sonó dos veces y luego contestó una voz al otro lado de la línea. No se dio tiempo para pensar. “Oye, mi aire acondicionado acaba de fallar. ¿Les importa si me quedo en su casa esta noche?

Las palabras salieron rápidamente y, cuando se hizo el silencio al otro lado de la línea, su corazón se aceleró. ¿En qué diablos se estaba metiendo?

Capítulo 23

samantha

Sam detuvo su camioneta frente al barracón y sus faros arrojaron un brillo dorado sobre la robusta estructura estilo cabaña de troncos. Parecía exactamente como debería ser el corazón del Rancho Williams: robusto y práctico, pero de algún modo cálido y acogedor. El suave parpadeo de la luz de las ventanas y el débil sonido de una risa en el interior la hicieron sentir nerviosa y ansiosa al salir de la camioneta.

Subió las escaleras y llamó a la pesada puerta de madera, el sólido sonido resonó levemente. La puerta se abrió casi al instante y allí estaba Travis, apoyado casualmente contra el marco con esa sonrisa tranquila que estaba empezando a asociar con los problemas.

"Bueno, mira quién decidió colarse en la fiesta", bromeó, con su voz cálida y llena de encanto. Antes de que ella pudiera responder, él la empujó hacia adentro y le plantó un beso amistoso en la mejilla. El afecto casual hizo que sus mejillas se sonrojaran, pero también la tranquilizó.

En el interior, el aire estaba cargado con el olor a madera, cuero y algo delicioso hirviendo a fuego lento en la estufa. El espacio de concepto abierto era masculino y habitado, con mullidos sillones de cuero flanqueando una enorme chimenea de piedra. En la gran mesa de madera en el centro de la habitación, Jake y Cole estaban sentados bebiendo cervezas. Levantaron la vista cuando ella entró, sus rostros se iluminaron al reconocerlo.

Jake se levantó primero, su pequeña sonrisa tan devastadoramente atractiva como siempre. "Lo hice en una sola pieza, por lo que veo".

Antes de que pudiera responder, Cole cruzó la habitación y la abrazó juguetonamente. "No sabía que ahora estábamos aceptando perros callejeros, Jake", bromeó con voz burlona. “¿Deberíamos preocuparnos de que ella acapare el control remoto?”

Sam se rió y puso los ojos en blanco. "Ni siquiera veo televisión".

"Cuidado, Sam", añadió Travis mientras cerraba la puerta detrás de ella. "Te hará arreglar las cosas al amanecer".

Jake, apoyado en el borde de la mesa, añadió secamente: "Podría ser la única forma de pagar la reparación del aire acondicionado".

Las bromas alegres fluyeron fácilmente, la calidez de su bienvenida calmó lo último de sus nervios. Sam observó la habitación y la fácil camaradería entre los hombres, y ya sentía que había tomado la decisión correcta al venir aquí esta noche.

Sam entró más y observó el interior del barracón. Era innegablemente masculino, pero sorprendentemente acogedor de una manera que parecía habitado y acogedor. La enorme chimenea de piedra era la pieza central de la habitación, su tosca repisa estaba cubierta con algunas decoraciones simples: una herradura, un viejo reloj de bolsillo y una fotografía enmarcada del rancho. Flanqueando la chimenea había mullidas sillas de cuero, cuyas superficies agrietadas y desgastadas parecían haber sido testigos de innumerables conversaciones nocturnas y cervezas después de un duro día de trabajo. Frente a la chimenea había una alfombra de felpa, de esas en las que fácilmente podrías imaginarte desplomándote, sin las botas, y el cansancio dando paso al calor.

El espacio se abría perfectamente hacia la cocina y el comedor, donde una mesa de madera de gran tamaño estilo picnic se alzaba como el corazón de la casa. Su superficie mostraba las marcas de años de comidas compartidas y botellas de cerveza tintineando, y los pesados bancos a ambos lados tenían un encanto tosco. Sobre la isla de la cocina, cacerolas de cobre colgaban de una sencilla rejilla, y sus superficies brillaban bajo la suave luz. Los estantes estaban llenos de platos prácticos y sencillos: platos de cerámica resistentes y tazas que parecían poder soportar cualquier cosa.

Sus ojos se dirigieron a los detalles más pequeños: un par de botas de vaquero calzadas casualmente cerca de la puerta, con el cuero desgastado arrugado por el uso; una colección de herramientas rancheras antiguas colgadas en la pared, cada una de las cuales cuenta su propia historia. Un lazo cuidadosamente enrollado en un gancho, un hierro para marcar expuesto como una reliquia y un sombrero desgastado colgado de un perchero. Cada centímetro del lugar parecía un tributo a la vida que vivieron: trabajadores, orgullosos y honestos.

No era perfecto, pero eso era parte de su encanto. El barracón tenía personalidad, una mezcla de practicidad y corazón que reflejaba a los hombres que vivían aquí. Sam no pudo evitar sonreír, sintiendo una extraña sensación de consuelo mientras asimilaba todo. Este era su mundo y, por ahora, ella era parte de él.

Travis la condujo por el corto pasillo y señaló una habitación al final. “Esto solía pertenecer a uno de los peones del rancho que se mudó hace un par de años. Nadie lo

ha tocado desde entonces, pero es tuyo mientras lo necesites”.

Sam entró y contempló el espacio modesto pero funcional. Contra la pared había una cama pequeña con una colcha sencilla, acompañada de una cómoda resistente y una mesita de noche. Quedaban algunos rastros del ocupante anterior: un par de camisas de franela colgadas en el armario, un sombrero de vaquero destartalado colgado en un estante, algunas revistas viejas arrinconadas en un rincón. El lugar tenía el mismo ambiente rústico y sencillo que el resto del barracón.

Dejando su bolso en el suelo, se volvió hacia los chicos. “Gracias, de verdad. Llamaré a Hank mañana para que arreglen el aire acondicionado y así poder deshacerme de ti.

Jake, que se había apoyado contra el marco de la puerta, se cruzó de brazos. “No hay prisa. No estamos precisamente deseosos de echarte.

Travis sonrió, apoyándose contra el marco de la puerta con un brillo en los ojos. “Sí, es bueno tener una mujer cerca para variar. Se me ocurren un par de cosas que podrías hacer para devolvernos el dinero.

Sam levantó una ceja, sus mejillas se calentaron ante la forma en que su mirada bajó antes de mirarla a los ojos nuevamente. "¿Ah, de verdad? ¿Cómo qué?"

La sonrisa de Travis se hizo más amplia, pero no respondió, dejando que el tono sugerente permaneciera en el aire.

Cole, mirando por encima del hombro de Jake, añadió con una sonrisa juguetona: “Y ni se te ocurra acaparar el baño por la mañana. Travis ya pasa la mitad del día ahí. Quizás tengamos que empezar a compartir duchas para conservar agua”.

Sam se rió y sacudió la cabeza. “¿Compartir duchas? No puedo decir si se trata de un esfuerzo de conservación o simplemente una ilusión”.

Travis le lanzó a Cole una mirada burlona. "Oye, me tomo mi tiempo porque lo valgo".

Sam inclinó la cabeza y entrecerró los ojos juguetonamente hacia él. “¿Cuál es la rutina? ¿Acondicionador, mascarillas, un poco de esponja vegetal?

Jake, que había estado apoyado en silencio contra el marco de la puerta con los brazos cruzados, finalmente intervino, su voz profunda cortó las bromas. "Si ustedes tres terminaron de planificar la escasez de agua, tal vez dejen que se instale antes de que la asusten".

Pero incluso mientras lo decía, su mirada se detuvo en Sam demasiado tiempo, y ella no pudo evitar notar el destello de calor en sus ojos. Era el tipo de mirada que hacía que su estómago se revolviera, incluso cuando sus labios se curvaron en una sonrisa.

Cuando se quedó sola para acomodarse, Sam abrió la cremallera de su bolso y sacó un puñado de ropa y sus artículos de tocador. Se dirigió a la cómoda, abrió el primer cajón y encontró algunos calcetines que no combinaban y un pañuelo arrugado que parecía haber pasado por una buena cantidad de días difíciles. Sonriendo, dobló sus cosas y las deslizó cuidadosamente a un lado, con cuidado de no tocar las reliquias del anterior ocupante de la habitación.

En el armario, pasó los dedos por la tela de las camisas de franela que colgaban allí, la tela era suave y desgastada. Uno todavía tenía un leve olor a cuero y heno, y no pudo evitar preguntarse sobre el peón del rancho que solía vivir allí. ¿Se había ido con prisa? ¿O simplemente había seguido adelante, dejando atrás esas pequeñas muestras?

Sentada en la cama, dejó escapar un largo y profundo suspiro, mientras los acontecimientos del día la alcanzaban. El colchón era más firme de lo que esperaba, pero sorprendentemente cómodo, y el tranquilo encanto de la habitación (los pequeños detalles, la persistente sensación de historia) la hacían sentir extrañamente como en casa. Mientras sus ojos vagaban hacia el sombrero de vaquero en el estante y una pequeña sonrisa aparecía en sus labios. Tal vez este acuerdo no fuera tan malo después de todo.

Mientras estaba sentada allí, el leve zumbido del barracón llenó la habitación: el murmullo bajo de los chicos hablando y las ocasionales carcajadas filtrándose a través de las delgadas paredes. La hizo sonreír, la calidez de sus voces envolviéndola como una manta. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que realmente pertenecía a algún lugar, como si hubiera encontrado un lugar donde podía ser ella misma.

Sus pensamientos comenzaron a divagar, moviéndose hacia cada uno de ellos: Travis con su encanto juguetón, Cole con su calidez constante y Jake con su presencia tranquila e imponente. Cada uno de ellos aportaba algo diferente, algo especial, y el recuerdo de sus recientes encuentros con ellos envió un lento y delicioso calor

recorriendo su cuerpo.

Luego vinieron los pensamientos más audaces, las fantasías que habían estado invadiendo su mente con más frecuencia. La idea de ellos juntos, los tres, compartiéndola por completo. Era un pensamiento peligroso, uno que envió un escalofrío de excitación corriendo por sus venas y dejó su corazón latiendo con fuerza. ¿Estarían realmente abiertos a ello? ¿Y podría ser lo suficientemente valiente como para sugerir algo tan atrevido?

Sus dedos trazaron distraídamente el borde de la colcha mientras su imaginación giraba, las posibilidades se sentían más reales con cada segundo que pasaba. Se mordió el labio y miró la pared mientras la semilla de una idea echaba raíces. Era audaz, incluso loco, pero pensar en ello le aceleró el pulso.

Capítulo 24

samantha

Sam se paró frente al pequeño espejo de su habitación prestada y la tenue luz arrojaba un suave brillo sobre su reflejo. Se quedó sin aliento mientras se ajustaba la camisa de franela de gran tamaño que había tomado prestada del armario. Era una tela escocesa profunda y desgastada, la tela suavizada por el tiempo y los innumerables lavados. Lo dejó desabrochado excepto los dos últimos botones, el material suelto enmarcaba su escote expuesto y su estómago tenso. El dobladillo apenas rozaba la parte superior de sus muslos, y cuando se giró ligeramente, notó cómo subía lo suficiente como para vislumbrar su trasero desnudo.

El sombrero de vaquero colocado sobre su cabeza parecía el toque perfecto, un guiño descarado al entorno y a los hombres que esperaban en la otra habitación. Cambió de peso, el cuero de sus botas crujió suavemente y dejó escapar un largo suspiro, nerviosa y eufórica al mismo tiempo por lo que estaba a punto de hacer.

Se inclinó más cerca del espejo y sus dedos rozaron sus mejillas sonrojadas. Su corazón se aceleró, un latido constante de anticipación e incertidumbre. *¿Realmente puedo lograr esto?* El pensamiento dio vueltas en su mente, pero con él vino un deseo profundo y ardiente. Durante las últimas semanas, había experimentado momentos con cada uno de ellos (la presencia imponente de Jake, el encanto burlón de Cole y la calidez juguetona de Travis) que la dejaron deseando más. Más conexión. Más calor. Más de todo lo que podían ofrecer juntos.

Sam se mordió el labio y enderezó su postura. "Al diablo", susurró para sí misma. Este no era el momento de pensar demasiado. Si había aprendido algo desde que llegó a Elm Creek, es que la vida era impredecible y, a veces, había que correr riesgos para conseguir lo que quería. Pasó las manos por la franela por última vez y alcanzó el pomo de la puerta, con el corazón martilleándole en el pecho.

La sala de estar estaba llena del suave murmullo de las conversaciones y del ocasional tintineo de vasos de whisky. Jake, Travis y Cole se sentaron alrededor de la pesada mesa de madera; sus posturas relajadas y su risa fácil daban a la habitación una energía cómoda y masculina.

Cuando Sam cruzó la puerta, la habitación pareció cambiar. La luz de la cocina arrojaba un suave brillo sobre ella mientras se apoyaba casualmente contra el marco de la puerta, con un pie cruzado sobre el otro. La camisa de franela colgaba lo suficientemente abierta para dejar poco a la imaginación, y el sombrero de vaquero

ligeramente inclinado sobre su cabeza añadía una confianza juguetona a su apariencia.

La conversación cesó al instante. El vaso de Jake se congeló a medio camino de sus labios, sus ojos oscuros se clavaron en ella con una intensidad que la hizo estremecer. Travis dejó escapar un silbido bajo, se reclinó en su silla y la miró descaradamente. Cole, siempre bromista, se reclinó perezosamente, una lenta sonrisa se extendió por su rostro mientras soltaba una risita baja.

"Bueno, cariño", dijo Travis, rompiendo el silencio, "esa es una excelente manera de decir buenas noches".

Las mejillas de Sam se calentaron, pero no titubeó. Su mirada se dirigió a Jake, cuyos ojos prácticamente ardían mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. Ella sostuvo su mirada por un momento antes de responder, su voz firme y mezclada con la cantidad justa de descaro: "Esperaba que fuera una manera de decir gracias".

Las comisuras de la boca de Jake se torcieron, su sonrisa discreta pero absolutamente cautivadora. Se reclinó en su silla, su voz baja y autoritaria. “Tienes nuestra atención. Ahora, ¿qué planeas hacer con él?

Su pulso se aceleró ante sus palabras, pero no retrocedió. En lugar de eso, se apartó del marco de la puerta y entró tranquilamente en la habitación, mientras el sonido de sus botas contra el suelo de madera resonaba suavemente. El aire se sintió cargado, eléctrico, a medida que se acercaba a ellos.

La sonrisa de Cole se ensanchó cuando extendió la mano para inclinar juguetonamente el ala de su sombrero. “Tienes agallas, te lo reconozco”, dijo, con voz burlona pero teñida de admiración. "Con esa apariencia, podrías matarnos a todos".

Travis se puso de pie, rodeándola lentamente mientras dejaba escapar un tarareo bajo y agradecido. “¿Estás segura de que estás lista para esto, cariño? Porque tienes tres vaqueros muy entusiastas que estarán más que felices de hacerte pasar un buen rato”.

Sam giró la cabeza para mirarlo y sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa. "No estaría aquí si no estuviera preparado".

Jake estaba a continuación, sus movimientos lentos y deliberados mientras se acercaba a ella. Se detuvo a sólo unos centímetros de distancia, elevándose sobre ella mientras sus dedos rozaban ligeramente el borde de la camisa de franela. Su toque apenas estuvo allí, pero envió una ola de calor a través de ella. "Entonces asegurémonos de que no te arrepientas", murmuró, con voz baja y áspera, prometiéndole todo lo que ella había estado anhelando.

La respiración de Sam se entrecortó cuando la tensión en la habitación se volvió casi insoportable. Miró a los tres, sus miradas hambrientas y llenas de promesas tácitas. El aire estaba cargado de anticipación y cuando la mano de Jake se deslizó hasta su cadera, acercándola más, supo que había tomado la decisión correcta.

El primer movimiento había sido suyo, pero ahora les tocaba a ellos tomar el control. Y a juzgar por la forma en que sus manos y ojos ya la reclamaban, sabía que la noche apenas comenzaba.

Los ojos oscuros de Jake se fijaron en los de ella mientras se acercaba, su amplio cuerpo irradiaba calor que le provocó escalofríos por la espalda. Su mano áspera se extendió, deslizándose por su brazo con deliberada lentitud, sus dedos rozando el borde abierto de la franela. El leve roce de sus dedos callosos contra su piel hizo que se le cortara la respiración.

"Realmente sabes cómo hacer una entrada", murmuró, con voz baja y espesa, llena de necesidad contenida.

Detrás de ella, sintió la presencia de Travis antes de que él la tocara. Sus cálidas manos descansaban ligeramente sobre sus caderas, sus pulgares trazaban círculos provocadores contra la piel expuesta de sus muslos. Él se inclinó y sus labios rozaron su oreja. “Nos tienes enganchados, cariño. ¿Qué sigue? -Preguntó, su acento juguetón envió una ráfaga de calor directamente entre sus muslos.

El corazón de Sam latía con fuerza en su pecho, sus pezones se endurecían contra la tela de franela mientras su cuerpo respondía a su cercanía. Sintió que se mojaba y la anticipación aumentaba mientras su atención la consumía. Su mirada se dirigió a Cole, que todavía estaba sentado, su expresión ardiente mientras se reclinaba casualmente, con un brazo sobre la silla.

"Creo que quiere que lo averigüemos", murmuró Cole, su tono tenía ese familiar tono

burlón. Sus ojos penetrantes recorrieron su cuerpo, deteniéndose en el hueco de la franela que revelaba la curva de su escote y el plano de su estómago. Sólo el calor de su mirada hizo que sus muslos se apretaran.

Jake tomó la iniciativa y sus manos se movieron con precisión y sin prisas hasta los dos últimos botones de la camisa de franela. Sus nudillos rozaron su estómago desnudo mientras trabajaba, la aspereza de su tacto dejaba estelas de fuego a su paso. Sam contuvo la respiración, su pecho subía y bajaba rápidamente, cuando finalmente él le quitó la tela de los hombros. La camisa se deslizó hasta el suelo y se acumuló alrededor de sus botas.

"Maldita sea", respiró Travis detrás de ella. Sus manos se deslizaron por sus costados, acariciando su piel desnuda mientras se inclinaba para presionar sus labios en su cuello. La calidez de su boca contrastaba con el aire fresco contra su piel expuesta, provocando que un escalofrío la recorriera. "Eres absolutamente deslumbrante", murmuró, con la voz llena de deseo.

Sam inclinó ligeramente la cabeza, dándole a Travis más acceso a su cuello mientras la mano de Jake se deslizaba por su caja torácica, deteniéndose justo debajo de su pecho. Su pulgar rozó la parte inferior, haciéndola jadear suavemente. Sus ojos se dirigieron a Cole, quien finalmente se había levantado de su silla y avanzaba hacia ella con una gracia depredadora.

"Tú eres otra cosa, Sam", dijo Cole, su voz suave pero firme. La rodeó lentamente, sus dedos recorriendo ligeramente su hombro y bajando por su brazo. Ella sintió que su cuerpo respondía instintivamente a su toque, su piel hormigueaba a su paso.

Jake tomó el sombrero de vaquero que llevaba en la cabeza y se lo quitó con cuidado deliberado. Lo colocó sobre la mesa junto a ellos, sus movimientos eran lentos y decididos. "Sin distracciones", dijo, su voz áspera con intención.

La habitación se sentía eléctrica, cada mirada, cada toque cargado de promesas tácitas, su cuerpo desnudo expuesto a sus miradas hambrientas. El peso de su atención la hizo sentir vulnerable y empoderada, una combinación embriagadora que la dejó mareada por la anticipación.

Sus ojos se dirigieron a los hombres mientras empezaban a desvestirse. Jake se sacó la camisa por la cabeza, dejando al descubierto su pecho cincelado, los músculos tallados por años de arduo trabajo. Cole hizo lo mismo, sus anchos hombros y su

esbelta figura irradiaban una fuerza silenciosa. Travis fue el último, quitándose la camiseta con una sonrisa juguetona, su cuerpo tonificado y su piel bronceada eran un testimonio de su vida activa.

La mirada de Sam oscilaba entre ellos, y se le cortó el aliento cuando comprendió toda la realidad del momento. Cada uno de ellos era tan diferente, su energía única la atraía como un imán. Jake, con su imponente presencia, se mantuvo alto e inquebrantable, su amplio pecho cubierto de una pizca de vello oscuro que se estrechaba hasta sus duros abdominales. Sus manos grandes y ásperas se flexionaron a los costados, y sus ojos no pudieron evitar bajar a su gruesa y erecta polla, parándose con orgullo y haciendo que su estómago se retorciera con anticipación. Él irradiaba autoridad, una fuerza que la hacía querer someterse por completo.

La fuerza constante de Cole se sentía firme, su cuerpo musculoso y delgado era una obra de arte. Su piel suave y bañada por el sol brillaba en la tenue luz, las líneas afiladas de su corte en V llevaron su mirada hacia su longitud, igualmente dura y lista, una visión que envió una descarga de calor directamente entre sus muslos. Había una tranquila intensidad en la forma en que la miraba, su mirada tranquila prometía paciencia y pasión.

Luego estaba Travis, cuya energía juguetona era imposible de pasar por alto. Su cuerpo tonificado era todo músculos duros y piel bronceada, su sonrisa tan perversa como la polla que sobresalía orgullosamente de sus caderas. Él la sorprendió mirándola y sonrió, pasando una mano por su estómago como para burlarse de ella. La forma en que él estaba parado, tan relajado y confiado, hizo que su pulso se acelerara, la emoción burbujeaba en su pecho mientras sus ojos se movían entre los tres.

El calor en la habitación era palpable, sus cuerpos desnudos exudaban fuerza, deseo y masculinidad cruda. Estaban completamente concentrados en ella, y el peso de sus miradas la hacía sentir viva, como si estuviera al borde de algo estimulante y completamente desconocido. Su corazón se aceleró mientras se lamía los labios, la anticipación se retorcía en su estómago. Este era un momento que nunca había imaginado y, sin embargo, se sentía tan natural, tan eléctrico, que apenas podía contener el escalofrío que la recorrió.

Travis se acercó y sus manos se deslizaron por sus brazos mientras se inclinaba para besarla. Sus labios eran suaves pero insistentes, su lengua provocaba la de ella mientras sus manos recorrían su espalda desnuda. Jake se acercó a ella y su boca encontró el punto sensible justo debajo de su oreja mientras su mano ahuecaba su pecho y su pulgar rodeaba su pezón endurecido.

La mano de Cole acarició su mejilla, inclinando su rostro hacia él mientras él reclamaba su boca con un beso que era a la vez tierno y exigente. Sam se sintió completamente rodeada, con sus manos y bocas por todos lados, dejándola sin aliento y temblando de necesidad.

Su cuerpo estaba en llamas, cada terminación nerviosa viva mientras la exploraban, sus toques eran una mezcla perfecta de áspero y gentil. Las manos de Jake agarraron sus caderas, acercándola más mientras la besaba profundamente, mientras los labios de Travis recorrían su cuello y su lengua golpeaba su piel. Las manos de Cole acariciaron sus muslos, su toque le provocó escalofríos mientras la tensión aumentaba, prometiendo una noche que nunca olvidaría.

Los ojos de Jake se oscurecieron cuando dio un paso adelante, su mano tomó la de ella y la guió hasta el sofá. La habitación se sentía cargada de anticipación, el aire cargado de calor y los deseos tácitos de todos los presentes. Las fuertes manos de Jake se deslizaron por sus muslos mientras se arrodillaba frente a ella, abriendo ligeramente sus piernas. Su mirada se fijó en la de ella, intensa y autoritaria.

“¿Quieres esto? ¿Todos nosotros?" Preguntó Jake, su voz era un gruñido bajo que le provocó escalofríos por la espalda.

La respiración de Sam se entrecortó y sus mejillas se sonrojaron mientras asentía. Su voz apenas era más que un susurro cuando respondió: "Sí".

Los hombres intercambiaron una mirada y un acuerdo silencioso pasó entre ellos. No hubo dudas ni celos, solo el entendimiento de que todos estaban aquí para ella, para darle exactamente lo que quería.

Capítulo 25

jake

Jake no podía quitarle los ojos de encima mientras Sam estaba frente a ellos, bañado por el suave resplandor de la luz de la sala. Esa camisa de franela, apenas abotonada y lo suficientemente larga como para provocar, había sido suficiente para volverlo loco. Pero ahora, mirándola en el sofá, desnuda, con las piernas ligeramente abiertas, las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos, era como si cada gramo de su autocontrol se hubiera evaporado.

“¿Quieres esto? ¿Todos nosotros?" preguntó, su voz más áspera de lo que pretendía, sus manos ya deslizándose por sus suaves muslos.

Su asentimiento fue tímido, pero no había forma de confundir el fuego en sus ojos cuando susurró: "Sí".

Jake sintió una ráfaga de calor atravesándolo, su polla temblando ante su simple admisión. Ella se estaba ofreciendo a ellos, completa y voluntariamente, y no había un solo hombre vivo que pudiera resistirse a ella de esa manera. Captó la mirada de complicidad entre Travis y Cole, un acuerdo silencioso entre ellos. Esta noche era sobre ella.

Jake se inclinó y reclamó su boca con un beso que fue más posesivo de lo que pretendía. Sus labios eran suaves, su sabor embriagador, y cuando sus pequeñas manos agarraron sus hombros para acercarlo más, solo alimentó la necesidad primaria que rugía dentro de él. La sintió fundirse en él, su cuerpo flexible mientras se entregaba a su tacto.

Pero entonces Travis se movió, arrodillándose frente a ella, y Jake se apartó de mala gana. Quería devorar cada centímetro de ella él mismo, pero ver a Travis tomar su lugar le provocó una sacudida de anticipación. Esto iba a ser otra cosa.

Jake retrocedió un poco, con las manos todavía apoyadas en sus muslos mientras Travis ocupaba su lugar. Observó cómo Travis se inclinaba y sus labios rozaban la sensible piel de la parte interna de sus muslos. Sus caderas se movieron en respuesta, un pequeño jadeo escapó de sus labios mientras Travis subía con enloquecedora lentitud.

"Estás empapada", murmuró Travis, su tono provocativo, sus dedos rozando su humedad. “¿Todo esto sólo para nosotros?”

La mirada de Jake se dirigió a su rostro, captando la forma en que sus ojos se cerraban mientras un suave gemido se le escapaba. Ella ya estaba completamente perdida en eso y ni siquiera habían comenzado. No pudo resistirse a tocarla, sus manos agarraron su cintura mientras besaba el costado de su cuello, saboreando el leve toque de sudor y sal en su piel. Ella giró la cabeza hacia él, sus labios encontraron los de él en un beso desesperado y necesitado, sus dedos se enredaron en su cabello mientras gemía en su boca.

Desde su punto de vista, Jake podía observar la escena que se desarrollaba ante él, su pecho se contraía con puro deseo. Travis estaba de rodillas frente a Sam, con las manos agarrando sus muslos mientras trabajaba su coño con habilidad practicada. Los ojos de Jake se sintieron atraídos por la resbaladiza brillantez de los dedos de Travis mientras los deslizaba dentro y fuera de ella. Cada movimiento de la mano de Travis hacía que Sam jadeara, su cuerpo arqueándose maravillosamente contra el ataque de placer. La forma en que su humedad cubría los dedos de Travis, los sonidos suaves y húmedos que llenaban la habitación, hicieron que la polla de Jake palpitara dolorosamente.

Cole, que nunca se reprime, se colocó detrás de Sam en el sofá. Sus grandes manos la rodearon para acariciar sus pechos, amasándolos suavemente antes de pellizcar sus pezones endurecidos. Sam gimió fuertemente, su cuerpo respondió instintivamente mientras presionaba su espalda contra el pecho de Cole. Jake no pudo evitar notar la forma en que las manos de Cole la trabajaban, firmes y confiadas, la aspereza de su toque haciéndola temblar.

La respiración de Jake se entrecortó cuando se inclinó más cerca, sus labios rozaron la curva del cuello de Sam. Inhaló profundamente, captando el leve aroma de su piel mezclado con el almizcle caliente que llenaba la habitación.

"Te ves tan jodidamente bien así", murmuró en su oído, su voz baja y espesa de lujuria. Su mano se deslizó hasta su cadera, su pulgar acarició su suave piel, arraigándose en el momento. “Tomar todo lo que te damos, como si estuvieras hecho para ello”.

Sam inclinó la cabeza y abrió los labios mientras la boca de Jake dejaba besos a lo largo de su cuello. Ella se estremeció cuando su lengua acarició el lóbulo de su oreja y su mano libre se deslizó hasta el regazo de Jake. Sus delicados dedos envolvieron su

dura polla, acariciándolo lentamente a través de sus jeans. El calor de su palma quemó la tela y Jake gimió, moviendo sus caderas para presionar con más fuerza su mano.

"Joder", gruñó, sus dientes rozando la piel sensible justo debajo de su oreja. Su mano era pequeña pero firme, el ritmo de sus caricias inestable pero embriagador mientras lo exploraba. Cada roce de sus dedos hacía que su polla se contrajera, y el puro erotismo del momento (la forma en que su cuerpo se retorcía bajo las manos de Cole y los dedos de Travis, mientras ella lo acariciaba) lo estaba volviendo loco.

Los ojos de Jake se posaron en donde Travis estaba arrodillado, sus anchos hombros enmarcados por los muslos abiertos de Sam. Los dedos de Travis se movieron más rápido ahora, curvándose dentro de ella y frotando su punto más sensible. Su pulgar rodeó su clítoris con presión deliberada, y la forma en que sus caderas se sacudieron ante su toque hizo que el estómago de Jake se tensara de deseo. Ella era tan receptiva, tan jodidamente perfecta, y eso hizo que su sangre se calentara.

"Te gusta eso, ¿no?" Murmuró Travis, su voz baja y áspera mientras miraba su rostro sonrojado. “Tan mojado y apretado para nosotros. Estás cerca, ¿no?

Sam gimió, sus caderas rodando contra la mano de Travis y sus gemidos brotando libremente de sus labios. Jake sintió que su mano sobre su polla flaqueaba ligeramente, su concentración vacilaba mientras el placer la abrumaba. Pero entonces ella lo agarró con más fuerza, como si necesitara algo para anclarse, y Jake gimió, sus caderas se sacudieron ante su toque.

"Lo estás haciendo muy bien, Sam", susurró Jake, sus labios rozando su oreja. “Mírate, dejándote llevar por nosotros. Joder, eres hermosa”.

Cole se inclinó hacia adelante, sus labios recorrieron su hombro mientras sus manos apretaban sus pechos con más fuerza. "Ella no sólo es hermosa", murmuró, su voz cargada de calidez. "Ella es jodidamente perfecta".

Jake no podía quitarle los ojos de encima. La forma en que su espalda se arqueaba contra el pecho de Cole, sus muslos temblaban mientras Travis trabajaba su coño, era hipnótica. Su piel estaba sonrojada, su pecho subía y bajaba rápidamente, y los sonidos que hacía (esos gemidos desesperados y entrecortados) eran pura jodida música para sus oídos.

Capítulo 26

Col

Cole se reclinó contra el sofá, con los ojos fijos en Sam frente a él. Sus manos recorrieron sus pechos, jugueteando con sus pezones con las puntas ásperas de sus dedos, girándolos y pellizcándolos lo suficiente como para hacerla jadear. Su espalda se arqueó hacia él, sus suaves gemidos lo volvían loco mientras respondía a cada movimiento y apretón. Su piel estaba sonrojada, su respiración era errática y Cole no podía tener suficiente de la forma en que se veía y se sentía en sus manos.

Travis todavía estaba de rodillas frente a ella, con los dedos enterrados en su coño resbaladizo, trabajando con destreza. Cada empuje de su mano provocaba un sonido desesperado en sus labios, sus muslos temblaban mientras luchaba por mantener el ritmo. Jake, siempre con una presencia imponente, estaba a su lado, besándola profundamente, su mano enredada en su cabello mientras ella le acariciaba la polla. Cole pudo ver la forma en que las caderas de Jake se balanceaban con su toque, sus gemidos retumbaban en su garganta.

Y allí estaba Cole, con su polla dolorosamente dura, presionando contra la espalda de Sam mientras ella se inclinaba hacia él. Cada vez que se arqueaba, su cuerpo rozaba el de él, la fricción era casi excesiva. Podía sentir la necesidad pulsante creciendo dentro de él, y estaba tomando cada gramo de control para no agarrarla en ese mismo momento.

"Joder", murmuró Cole en voz baja, con la voz llena de necesidad. Tenía que acercarse, tenía que saborearla. Se inclinó hacia adelante y sus labios rozaron su oreja mientras murmuraba: "Mi turno, cariño".

Sam se estremeció ante sus palabras, su cuerpo tembló mientras se inclinaba hacia él. Travis levantó una ceja pero no protestó cuando Cole le puso una mano firme en el hombro. "Muévete", dijo Cole, su tono no dejaba lugar a discusión. Travis sonrió pero se hizo a un lado, sus dedos brillaban con la excitación de Sam mientras los secaba en sus jeans.

Cole no perdió el tiempo. Se arrodilló frente a ella y le agarró los muslos con las manos para estabilizarla mientras se colocaba entre sus piernas. Estaba tan mojada, su excitación resbaladiza y brillante, que se le hizo la boca agua. Él se inclinó, su lengua recorrió su clítoris con un movimiento suave y su cabeza cayó hacia atrás con un grito ahogado.

"Joder, Cole", gimió ella, con las manos agarrando el borde del sofá mientras su lengua trabajaba sobre ella, lenta y deliberada.

Por encima de ella, Travis y Jake habían tomado posiciones a cada lado de ella. Travis besó su cuello, sus labios descendieron hasta su hombro, mientras Jake capturaba sus labios nuevamente, con un beso profundo y posesivo. Cole levantó la vista brevemente, sus ojos fijos en la forma en que ambos alternaban besándola a ella y a sus pechos. La boca de Travis se aferró a un pezón, succionándolo y provocándolo, mientras los dedos de Jake pellizcaban el otro. Sus voces se mezclaron, una mezcla de sucio estímulo y elogios.

"Lo estás haciendo muy bien, cariño", murmuró Travis, sus labios rozando su piel. "Tan jodidamente perfecto para nosotros".

"Mírate", gruñó Jake, su voz baja y autoritaria. “Tomando todo lo que te damos. Dios, eres increíble”.

La polla de Cole palpitó dolorosamente ante sus palabras, pero se concentró en ella. Su lengua se movió sobre su clítoris en círculos lentos y provocadores antes de succionarlo suavemente en su boca. Sus caderas se sacudieron contra él y él apretó con más fuerza sus muslos para mantenerla firme. Ella estaba temblando ahora, su cuerpo completamente a su merced, y la forma en que respondió (tan cruda, tan desinhibida) lo hizo más duro de lo que creía posible.

"Cole", gimió ella, su voz se quebró cuando él deslizó dos dedos dentro de ella. Ella se apretó alrededor de él inmediatamente, su calor húmedo lo agarró como un tornillo de banco. Él curvó los dedos, encontrando ese lugar perfecto dentro de ella, y sus caderas se sacudieron salvajemente contra su boca. Él gimió contra su clítoris, las vibraciones la hicieron gritar.

Por encima de ella, Jake y Travis seguían alternando su atención, sus manos acariciando sus pollas mientras se acercaban más a ella. Sus gritos y jadeos ahogados sólo animaron a Cole, y él se dobló, su lengua girando sobre su clítoris mientras sus dedos empujaban y se curvaban dentro de ella, golpeando ese punto dulce una y otra vez.

"Oh, Dios mío", gimió con voz desesperada. “No puedo… estoy tan cerca…”

"Eso es todo, cariño", murmuró Cole contra ella, sus palabras amortiguadas por su calor resbaladizo. “Ven por nosotros. Muéstranos lo bien que se siente”.

Sus labios sellaron su clítoris, chupando con fuerza, mientras sus dedos se curvaban por última vez. Su cuerpo se puso rígido, sus muslos se apretaron alrededor de su cabeza mientras gritaba su nombre, su orgasmo la desgarró. Ella palpitó alrededor de sus dedos, su cuerpo se estremeció incontrolablemente mientras una oleada tras otra de placer la superaba. Cole no se detuvo, su boca y sus dedos la atravesaron hasta que ella tembló y jadeó.

Cuando finalmente se calmó, Cole se echó hacia atrás ligeramente, sus labios brillaban con su excitación. Él la miró, su rostro sonrojado y su pecho agitado le hicieron sonreír perversamente. "Sabes tan jodidamente bien", dijo con voz ronca. "Podría hacer eso toda la noche".

Capítulo 27

travis

Travis se reclinó en el sofá por un momento, tratando de estabilizarse. Ver cómo Jake ponía a Sam a cuatro patas, posicionándola para lo que todos sabían que vendría después, envió un pulso de deseo recorriéndolo. La forma en que su rostro sonrojado se volvió hacia él, sus labios ligeramente abiertos y su cuerpo temblando de anticipación hicieron que su polla palpitara dolorosamente.

Jake se colocó detrás de ella, agarrando sus caderas con fuerza, sus manos ásperas y autoritarias. Travis vio la forma en que la polla de Jake se deslizó en su entrada húmeda, lenta al principio, deliberada, haciéndola arquearse y gemir mientras él la estiraba.

"Joder", murmuró Jake, con voz baja y ronca, "te sientes tan jodidamente bien".

Travis no pudo contenerse más. Dio un paso adelante y su polla rozó sus labios. Ella lo miró a través de sus pestañas, con los ojos llenos de calor y sumisión. "¿Crees que puedes manejarnos a los dos, cariño?" preguntó, su tono provocativo pero mezclado con excitación.

Sam asintió y abrió los labios para llevárselo a la boca. El calor cálido y húmedo de su lengua le provocó un escalofrío por la espalda y gimió cuando ella comenzó a trabajarlo con entusiasmo. Sus gemidos vibraron contra él cuando Jake comenzó a empujarla por detrás, con movimientos firmes y poderosos.

"Buena chica", elogió Jake, su voz profunda y autoritaria mientras agarraba sus caderas con más fuerza, atrayéndola hacia su polla con cada embestida. El sonido de sus cuerpos encontrándose llenó la habitación, y el ritmo de los golpes de Jake sólo la empujó más hacia Travis, su boca llevándolo más profundamente.

La cabeza de Travis cayó hacia atrás mientras su lengua se arremolinaba a su alrededor, sus movimientos ansiosos y perfectamente sincronizados con el ritmo implacable de Jake. La forma en que Jake la folló por detrás la impulsó hacia adelante, llevando la polla de Travis más profundamente a su garganta. Era un ritmo perfecto, casi primario, y Travis no podía tener suficiente de verla así, completamente rodeada y consumida por ellos.

Cole se hizo a un lado, con la polla en la mano, acariciándose lentamente mientras observaba. "Ella es jodidamente perfecta", murmuró Cole, sus ojos oscuros e intensos. “Mírala. Tomándonos como una buena chica”.

El sonido de la voz de Cole sólo aumentó el calor del momento. Travis miró a Sam, su rostro sonrojado, sus labios estirados alrededor de su polla, sus gemidos amortiguados por el puro placer que le estaban dando. Las embestidas de Jake desde atrás la empujaron hacia adelante, su garganta se apretó alrededor de Travis, haciéndolo gemir más fuerte.

"Te gusta esto, ¿no?" Jake gruñó detrás de ella, su voz áspera y dominante. “Tomarnos así. Ser nuestra buena chica”.

Sam gimió en respuesta, sus ojos se pusieron en blanco cuando las manos de Jake subieron por sus costados, agarrando su cintura con fuerza posesiva. La forma en que su cuerpo se arqueó ante las embestidas de Jake y su boca trabajó con Travis hizo que el aire en la habitación se sintiera eléctrico.

El ritmo de Jake se aceleró, sus embestidas se volvieron más erráticas mientras perseguía su liberación. "Joder", murmuró, su voz se quebró cuando sus movimientos se volvieron desesperados. Travis podía sentir las vibraciones de sus gemidos cuando el ritmo de Jake fallaba y supo que Jake estaba cerca.

"Buena chica", gruñó Jake de nuevo, golpeándose contra ella por última vez mientras se corría con fuerza, su gemido resonó en la habitación. Sus manos agarraron sus caderas con fuerza mientras la mantenía quieta, su liberación derramándose dentro de ella.

La polla de Travis se movió en su boca ante la vista y el sonido de Jake perdiéndose en ella. Jake salió lentamente, respirando con dificultad, y se hizo a un lado, arrodillándose junto a ella. Con una mano, frotó suavemente su clítoris, su toque áspero pero intencional, manteniéndola nerviosa.

Cole dio un paso adelante ahora, su deseo era claro en la intensidad de sus movimientos. "Mi turno", dijo, su voz baja y áspera por la necesidad.

La polla de Travis todavía estaba en su boca, y la sensación de su cálida lengua contra

él casi le hizo perder el control. Pero no pudo evitar mirar hacia abajo y observar cómo Cole se colocaba detrás de ella. Cole pasó una mano por su columna, agarrando su trasero mientras se alineaba y se deslizaba dentro de ella con un movimiento suave.

"Joder", gimió Cole, con la cabeza cayendo hacia atrás mientras se enterraba dentro de ella. Sus manos agarraron sus caderas con fuerza mientras comenzaba a empujar, sus movimientos deliberados y profundos. "Te sientes tan jodidamente bien, Sam".

Jake, todavía arrodillado a su lado, no detuvo sus cuidados en su clítoris, sus dedos haciendo círculos y provocando mientras Cole establecía un ritmo constante. Travis no podía apartar los ojos de verla tomándolo todo: su cuerpo temblaba, sus gemidos vibraban contra su polla, su sumisión a todos ellos hacía que su pulso se acelerara.

"Eres increíble", murmuró Travis, su mano libre enredándose en su cabello mientras ella lo trabajaba con la boca. "Qué jodidamente bueno, tomarnos a todos así".

El ritmo de Cole se aceleró, sus embestidas se volvieron más duras y desesperadas. Los ahogados gritos de placer de Sam provocaron escalofríos por la columna de Travis, y sintió que se tambaleaba al borde.

Capítulo 28

samantha

El cuerpo de Sam era una sinfonía de sensaciones, cada nervio se encendía mientras ella cambiaba sin problemas entre los tres hombres. Su cuerpo se movió instintivamente, las caderas se arquearon hacia atrás para encontrarse con los profundos y constantes empujes de Cole mientras su boca envolvía la polla de Travis. Ella gimió a su alrededor, las vibraciones le enviaron escalofríos por la espalda mientras los dedos de Jake rodeaban su clítoris con precisión experta.

Los sonidos húmedos de la polla de Cole deslizándose dentro y fuera de ella llenaron la habitación, su ritmo constante pero cada vez más desesperado. Cada empujón la empujaba ligeramente hacia adelante, sus rodillas se hundían en el sofá mientras su cuerpo lo tomaba por completo. La forma en que su polla la estiró, golpeando ese lugar perfecto en lo más profundo de su interior, la hizo gritar contra Travis, sus gemidos amortiguados pero no menos potentes.

Las manos de Cole agarraron sus caderas con fuerza, sus uñas presionaron su piel mientras su ritmo se aceleraba. "Joder, Sam", gimió, su voz llena de necesidad. Ella sintió su polla palpitar dentro de ella, cada movimiento acercándolo a la liberación. Su cuerpo se apretó alrededor de él instintivamente y sus gemidos se volvieron guturales.

La mano de Travis encontró la parte posterior de su cabeza, sus caderas se movían en movimientos lentos y deliberados mientras ella lo penetraba más profundamente. Su polla estaba caliente y espesa contra su lengua, sus labios se estiraban alrededor de él. Su otra mano se enredó en su cabello, guiando sus movimientos. "Mírate", murmuró, su voz llena de deseo. "Tomándonos a todos como una maldita diosa".

Sam gimió a su alrededor, el sonido amortiguado pero resonante cuando los dedos de Jake en su clítoris enviaron chispas a través de su cuerpo. Cada nervio estaba encendido, su cuerpo temblaba mientras se balanceaba al borde de otra liberación. La sensación de Travis en su boca, Cole enterrado dentro de ella y los hábiles dedos de Jake trabajando su clítoris, era abrumador de la manera más embriagadora.

"Quiero un turno", dijo Travis a través de un gemido, su voz áspera por la anticipación. Cole gimió en respuesta, su paso vaciló antes de deslizarse fuera de ella de mala gana. Sam gimió por la pérdida, su cuerpo apretándose alrededor de la nada mientras Travis se movía para tomar el lugar de Cole.

Cole se hizo a un lado pero no fue muy lejos, su polla todavía estaba dura y brillando con sus jugos. Mientras la rodeaba, su mirada permaneció fija en ella, observando cómo Travis la agarraba por las caderas y se colocaba detrás de ella.

"Joder", gimió Travis mientras se deslizaba dentro de ella, su gruesa polla estirándola aún más que Cole. Sam dejó escapar un grito agudo y echó la cabeza hacia atrás ante la abrumadora sensación de plenitud. Él hizo una pausa por un momento, dejándola adaptarse, y ella arqueó la espalda, presionando su trasero contra él para animarlo.

"Maldita sea, te sientes tan bien", murmuró Travis, apretando sus manos en sus caderas mientras comenzaba a moverse. Sus primeros empujones fueron lentos, deliberados, pero no pasó mucho tiempo antes de que ganara velocidad. Su polla golpeó profundamente dentro de ella con cada embestida, el sonido de sus cuerpos chocando llenando la habitación.

Cole se puso delante de ella. Sam no dudó, lo llevó a su boca y se saboreó en él. La mezcla de sabores la hizo gemir mientras pasaba la lengua a lo largo de su longitud. Cole gimió, su mano ahuecando suavemente su mandíbula, guiando sus movimientos mientras ella alternaba entre lamerlo y chuparlo.

Los dedos de Jake regresaron a su clítoris, su toque firme e implacable, enviando sacudidas de placer a través de su cuerpo ya sobreestimulado. "Eso es todo", murmuró, su voz suave pero autoritaria. “Llévanos a todos, así como así. Qué buena chica”.

El cuerpo de Sam se movió instintivamente, balanceándose contra los duros y fuertes empujes de Travis mientras tomaba a Cole profundamente en su boca. Los dedos de Jake rodearon su clítoris con perfecta precisión y pudo sentir que su orgasmo crecía rápidamente. Cada sensación se magnificaba, cada toque la enviaba cada vez más alto.

A medida que se acercaba su clímax, sintió la mano de Travis deslizarse hasta su trasero. Su pulgar áspero rozó su estrecho agujero y ella jadeó ante la sensación inesperada. Él presionó suavemente al principio, la presión envió una nueva ola de calor a través de su cuerpo. Lentamente, empujó su dedo hacia adentro y la intensidad de ser llenado en los tres lugares la hizo gritar.

"Oh, joder", gimió, su voz amortiguada alrededor de la polla de Cole mientras su cuerpo

temblaba violentamente. La combinación de Travis golpeando su coño, su pulgar empujando su trasero, los dedos de Jake trabajando su clítoris y Cole en su boca era demasiado.

Su orgasmo la desgarró, una ola cegadora de placer que la dejó jadeando y temblando. Su coño se apretó con fuerza alrededor de la polla de Travis, y la tensión lo llevó al límite.

Las embestidas de Travis se hicieron más ásperas, sus manos agarraban sus caderas con fuerza mientras su ritmo se volvía desesperado. "Joder, Sam", gimió, su polla moviéndose profundamente dentro de ella. Con un gemido gutural, él salió de ella en el último segundo, acariciándose furiosamente mientras llegaba. Rayos calientes de su liberación se derramaron por su espalda y su trasero, el calor contrastaba con el aire fresco y la hacía gemir ante la sensación sucia y primaria.

Frente a ella, Cole dejó escapar un gruñido profundo, su polla palpitaba en su boca mientras ella lo chupaba con más fuerza. Su lengua se arremolinaba sobre la cabeza, sus gemidos vibraban a lo largo de su longitud mientras los dedos de Jake continuaban provocando su clítoris. Las caderas de Cole se sacudieron hacia adelante una última vez cuando él se corrió con un estremecimiento, su liberación llenó su boca. Sam intentó tragar, pero un poco se le escapó y le goteó por la barbilla dejando un rastro desordenado. Las sensaciones combinadas de semen caliente en su piel y el sabor de Cole en su lengua la dejaron temblando, su cuerpo temblando mientras réplicas de placer la recorrían.

Travis se retiró lentamente, su mano recorriendo suavemente su cuerpo tembloroso. Sam se desplomó sobre el sofá, con las extremidades temblorosas y la respiración irregular. Podía sentir el calor de sus liberaciones en su piel, un recordatorio desordenado y tangible de la intensidad que acababan de compartir.

La habitación se llenó del aroma del sexo y la satisfacción, el aire espeso y pesado mientras los cuatro colapsaban en una maraña de extremidades. Sam se encontró tumbada en el regazo de Jake, sus fuertes brazos rodeando su cintura para estabilizarla mientras su respiración se hacía más lenta. Su voz era baja y áspera mientras le murmuraba al oído: "Eres una gran mujer, ¿lo sabías?" Sus palabras enviaron un cálido escalofrío a través de su cuerpo ya agotado.

Travis se tumbó en el suelo junto a ellos, sus labios se curvaron en una sonrisa perezosa y satisfecha. “Creo que ella simplemente subió el listón, muchachos”, dijo, con la voz teñida de humor. Cole, todavía recuperando el aliento mientras se recostaba

en el sofá, soltó una suave risita. "Sí, buena suerte superando eso, Travis", bromeó, su sonrisa coincidía con la de Travis.

Sam no pudo evitar reír suavemente y su cuerpo se fundió en el abrazo de Jake. Estaba completamente agotada pero completamente satisfecha, su mente corriendo con pensamientos sobre lo que esto podría significar para el futuro. Sin embargo, en ese momento, decidió no pensar demasiado en el futuro. Por ahora, se permitió disfrutar de la calidez de su satisfacción compartida, la divertida camaradería de los tres hombres que la rodeaban y la emocionante promesa de lo que vendría después.

Capítulo 29

samantha

Sam estaba sentada en la vieja mecedora de su porche, el crujido rítmico de la madera contra la madera era una relajante banda sonora de los tonos dorados del sol poniente. Los acantilados rocosos y las colinas distantes dibujaban un horizonte accidentado, cuyos bordes se suavizaban con la cálida luz del atardecer. El aire estaba tranquilo, transportando sólo el más leve susurro de una brisa que hacía crujir la hierba silvestre que rodeaba su pequeña cabaña. Era una paz que ella no sabía que necesitaba.

Pasó la mano por el suave reposabrazos de la silla, agradecida por el trabajo de Hank. No sólo había reparado el aire acondicionado en un tiempo récord, sino que también había hecho todo lo posible para reparar las tablas sueltas del porche, asegurándose de que fuera resistente y seguro. Sam sonrió para sí misma, pensando en lo mucho que apreciaba su amabilidad silenciosa y práctica. La vida en un pueblo pequeño tenía una manera de sorprenderla con su sentido de comunidad. Todo el mundo parecía colaborar, sin que se lo pidieran, simplemente porque así era como se hacían las cosas aquí.

Una vez terminadas las reparaciones, descubrió un nuevo amor por su porche. La vista desde aquí se había convertido rápidamente en su parte favorita de la casa. A menudo se sentaba afuera con su café de la mañana o, como ahora, después de un largo día, dejando que las vistas y los sonidos de la campiña de Montana la invadieran. No era sólo la belleza del paisaje: era la quietud, la forma en que el mundo parecía respirar más lentamente allí.

Sam se reclinó, dejando que la silla se balanceara suavemente, mientras su mente vagaba. No era la vida que había imaginado para sí misma, y ciertamente no la que había planeado durante sus años en la universidad. En aquel entonces, sus sueños giraban en torno a granjas de caballos de Kentucky, cercas blancas y pastos verdes y ondulantes. Pero aquí estaba ella, en una pequeña cabaña en Elm Creek, Montana, rodeada de vaqueros agrestes, terreno indómito y una ciudad que se había apoderado de ella de maneras inesperadas.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa. No era perfecto y no estaba exento de desafíos, pero algo en este lugar se sentía... correcto. Los acantilados, las colinas, la gente... de alguna manera, habían empezado a hacerse un espacio en su corazón. No esperaba encontrar un sentido de pertenencia aquí, pero mientras observaba cómo el sol se hundía en el horizonte, sintió que una calma se apoderaba de ella, esa que solo llega cuando se siente como en casa.

La mirada de Sam se detuvo en el horizonte mientras sus pensamientos se desplazaban hacia Jake, Cole y Travis. Las comisuras de sus labios se movieron hacia arriba mientras los recuerdos del tiempo que pasaron juntos parpadearon en su mente. Los momentos de pasión que habían compartido no se parecían a nada que ella hubiera experimentado alguna vez, pero no era sólo eso: también era la forma en que la hacían sentir fuera del dormitorio. Visto. Buscado. Querido.

La intensa mirada de Jake y su imponente presencia quedaron grabadas en su memoria. Él tenía una manera de mirarla como si pudiera ver directamente su alma, su fuerza silenciosa la anclaba cuando se sentía inestable. Sin embargo, también había ternura en él, un lado que mostraba en momentos fugaces cuando pensaba que ella no le estaba prestando atención. Como la forma en que le pasaba el pulgar por los nudillos cuando se sentaban en un cómodo silencio o cómo siempre se aseguraba de que ella comiera después de un largo día, sin armar un escándalo por ello.

Luego estaba Travis, con su sonrisa juguetona y su encanto natural. Tenía una energía que iluminaba cada habitación por la que entraba, un humor irreverente que podía hacerla reír incluso cuando estaba al borde de la frustración. Travis la hacía sentir ligera, despreocupada, como si el peso del mundo no tuviera que reposar sobre sus hombros. Pero debajo de su exterior burlón, ella había visto su lealtad y profundidad, especialmente en la forma en que siempre la controlaba, incluso si estaba disfrazado de broma.

Cole era aún diferente. Sólida, firme y reflexiva de una manera que la cimentaba. Tenía una forma tranquila de comprender sus necesidades sin que ella tuviera que decir una palabra. Como cuando él la llevó al lago, no porque ella se lo pidiera, sino porque sabía que ella necesitaba el escape, la quietud de estar en el agua. Él tenía una habilidad especial para hacerla sentir segura, tanto física como emocionalmente, y esa seguridad se había convertido en algo que ella apreciaba.

Cada uno de ellos aportó algo único a su vida, algo que no se había dado cuenta de que se estaba perdiendo. Con Jake, había una sensación de intensidad y pura pasión. Con Travis, era alegría y alegría. Y con Cole, fue una sensación de calma y apoyo inquebrantable. Juntos, la equilibraron de una manera que nunca había creído posible.

Sus dedos trazaron distraídamente el reposabrazos de la mecedora mientras dejaba que los pensamientos giraran. Nunca se había imaginado en este tipo de situación, conectada con tres hombres que parecían igualmente interesados en su felicidad y bienestar. Era poco convencional, claro, pero funcionó de una manera que parecía sorprendentemente natural. Cada uno de ellos llenó una parte diferente de su vida y

juntos la hicieron sentir completa.

A medida que el cielo se oscurecía en tonos ámbar y violeta, Sam no pudo evitar preguntarse qué le depararía el futuro. Ella los cuidaba profundamente, eso lo sabía. Pero también sabía que esto estaba lejos de la vida que había imaginado para sí misma. La pregunta ahora era si encontraría el coraje para dejar de lado lo que pensaba que quería y abrazar plenamente la vida que se desarrollaba ante ella.

El pacífico ensueño de Sam fue interrumpido por el familiar timbre de una notificación por correo electrónico. Cogió su teléfono que estaba en la pequeña mesa a su lado, apenas miró la pantalla hasta que sus ojos captaron el nombre del remitente: Consejero de Carrera Universitaria . Su pulso se aceleró cuando abrió el correo electrónico, un destello de curiosidad se convirtió en algo más.

Mientras sus ojos escaneaban el texto, su corazón dio un vuelco. Allí estaba: el nombre de la granja de caballos de Kentucky, con la que había soñado desde la escuela de veterinaria. El correo electrónico explicaba que el veterinario que habían contratado después de su entrevista inicial no había funcionado y ahora la estaban invitando a volver para otra ronda. Su vuelo estaría completamente cubierto y la entrevista estaba programada para el próximo fin de semana.

"Oh, Dios mío", susurró, con las manos temblando levemente mientras releía el correo electrónico, asegurándose de no haber entendido mal. Esto era todo: el trabajo de sus sueños, la oportunidad que creía haber perdido. Su mente corría con posibilidades, imaginándose a sí misma caminando por los terrenos de la prestigiosa granja, atendiendo a los purasangres, viviendo la vida por la que había trabajado tan duro. La emoción burbujeaba en su pecho, amenazando con desbordarse.

Su entorno (el porche rústico, la belleza escarpada de Montana) parecieron desvanecerse mientras sus pensamientos giraban en espiral. Este era el tipo de oportunidad que la gente esperaba durante toda su carrera. Sintió que su corazón latía con fuerza mientras contemplaba los acantilados rocosos en la distancia, y su futuro de repente se sintió más cerca que nunca.

Agarró el teléfono con fuerza, intentando procesar sus emociones. Una sonrisa se dibujó en su rostro, amplia e incontenible. “En realidad me quieren”, murmuró, con la voz temblando con una mezcla de incredulidad y pura alegría. Esta era su oportunidad, su segunda oportunidad de demostrar su valía en un lugar en el que siempre había soñado trabajar.

Pero cuando la ola inicial de entusiasmo se calmó, surgió un nuevo pensamiento. Los chicos. Y Callie. Y Nancy. ¿Estarían felices por ella? ¿Entenderían lo que significaba esta oportunidad para ella? Sam vaciló y se mordió el labio. Su alegría estaba teñida de incertidumbre y el peso de su nueva vida en Elm Creek de repente presionó sobre sus hombros. Ya no se trataba sólo de su carrera: aquí había gente que se preocupaba por ella y ella también se preocupaba por ellos.

Dejando esos pensamientos a un lado por el momento, Sam se centró nuevamente en el correo electrónico, las palabras se volvieron ligeramente borrosas mientras pensaba en lo transformador que esto podría ser. Una nueva sensación de determinación la invadió.

Tenía que aprovechar esta oportunidad.

Lo que fuera que viniera después, ella lo resolvería, pero esto era demasiado importante para dejarlo pasar.

Sam miró fijamente el correo electrónico en su teléfono, su entusiasmo burbujeaba. El trabajo de sus sueños. Kentucky. Una oportunidad que creía que se le había escapado de las manos, de repente volvió a ser suya. Se sentó allí en el porche, el aire cálido del verano la envolvía, la vista de los acantilados rocosos y las colinas apenas se registraba mientras su mente corría. Sintió que su pecho podía estallar con la emoción de todo esto, pero mientras sus emociones se arremolinaban, una punzada de incertidumbre se apoderó de ella.

Los dedos de Sam se cernían sobre su teléfono, sus pensamientos giraban con una mezcla de emoción y temor. Las posibilidades danzaban ante sus ojos: una oportunidad de recuperar la vida que siempre había soñado, una vida por la que había trabajado tan duro para construir. Abrió su aplicación de correo electrónico nuevamente y presionó "Responder", mientras su corazón latía con fuerza en su pecho mientras escribía.

¡Muchas gracias por comunicarte! Estoy encantado de tener esta oportunidad y definitivamente estaré allí. Por favor envíeme todos los detalles para el fin de semana, incluido el itinerario del vuelo. No puedo esperar.

Lo leyó dos veces y su entusiasmo prácticamente irradiaba de la pantalla. Con una respiración profunda, presionó "Enviar". El mensaje se disparó al éter digital y una

pequeña emoción la recorrió. Estaba sucediendo. Esto fue real.

Su primer instinto fue decírselo a los chicos. Podía imaginar sus reacciones en su mente: la sonrisa fácil de Travis, el firme asentimiento de Cole y el silencio pensativo de Jake que de alguna manera tenía más peso que las palabras. ¿Pero estarían felices por ella? ¿O verían esto como si ella se estuviera preparando para dejarlos? La idea apagó su entusiasmo, aunque sólo fuera un poco. Los últimos meses habían sido un torbellino de conexión y pasión y, por primera vez en mucho tiempo, sentía que pertenecía a algún lugar. ¿Cómo se sentirían si ella se fuera, incluso si fuera por el trabajo de sus sueños?

Luego estaban Callie y Nancy. Sus amigas rápidamente se convirtieron en una parte crucial de su vida en Elm Creek, ofreciéndole risas, apoyo y camaradería que no sabía que necesitaba. Callie probablemente saltaría de alegría, pero ¿Nancy? Sam no estaba tan seguro. ¿Estarían igual de emocionados por ella o sentirían que los estaba abandonando?

La anticipación se debía tanto a sus reacciones como a la entrevista misma. Su corazón se aceleró mientras miraba su teléfono, con el dedo sobre la aplicación de mensajes. Necesitaba compartir esto. Ya no podía quedarse sola con la noticia, no cuando la hacía sentir como si estuviera a punto de estallar.

Respirando profundamente, empezó a escribir un mensaje grupal.

¡Hola a todos! Grandes noticias: acabo de recibir un correo electrónico de la granja de caballos de Kentucky con la que me entrevisté antes. ¡Quieren que vuelva para otra entrevista este fin de semana! Incluso están cubriendo mi vuelo. ¡No puedo creerlo!

Su dedo se mantuvo sobre el botón de enviar por un momento, los nervios corroían su emoción, antes de presionarlo. El mensaje voló por el éter y ella se recostó, con el teléfono apretado con fuerza en la mano y el pulso acelerándose mientras esperaba respuestas.

Su teléfono vibró casi de inmediato.

Travis: **“¡Diablos, sí! Te mereces esto, cariño. Ve y muéstrales de qué estás hecho”.**

Sam sonrió y sus nervios se calmaron ligeramente. Travis siempre tuvo una manera de hacerla sentir que podía conquistar el mundo.

Luego vino Cole: **“Orgulloso de ti, Sam. Te estaremos animando desde aquí”.**

Su firme apoyo trajo una ola de calidez sobre ella. Cole tenía una manera de castigarla, incluso a kilómetros de distancia.

Luego la respuesta de Jake: **"Buena suerte. Lo matarás”.**

Breve y directo, pero la sinceridad en esas pocas palabras era innegable. Podía imaginarse la mirada en sus ojos, la tranquila confianza que siempre llevaba, y eso hizo que su corazón diera un vuelco.

Poco después, su teléfono se encendió de nuevo.

callie: **“¡Dios mío, niña, será mejor que vayas a buscarlo! ¡¿Kentucky?! ¿Caballos? ¡Así eres tú!**

Sam soltó una carcajada al imaginarse la exuberante reacción de Callie, su amiga prácticamente saltando mientras escribía el mensaje.

Finalmente, Nancy intervino: **“¡Estoy tan feliz por ti! Siempre supe que causarías sensación”.**

Las lágrimas brotaron de las comisuras de los ojos de Sam. El peso de su apoyo se posó sobre ella como una cálida manta, aliviando sus temores anteriores. Por ahora estaban felices por ella y eso era suficiente.

Sentada en la mecedora, con su teléfono todavía vibrando con mensajes de aliento, Sam sintió un nuevo tipo de paz. Éste era su sueño y, por primera vez, realmente creía que podría lograrlo.

Recostándose en la mecedora, contempló el extenso paisaje de Montana, los

acantilados rocosos y el cielo infinito como telón de fondo reconfortante para su creciente anticipación. Esta entrevista podría ser todo lo que siempre había deseado, la culminación de años de arduo trabajo y sacrificios. Podía imaginarse los exuberantes pastos verdes, el sonido de los cascos golpeando contra la tierra de Kentucky y el olor a heno y cuero: un lugar donde prosperaría, donde siempre se había imaginado a sí misma.

Pero cuando la luz del atardecer suavizó el horizonte, surgió un pensamiento diferente. ¿Qué pasa con Elm Creek? ¿Qué pasa con la vida que estaba construyendo aquí, la vida que nunca planeó pero que lenta e innegablemente estaba llegando a amar? La risa con Callie y Nancy, sus nuevos pacientes que confiaban en ella y la necesitaban, la conexión y la pasión que compartía con los chicos. ¿Realmente podría dejarlo atrás tan fácilmente, incluso para el trabajo de sus sueños?

La atracción agridulce de ambos mundos tiró de su corazón, dejándola en un estado de inquieta anticipación. ¿Y si esto no fuera sólo una decisión sobre su carrera? ¿Y si fuera una elección sobre a dónde pertenecía realmente?

Sam dejó su teléfono a un lado, su corazón latía con fuerza mientras las posibilidades pesaban sobre ella. Por el momento, se dijo, era sólo una entrevista. Sin compromisos, sin decisiones finales, sólo una oportunidad de ver lo que vendrá después. Pero en el fondo sabía que el fin de semana sería más que eso. La obligaría a afrontar la vida que pensaba que quería y la que se estaba desarrollando ante ella.

Cuando aparecieron las primeras estrellas en el cielo de Montana, Sam dejó que el suave crujido de la mecedora calmara sus pensamientos. Pase lo que pase después, ella lo afrontará de frente. Por ahora, se permitiría sentir la emoción y dejaría el resto para otro día.

Capítulo 30

samantha

Sam se reclinó en el desgastado asiento de cuero del taxi, el suave zumbido de los neumáticos sobre la grava era un telón de fondo constante para sus pensamientos. Sus ojos recorrieron los pintorescos campos de bluegrass que se extendían interminablemente a ambos lados de la carretera, cuyo verde exuberante sólo se interrumpía por las líneas limpias y nítidas de las cercas blancas inmaculadas. El sol de Kentucky arrojaba un resplandor dorado sobre las colinas y, esparcidos por todo el paisaje, majestuosos caballos de pura sangre pastaban con una elegancia regia que parecía casi irreal.

Dejó escapar un suave suspiro y su pecho se apretó con anticipación. Esto era todo: el mundo del que había soñado ser parte durante tanto tiempo. El taxi giró por un largo camino de grava y el crujido de las piedras bajo los neumáticos hizo eco de su excitación nerviosa. Al final del camino, apareció la granja: un edificio principal de estilo colonial que se alza orgulloso en medio de terrenos meticulosamente mantenidos, flanqueado por establos de última generación. Los ojos de Sam se dirigieron rápidamente a los anillos de ejercicio y a las elegantes siluetas de algunos caballos en movimiento, sus movimientos poderosos y elegantes. Se sintió como un sueño hecho realidad.

Cuando el taxi frenó hasta detenerse, ella buscó a tientas su bolso, con las palmas ligeramente húmedas. La puerta se abrió y ella salió al aire cálido e iluminado por el sol, inhalando el aroma terroso del heno y la tierra recién removida. Se ajustó la blusa y miró hacia arriba para ver una figura acercándose a ella.

La mujer irradiaba confianza. Vestida con pantalones de montar a medida que abrazaban su figura alta y elegante, botas de montar lustradas y una blusa de seda impecable, se movía con un aire de autoridad que era imposible ignorar. Su cabello rubio ceniza estaba recogido en un elegante moño y sus uñas cuidadas brillaban a la luz del sol mientras extendía la mano.

"Dr. Harper", dijo, su voz con un aterciopelado acento francés. "Bienvenido a nuestro pequeño pedazo de paraíso de los caballos".

Sam tomó su mano, su agarre firme a pesar del torbellino de nervios en su pecho. “Es un honor estar aquí. Usted debe ser la señora Moreau”.

“Evelyn Moreau”, confirmó la mujer con una sonrisa cálida pero profesional. “Director de Granja. Estábamos esperando esta visita”.

Sam se permitió devolverle la sonrisa y sus nervios se calmaron ligeramente ante la conducta serena de Evelyn. La directora señaló hacia los extensos terrenos con un elegante movimiento de su brazo.

"¿Debemos?" Preguntó Evelyn, volviéndose ya hacia los establos.

Mientras Sam la seguía, sus botas crujiendo ligeramente sobre la grava, echó un último vistazo a la magnífica vista que la rodeaba.

El tintineo de las botas lustradas de Evelyn contra el cemento resonó suavemente mientras conducía a Sam a través de los establos, el aire se llenó del reconfortante aroma del heno, el cuero y el leve almizcle de los caballos. Los ojos de Sam se abrieron al contemplar la absoluta perfección del espacio. Cada puesto tenía un mantenimiento meticuloso, los pisos estaban limpios y revestidos con ropa de cama limpia. Los propios caballos brillaban bajo la suave iluminación del techo, con sus pelajes cepillados hasta obtener un brillo sedoso.

“Aquí es donde comienzan nuestros campeones”, dijo Evelyn, con un tono informal pero lleno de orgullo. Hizo un gesto hacia un magnífico semental negro que estaba firme en uno de los establos, y sus ojos inteligentes los seguían mientras pasaban. “Aquí cada detalle importa, desde sus dietas hasta sus horarios de entrenamiento. La excelencia es nuestro estándar”.

Sam asintió, incapaz de ocultar su asombro. Se adentraron más en las instalaciones y Evelyn abrió las puertas dobles para revelar el centro de cría. La atmósfera cambió, volviéndose aún más clínica pero todavía cálida con un propósito. Equipos de última generación se alineaban en las paredes y el personal se movía con precisión mientras realizaban las tareas que tenían entre manos.

“Aquí”, dijo Evelyn, señalando una pantalla grande que muestra gráficos genéticos, “es donde garantizamos el futuro del deporte. Nuestro objetivo es combinar líneas de sangre para crear purasangres no sólo con superioridad física sino también con el temperamento necesario para ganar campeonatos. La ciencia es tanto un arte como un proceso”.

Sam se acercó para examinar los gráficos, despertada su curiosidad. El nivel de detalle era asombroso y estaba claro que no se trataba sólo de un trabajo: era una misión.

Evelyn continuó el recorrido, señalando los extensos campos de ejercicio donde algunos caballos galopaban con gracia en la distancia, con movimientos fluidos y poderosos. Se detuvieron brevemente en los anillos de entrenamiento, donde los cuidadores trabajaban con los añales, sus agudos silbidos y órdenes se mezclaban con el golpe rítmico de los cascos contra el suelo. Finalmente, Evelyn la llevó a la clínica veterinaria. A Sam se le cortó la respiración al contemplar el equipo de última generación, la impecable organización de las herramientas y la sensación de propósito que impregnaba la habitación.

“Aquí es donde pasarías gran parte de tu tiempo”, explicó Evelyn, apoyando ligeramente su mano sobre una de las mesas de examen. “Nuestra clínica está equipada para manejar todo, desde atención de rutina hasta cirugías complejas. Queríamos crear un espacio donde nuestros veterinarios pudieran operar con todo su potencial”.

Sam dejó que sus dedos recorrieran el borde de la mesa, imaginándose aquí, parte de este mundo. Estaba tan absorta en el momento que las siguientes palabras de Evelyn la tomaron por sorpresa.

"Quedamos muy impresionados contigo durante tu primera entrevista", dijo Evelyn, suavizándose ligeramente el tono. “Nos enorgullecemos de la excelencia, Dr. Harper, y admito que es posible que hayamos cometido un error de juicio con nuestra primera contratación. Estamos decididos a no repetir ese error”.

Sam la miró, momentáneamente tomado por sorpresa por el cumplido. "Gracias. Eso significa mucho para mí”.

Mientras regresaban a los establos, Evelyn se detuvo junto a una yegua castaña con una llamarada blanca corriendo por su hocico. El caballo se inclinó hacia adelante con curiosidad y Sam instintivamente extendió la mano, su mano gentil mientras recorría el suave hocico de la yegua. La conexión fue inmediata y el caballo relinchó suavemente, presionando su tacto.

Evelyn observó la interacción con una sonrisa de aprobación. “Pueden sentir cuando a alguien realmente le importa”, dijo, con una nota de admiración en su voz. “Eso es lo

que nos llamó la atención de su solicitud, doctor Harper. No eres sólo una doctora, en el fondo eres una amazona.

Las mejillas de Sam se sonrojaron levemente ante el elogio, pero no pudo evitar el cálido brillo que se extendió a través de ella. Cuando la yegua acarició su mano, sintió una abrumadora sensación de pertenencia, como si este lugar hubiera estado esperándola todo el tiempo.

Evelyn llevó a Sam a la oficina principal de la granja, una habitación bellamente decorada con ventanales que daban a los ondulados pastos. Estanterías se alineaban en las paredes, llenas de títulos sobre genética equina, estrategias de cría y medicina veterinaria. Trofeos, cintas y fotografías enmarcadas de campeones anteriores adornaban el espacio, un testimonio tangible del legado de la granja.

"Por favor, tome asiento", dijo Evelyn, señalando una lujosa silla de cuero frente a su gran escritorio de roble. Sam se instaló, todavía aturdido por el recorrido y la magnitud de las operaciones de la granja. Evelyn se sentó frente a ella, cruzando las manos con una sonrisa que traslucía un atisbo de satisfacción.

“A decir verdad, doctora Harper”, comenzó Evelyn con un acento suave pero preciso, “la visita de hoy es más una formalidad. Ya sabemos que te queremos en nuestro equipo”.

Sam parpadeó y las palabras fueron asimilando lentamente. "¿Tú... lo haces?"

La sonrisa de Evelyn se hizo más amplia. "Absolutamente. Fuiste el mejor de tu clase y realmente nos impresionaste durante tu entrevista inicial, pero más que eso, tu pasión por estos animales era evidente. Es exactamente lo que buscamos en los miembros de nuestro equipo”.

Sam sintió una oleada de calidez ante el elogio, sus manos se movían ligeramente en su regazo mientras Evelyn continuaba.

"Le ofrecemos un puesto como uno de nuestros veterinarios en el lugar", dijo Evelyn, su tono se volvió profesional. “Te encargarás de la atención preventiva, supervisarás la salud reproductiva y realizarás procedimientos médicos avanzados según sea necesario. Por supuesto, tendrá acceso a la última tecnología y a un equipo de profesionales altamente calificados para respaldarlo”.

Evelyn se reclinó ligeramente y sus uñas cuidadas tamborilearon ligeramente sobre el escritorio. “El puesto viene con un salario altamente competitivo, beneficios completos y, naturalmente, acceso a los recursos de la finca. Además, proporcionamos alojamiento a nuestro personal y, si prefiere encontrar algo fuera del sitio, ofrecemos un generoso estipendio de alojamiento”.

Sam asintió, su mente aceleraba mientras Evelyn continuaba, sus palabras pintaban una imagen vívida de la vida que le esperaba.

"Lexington es un lugar maravilloso para vivir", añadió Evelyn. “Tendrás acceso a todo lo que ofrece una gran ciudad (vida nocturna, excelentes restaurantes, tiendas exclusivas, eventos culturales) y, al mismo tiempo, estarás rodeado de la belleza de la región de Bluegrass. Es lo mejor de ambos mundos”.

El corazón de Sam se aceleró mientras escuchaba, la oferta marcaba todas las casillas con las que alguna vez había soñado. Eso era todo: todo por lo que había trabajado, la culminación de años de arduo trabajo y sacrificio. Pero cuando Evelyn describió los beneficios y oportunidades, una punzada de vacilación la invadió.

Pensó en Elm Creek, en la clínica que finalmente estaba incorporando a la era moderna. Pensó en Nancy y Callie, en las noches de ocio riendo con margaritas. Y luego pensó en Jake, Travis y Cole. La fácil camaradería, la forma en que la hacían sentir vista y deseada. El recuerdo del barracón y la pasión que habían compartido pasaron por su mente y su estómago se retorció con una mezcla de anhelo e incertidumbre.

"Dr. ¿Harper? La voz de Evelyn rompió sus pensamientos, devolviéndola al presente. Sam forzó una sonrisa, dándose cuenta de que debía haber dudado demasiado.

"Esto es... increíble", logró decir, su voz sincera pero teñida de energía nerviosa. “Me siento honrado, de verdad. Es todo lo que siempre he querido”.

Evelyn la estudió por un momento, su mirada perspicaz captó el destello de duda en la expresión de Sam. "Es una gran decisión", dijo suavemente. "Entiendo si necesitas unos días para considerarlo".

Sam asintió, agradecido por la gracia que le ofreció Evelyn. "Gracias. Me gustaría

tomarme un poco de tiempo para pensar en ello”.

"Por supuesto", respondió Evelyn suavemente, levantándose de su silla. “Confiamos en nuestra elección, Dr. Harper. Tómate el fin de semana y háznoslo saber”.

Mientras se estrechaban la mano, el entusiasmo de Sam se vio atenuado por el peso de la decisión que se avecinaba. Al salir de la oficina, sintió un torbellino de emociones: emoción, duda y una pregunta persistente que no podía evitar: ¿Era esto todo lo que quería o sus sueños habían cambiado sin que ella se diera cuenta?

Capítulo 31

samantha

Sam se secó las palmas de las manos en los vaqueros por décima vez, maldiciéndose mentalmente por los nervios que revoloteaban en su estómago. No era como si no hubiera pasado innumerables veladas con Jake, Cole y Travis durante los últimos meses. Pero esta noche se sintió diferente. Esta noche era crucial y el peso de su decisión flotaba en el aire como una promesa tácita. Ella había volado a casa esa mañana, todavía cansada pero ansiosa, y los invitó a una cena casera como una forma de compartir sus noticias. Miró alrededor de su pequeña cocina y se tomó un momento para admirar el esfuerzo que había puesto en hacerla acogedora.

El suave resplandor de la luz de las velas bailaba en las paredes, iluminando el modesto espacio y la sencilla cena en la que había trabajado toda la tarde. En la encimera había un asado, flanqueado por verduras asadas y su intento de preparar un pastel casero enfriándose cerca. No fue elegante, pero sí sincero, y eso importaba más. Tiró del dobladillo de su blusa ajustada, alisando la tela sobre su torso. Era lo suficientemente ajustado para insinuar sus curvas, combinado con jeans oscuros que abrazaban sus caderas. Informal pero atractivo.

Vio su reflejo en la ventana encima del lavabo y se detuvo, apartándose un mechón de pelo de la cara. Sus mejillas ya estaban rosadas, no estaba segura si era por el calor del horno o por la anticipación. "Consíguelo", murmuró para sí misma, dejando escapar una risa temblorosa.

Un fuerte golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Su corazón dio un vuelco y rápidamente se secó las manos con un paño de cocina antes de dirigirse a contestar. La vista que la recibió hizo que se le cortara la respiración.

Travis fue el primero en entrar, con una botella de vino en una mano y su característica sonrisa fácil iluminando su rostro. "Buenas noches, cariño", dijo arrastrando las palabras, inclinándose para darle un beso juguetón en la mejilla. Su colonia, cálida y amaderada, permaneció en el aire mientras él entraba a la cocina como si perteneciera allí.

Detrás de él, entró Cole, sosteniendo un pequeño ramo de flores silvestres que debió haber recogido en el camino. Él se los entregó con un guiño, su encanto juvenil hizo que su estómago se revolviera. "Pensé que esto alegraría el lugar, aunque no creo que realmente sea necesario contigo aquí".

Y luego estaba Jake. Fue el último en cruzar el umbral y su silenciosa intensidad llenó la habitación sin decir una palabra. Sus ojos, profundos e ilegibles, sostuvieron los de ella por un momento antes de que su mano rozara su brazo en un gesto sutil pero tranquilizador. "Huele bien aquí", murmuró, y su voz baja le provocó un escalofrío por la espalda.

Sam sonrió y sus mejillas se calentaron aún más cuando se hizo a un lado para dejarlos entrar a todos. "Espero que tengas hambre".

"Muriendo de hambre", bromeó Travis, ya husmeando en la cocina. Miró por debajo del papel de aluminio que cubría el asado y silbó. “Mírate, haciendo todo lo posible. Si no lo supiera mejor, diría que estás tratando de endulzarnos para algo.

"Tal vez lo soy", respondió Sam, su tono provocativo pero con la suficiente verdad para acelerar su pulso. Colocó las flores en una jarra con agua y el jarrón improvisado añadió un toque alegre a la mesa.

Los chicos se pusieron cómodos, su presencia llenando el pequeño espacio de una manera que hizo que a ella le doliera el pecho de la mejor manera. Travis descorchó el vino con una floritura y sirvió copas para todos mientras Cole ponía la mesa con practicada facilidad. Jake permaneció cerca de ella, su mano acariciando su espalda baja mientras ayudaba a llevar los platos a la mesa. Fue un gesto tan pequeño, pero envió calidez a su interior.

Se acomodaron alrededor de la mesa y el suave murmullo de la conversación calmó sus nervios. Por ahora, mantuvo su decisión oculta y se permitió disfrutar de este momento. Estos hombres, esta casa... no era lo que había planeado para su vida, pero por primera vez, no estaba segura de querer algo más.

Sam colocó el último plato sobre la mesa, una cálida sonrisa se extendió por su rostro mientras los chicos comenzaban a comer con entusiasmo. Travis agarró un trozo de pan, sólo para hacer una mueca juguetona. “Lo quemé, ¿eh? Pensé que intentabas impresionarnos esta noche, cariño —bromeó, con una sonrisa lo suficientemente amplia como para suavizar el golpe.

Sam puso los ojos en blanco, su risa ligera y genuina. “No está quemado, está flambeado”, replicó ella, arrebatando la canasta de pan de su alcance y ganándose una carcajada de Cole y Jake.

Cole se reclinó en su silla y contó una historia sobre un potro travieso en el rancho que de alguna manera había descubierto cómo abrir las puertas. “Esta maldita cosa es demasiado inteligente para su propio bien. Casi espero verlo conduciendo el tractor la próxima semana”, bromeó, la imagen era tan absurda que incluso Jake soltó una extraña risa.

El humor seco de Jake siguió: "Mientras no exija un cheque de pago, podríamos permitirlo".

El fluido flujo de la conversación calmó los nervios de Sam, envolviéndola en un cálido capullo de familiaridad. Cada hombre aportó algo único a la mesa: la energía alegre de Travis, el encanto constante de Cole y el ingenio silencioso de Jake. Juntos, se sentían como en casa de una manera que ella no esperaba.

Mientras se recostaba y su tenedor se detenía en el aire, los pensamientos de Sam vagaban. Se encontró reflexionando en silencio sobre la decisión que aún tenía que revelar. Su mirada oscilaba entre los tres hombres, sus voces se volvían ligeramente borrosas mientras sus emociones se agitaban. La felicidad se arremolinaba con el anhelo, el peso de lo que estaba a punto de compartir presionando contra su pecho.

Esta vida, este pequeño e inesperado pedazo de paraíso, había echado raíces profundas en ella. Sintió el tirón de sus sueños llamándola de regreso a Kentucky, pero la conexión que tenía aquí era innegable.

Sam se reclinó en su silla, con el estómago apretado por ambos nervios y la calidez de la abundante cena que acababa de compartir con los chicos. Sus dedos jugaron con el borde de su servilleta mientras el sonido familiar de sus risas llenaba la habitación. Era reconfortante y reconfortante, pero sabía lo que flotaba en el aire sin decirlo. Su decisión.

Cole, siempre el que expresaba lo que todos pensaban, se inclinó ligeramente hacia adelante, sus agudos ojos verdes se fijaron en los de ella. "Está bien, Sam", comenzó, su tono ligero pero su expresión llena de una curiosidad que envió una onda de tensión a través del grupo. “Hemos sido pacientes durante mucho tiempo. ¿Cómo fue la entrevista?

Travis, sentado frente a ella, se detuvo a mitad de un trago y alzó las cejas con anticipación. Jake, siempre tranquilo y sereno, dejó el tenedor y se reclinó en la silla,

con la mirada fija fija en ella como si pudiera leer su respuesta incluso antes de que ella la dijera.

La respiración de Sam se entrecortó cuando los tres pares de ojos se posaron en ella, esperando. Se había preparado para este momento, pero ahora, con toda su atención puesta en ella, sus palabras cuidadosamente ensayadas parecían inadecuadas. Dejó la servilleta sobre la mesa, respiró hondo y sonrió suavemente.

"Fue... bueno", comenzó, observando la forma en que sus expresiones oscilaban entre la esperanza, la aprensión y la curiosidad. Dejó que las palabras flotaran en el aire por un momento antes de continuar. “De hecho, me ofrecieron el trabajo”.

Hubo un momento de silencio, de esos que parecían prolongarse para siempre. Travis fue el primero en reaccionar, con una amplia sonrisa en su rostro. “¡Eso es asombroso, Sam! ¡Diablos, sí, sabía que lo dejarías fuera del parque! dijo, golpeando la mesa con entusiasmo.

La sonrisa de Cole hizo lo mismo, su voz mezclada con genuino orgullo. “No me sorprende en lo más mínimo. Tienes lo que hace falta y ellos también lo vieron”. Levantó su copa en un brindis improvisado. "A Sam, por ser un tipo rudo".

Jake, como era de esperar, reaccionó más tranquilamente, pero su expresión se suavizó y una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Él inclinó la cabeza hacia ella. "Bien por ti", dijo, su voz profunda y firme, pero ella podía sentir el peso de su aprobación.

Sam sonrió y el calor inundó su pecho. “Gracias, pero…” Ella levantó una mano, deteniendo su energía de celebración. "Ese no es el final de la historia".

Los tres hombres se quedaron quietos, sus miradas se agudizaron mientras esperaban que ella continuara. Respiró hondo otra vez, su corazón latía con fuerza y finalmente dijo las palabras que habían estado ardiendo en su interior.

“Lo rechacé”.

Travis se quedó helado, su sonrisa se transformó en una mirada de atónita confusión. Cole dejó su vaso con un movimiento lento y deliberado, entrecerrando los ojos como si

no la hubiera escuchado correctamente. El ceño de Jake se frunció y sus labios se abrieron en silenciosa sorpresa.

"Me encanta estar aquí", continuó Sam rápidamente, su voz firme pero llena de emoción. “Me encanta dirigir la clínica, verla crecer y conocer realmente a mis pacientes y a sus dueños. Amo esta ciudad: la tranquilidad, la gente, la forma en que se siente como en casa. Y... Su mirada oscilaba entre ellos y su voz se suavizaba. “Me encanta lo que he encontrado con ustedes. No quiero renunciar a eso”.

El silencio que siguió fue cargado, cada uno de los hombres procesó sus palabras a su manera. Luego, como si fuera una señal, Travis dejó escapar un fuerte grito, se levantó de su silla y rodeó la mesa para abrazarla en brazos.

"¡Cariño, acabas de alegrarme el maldito año!" exclamó, girándola antes de volver a ponerla de pie.

Cole se rió, levantándose para unirse a ellos y asintiendo con la cabeza. "Sabía que tenías buen gusto", bromeó, con una sonrisa amplia y contagiosa.

Jake fue el último en levantarse, sus movimientos deliberados mientras caminaba hacia ella. Él no dijo nada al principio, solo deslizó una mano por su mejilla, su pulgar rozando su piel de esa manera que siempre hacía que su corazón tartamudeara. "Buena elección, Sam", murmuró, en voz baja y sincera.

El corazón de Sam se hinchó mientras los miraba, el peso de su decisión se elevaba en sus sonrisas y caricias cálidas. Ella había tomado su decisión y, a juzgar por sus reacciones, era absolutamente la correcta.

El ruido de platos y cubiertos llenó la cocina mientras los chicos la ayudaban a recoger la mesa, el aire vibraba con una energía que antes no estaba allí. Sam tomó una pila de platos, su mano rozó la de Travis mientras él alcanzaba el mismo plato. Él sonrió y su pulgar rozó el dorso de su mano. “Cuidado ahora, cariño. Podrías hacerme pensar que tú planeaste eso”.

Ella se rió suavemente, sacudiendo la cabeza, pero sus mejillas se calentaron bajo su mirada juguetona. Cuando se giró para dejar los platos en el mostrador, Jake pasó detrás de ella, su mano se detuvo en su espalda baja el tiempo suficiente para enviarle un escalofrío por la columna. Su toque fue sutil, pero provocó algo profundo dentro de

ella, dejándola sin aliento.

Cole se apoyó en el fregadero, con los ojos fijos en ella mientras ella se reía de uno de los chistes de Travis. Su mirada cayó hasta sus labios, deteniéndose allí por un momento demasiado largo, y Sam sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. La tensión en la habitación era palpable, envolviéndola como un acalorado abrazo. Cada toque, cada mirada persistente, era un recordatorio de cuánto la conmovían estos hombres, en cuerpo y alma.

Cuando terminaron de ordenar, se trasladaron a la sala de estar, la atmósfera cambiaba a cada paso. El aire era ahora más denso, cargado de una anticipación tácita. Travis se dejó caer en el sofá con su característica sonrisa fácil y dio unas palmaditas en el cojín a su lado. “Entonces, ¿qué sigue, cariño? ¿Tienes más sorpresas para nosotros esta noche?

Sam estaba parada al borde del sofá, con las manos retorciéndose nerviosamente frente a ella. Se mordió el labio inferior y su mirada se movía entre ellos. Los ojos juguetones de Travis se encontraron con los de ella primero, luego con la sonrisa firme y cómplice de Cole, y finalmente con Jake, que se apoyaba contra la pared, con los brazos cruzados, mirándola con esa tranquila intensidad que siempre hacía que sus rodillas temblaran.

"En realidad..." comenzó, su voz suave pero firme. Ella tragó, su pulso se aceleró cuando encontró cada una de sus miradas nuevamente. "Sí."

Cole levantó una ceja, intrigado, mientras Travis inclinaba la cabeza y su sonrisa se ensanchaba. Jake, siempre el enigma, permaneció en silencio, pero sus ojos penetrantes le dijeron que estaba escuchando atentamente.

Sam respiró hondo y sus mejillas se sonrojaron mientras daba un paso adelante. "Pero llevemos esto al dormitorio".

Por un momento, la habitación quedó en silencio, las palabras flotando en el aire. Entonces la sonrisa de Travis se volvió lobuna y se levantó del sofá. "Bueno, cariño, abre el camino".

Cole se rió entre dientes, sus ojos se oscurecieron por el deseo mientras lo seguía. Los labios de Jake se curvaron en una sutil sonrisa y, sin decir una palabra, se empujó

fuera de la pared, su paso firme envió un escalofrío de anticipación a través de ella.

Sam se giró y los condujo por el pasillo, su corazón latía con fuerza mientras sus pasos resonaban detrás de ella. Su cuerpo ya estaba reaccionando a la promesa en sus ojos y cuando llegó a la puerta del dormitorio, supo que no había vuelta atrás. Lo que fuera que deparara esta noche, iba a ser inolvidable.

Capítulo 32

samantha

El aire en el dormitorio se sentía eléctrico, la tensión silenciosa era espesa y embriagadora mientras Sam estaba de pie cerca del borde de la cama, con el corazón latiendo contra su caja torácica. Los tres hombres se detuvieron justo al cruzar la puerta, sus miradas fijas en ella con un hambre que envió una descarga de calor directamente a través de su centro. Respiró hondo y sus dedos temblaron ligeramente mientras se movían hacia los botones de su blusa.

Sus ojos siguieron cada movimiento mientras ella lo desabrochaba lentamente, con los dedos deliberados. Con cada botón desabrochado, se revelaba más piel hasta que la tela se deslizó de sus hombros y cayó al suelo. Su sujetador de encaje se aferraba a sus curvas, acentuando su escote, el intrincado detalle de la tela jugueteaba contra su piel sonrojada. Ella dudó por un momento, encontrando sus miradas una por una: la intensa y autoritaria de Jake, la firme y llena de calidez de Cole, la juguetona pero ardiente de deseo de Travis.

Luego pasó a sus jeans, desabrochándolos y saliendo, revelando unas bragas de encaje a juego que apenas la cubrían. Sus mejillas ardieron cuando sus miradas la recorrieron, pero la emoción de su atención era innegable. Jake dio un paso adelante primero, cerrando el espacio entre ellos en dos largas zancadas. Sus manos, ásperas por años de trabajo, se deslizaron por sus brazos, rozando su piel con un toque que le provocó escalofríos por la columna. Enganchó un dedo debajo de cada tira de su sujetador, deslizándolos lentamente por sus hombros mientras sus ojos se fijaban en los de ella.

"Eres tan jodidamente hermosa", murmuró, su voz baja y ronca, el sonido vibrando a través de ella.

Detrás de él, Cole y Travis comenzaron a desvestirse, sus camisas cayeron al suelo para revelar pechos anchos y torsos musculosos. La respiración de Sam se entrecortó cuando se quitaron los jeans, sus pollas duras y gruesas ya estaban firmes, su deseo por ella hizo que su estómago se apretara de emoción. Verlos, fuertes y desnudos, le debilitaron las rodillas y sus mejillas se sonrojaron mientras el calor se acumulaba en su vientre.

Jake le desabrochó el sostén, dejándolo caer entre ellos, y sus pezones se endurecieron instantáneamente con el aire frío, la sensación solo aumentó por la forma en que sus ojos se oscurecieron mientras la contemplaba. Travis y Cole se acercaron,

las manos de Travis recorrieron sus caderas. y descansando sobre su cintura mientras sus labios rozaban su oreja.

"Nos estás excitando a todos, cariño", dijo con una risa baja. "Veamos cuánto nos divertimos".

Sam sintió una oleada de confianza bajo sus miradas acaloradas y extendió la mano, envolviendo las pollas de Travis y Cole. Sus profundas inhalaciones fueron todo el estímulo que necesitaba mientras sus dedos se movían a lo largo de ellos, acariciando lenta y deliberadamente. Travis le dio un beso en el cuello, sus labios calientes contra su piel, mientras sus manos se deslizaban por sus costados, rozando sus caderas y acariciando el dobladillo de sus bragas.

"Eres tan suave", murmuró Travis, su voz cargada de lujuria. "Muy listo para nosotros".

Jake había dado un paso atrás y sus manos ásperas se movían hacia su camisa. Con un movimiento suave, se lo pasó por la cabeza, dejando al descubierto su amplio y esculpido pecho y la leve capa de pelo que le caía por el torso. Los ojos de Sam recorrieron su cuerpo bronceado y musculoso, verlo hizo que su estómago se contrajera con anticipación. Ella se mordió el labio mientras él se desabrochaba el cinturón, el sonido del cuero deslizándose a través de las presillas llenó la habitación. Le siguieron sus vaqueros, y cuando finalmente estuvo desnudo ante ella, su polla ya estaba dura y gruesa, haciendo que sus mejillas se sonrojaran.

Su confianza aumentó cuando Jake se acercó y la guió hacia la cama, rozando su brazo con la mano. Dejó que sus rodillas tocaran el colchón y se hundió frente a él. Con una mano todavía acariciando a Cole, se inclinó hacia adelante y tomó a Jake en su boca, su gruesa polla llenándola mientras dejaba que su lengua explorara. Su gemido fue profundo y gutural, su mano se enroscó en su cabello mientras guiaba sus movimientos.

"Joder, Sam", gruñó Jake, su voz áspera por el deseo. "Esa boca tuya se siente increíble".

Travis se movió detrás de ella, sus manos deslizaron sus bragas por sus muslos, dejándola completamente expuesta. Sus dedos rozaron sus pliegues húmedos, provocando su clítoris antes de deslizar sus dedos dentro de ella, su toque confiado e implacable. Sam gimió alrededor de la polla de Jake, sus caderas instintivamente empujaban hacia atrás contra la mano de Travis mientras él la trabajaba.

Cole se inclinó más cerca, su mano ahuecó uno de sus pechos, sus dedos rodaron su pezón entre ellos mientras saboreaba los sonidos de sus gemidos ahogados. "Eres tan hermosa así", murmuró, con la voz llena de admiración y hambre.

La polla de Jake latía contra su lengua, su mano acariciaba la longitud de Cole mientras los dedos de Travis penetraban profundamente dentro de ella. Cada sensación fue amplificada, su cuerpo abrumado por su tacto, sus sonidos y el innegable calor que llenaba la habitación. Esto era todo lo que no sabía que anhelaba, y se entregó por completo al momento, arqueando su cuerpo entre sus manos y bocas.

"Joder, Sam", gruñó Jake, su voz ronca de placer. "Esa boca tuya se siente tan jodidamente bien".

Sam gimió alrededor de la polla de Jake, sus caderas empujando hacia atrás contra la mano de Travis mientras él la trabajaba, sus dedos se curvaban para golpear el lugar correcto. La sensación de su toque combinada con el calor de Jake en su boca y los labios de Cole sobre los de ella hizo que su cabeza girara, su cuerpo abrumado por la pura intensidad de su atención.

Travis se inclinó hacia adelante, su aliento cálido contra su oído mientras susurraba: "Estás tan mojada, cariño". No puedo esperar a sentirte envuelto a mi alrededor.

Los sonidos en la habitación (los gemidos de Jake, las palabras burlonas de Travis y los bajos murmullos de aliento de Cole) se mezclaron con los gemidos ahogados de Sam, creando una sinfonía de placer. La polla de Jake palpitaba en su boca, los dedos de Travis se sumergieron profundamente en su calor húmedo y el toque de Cole en su piel la hizo sentir adorada, deseada y completamente consumida.

Los movimientos de Sam se volvieron instintivos, su cuerpo reaccionaba a cada toque, a cada palabra, mientras el calor entre ellos seguía aumentando. Esto era sólo el comienzo y sabía que esta noche los llevaría a todos a alturas que no habían explorado antes.

Sam soltó la polla de Jake de su boca, sus labios hinchados y resbaladizos mientras lo miraba con ojos nublados y llenos de deseo. Se lamió los labios, su pecho subía y bajaba rápidamente mientras intentaba recuperar el aliento. Su cuerpo estaba lleno de sensaciones, cada terminación nerviosa zumbaba, su piel sonrojada y cálida por su

tacto.

"Necesito que alguien me folle", dijo sin aliento, su voz temblaba de necesidad mientras arqueaba la espalda, giraba y gateaba sobre la cama. Sus movimientos fueron deliberados, sensuales, mientras se colocaba a cuatro patas, levantando el trasero en el aire en abierta invitación. Ella los miró por encima del hombro, su mirada fija en Travis con una chispa de picardía y hambre. "Travis", murmuró, con la voz llena de deseo, "hazme sentirlo".

Travis no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Dio un paso adelante, su polla gruesa y lista mientras pasaba una mano por su columna, su toque firme pero provocativo. "Cariño, vas a sentir cada centímetro", gruñó, con voz baja y áspera, llena de anticipación. Sus manos agarraron sus caderas, sus pulgares presionaron su suave carne mientras se colocaba detrás de ella.

Capítulo 33

travis

Travis observó cómo Sam se arrastraba hasta la cama, su cuerpo era una visión de deseo mientras arqueaba la espalda y levantaba el trasero en el aire. Sus palabras resonaron en su mente, enviando una ráfaga de calor directamente a su polla. *Necesito que alguien me folle.* Maldita sea, ella sabía exactamente qué decir para volverlos locos.

Su mirada recorrió sus curvas, la forma en que sus pliegues resbaladizos brillaban de necesidad, y sus manos ansiaban agarrarla.

"Travis", murmuró, con la voz llena de deseo, "hazme sentirlo".

"Cariño, vas a sentir cada centímetro", gruñó, poniéndose detrás de ella y pasando sus manos por la suave curva de su trasero. Sus dedos agarraron sus caderas con fuerza mientras se posicionaba, su polla palpitaba cuando la punta rozaba su húmeda entrada.

"Joder, eres perfecta", murmuró en voz baja, incapaz de resistirse a deslizar la cabeza de su polla a lo largo de su humedad, provocándola mientras ella se retorcía y empujaba contra él. Le encantaba lo ansiosa que estaba, la forma en que su cuerpo le suplicaba sin palabras.

"Travis", gimió, su voz desesperada, temblando de necesidad. "Por favor."

Eso era todo lo que necesitaba. Con un gemido bajo, la empujó, lentamente al principio, dejándola sentir cada centímetro mientras su cuerpo se estiraba para tomarlo. El calor apretado de su coño lo agarró como un tornillo de banco, haciendo que su cabeza girara. "Jesucristo", siseó, sus dedos clavándose en sus caderas mientras tocaba fondo. "Te sientes tan jodidamente bien, Sam".

Ella gimió fuertemente, su cuerpo balanceándose contra él, instándolo a moverse. Travis no se contuvo, estableciendo un ritmo profundo y duro, cada embestida la hacía gritar. El sonido de sus cuerpos encontrándose llenó la habitación, mezclándose con sus suaves jadeos y gemidos.

Por el rabillo del ojo, vio a Jake acercarse, con su polla dura y resbaladiza como antes.

La mano de Jake tomó su barbilla, inclinando su cabeza hacia arriba, sus ojos oscuros fijos en los de ella. "Abre", ordenó Jake, su voz áspera y controlada, y Sam obedeció sin dudarlo, abriendo los labios para recibirlo.

Travis gimió ante la vista, sus embestidas vacilaron ligeramente mientras veía su boca envolver la polla de Jake. Sus gemidos vibraron contra la longitud de Jake, y Travis podía sentir cada sonido que ella hacía recorriendo su cuerpo, apretándose alrededor de él. "Joder, mírate", murmuró Travis, en voz baja y llena de admiración. "Tomándonos a los dos como la buena chica que eres".

Cuando Jake comenzó a moverse, Travis aceleró el paso, agarrando sus caderas con más fuerza y golpeándola con empujones duros y deliberados. Los gritos ahogados de placer de Sam sólo lo alimentaron, su cuerpo se balanceaba entre ellos mientras intentaba seguir el ritmo.

Cole se acercó, acariciando su propia polla mientras observaba cómo se desarrollaba la escena. "Cámbialo, cariño", dijo con una sonrisa juguetona. "Quiero un turno". Jake se deslizó hacia un lado lo suficiente para dejar que Cole tomara su lugar. Sam no perdió el ritmo, moviéndose ligeramente para llevarse a Cole a la boca, sus labios envolviéndolo con el mismo entusiasmo.

Travis gimió, su polla se hundió profundamente en su coño mojado mientras miraba hacia abajo, hipnotizado por la vista de su culo arqueado, su entrada apretada provocándolo con su perfección intacta. Sus dedos agarraron sus caderas, acercándola más fuerte contra él con cada embestida, su ritmo se aceleró mientras sus gemidos vibraban por la habitación.

Incapaz de resistir la tentación, deslizó una mano hacia sus resbaladizos pliegues, acumulando su humedad en sus dedos. Su pulgar rozó brevemente su clítoris, haciéndola sacudirse y gritar, amortiguada por la polla de Cole en su boca. Con precisión deliberada, Travis llevó su mano a su otra entrada, frotando la humedad alrededor del apretado anillo de músculo.

"Maldita sea, Sam", murmuró, con voz baja y áspera, "vas a aceptar todo lo que te damos, ¿no?"

Sam gimió alrededor de Cole, sus caderas se balancearon instintivamente contra la polla de Travis mientras él presionaba un dedo contra su trasero. Lenta y cuidadosamente, introdujo la punta en el interior, sintiendo su cuerpo tensarse

brevemente antes de relajarse con la sensación. "Eso es todo, cariño", elogió, su mano libre agarrando su cadera con firmeza para estabilizarla. “Buena chica. Déjame estirarte”.

Mientras su polla golpeaba su coño, resbaladizo y caliente, deslizó su dedo más profundamente en su culo, curvándolo ligeramente para probar sus límites. El intenso calor a su alrededor hizo que su cabeza girara, y reprimió un gemido, la vista de ella tomándolo en ambos lugares casi lo deshace.

Cole, observando atentamente, gimió mientras ella lo chupaba más profundamente, su ritmo vaciló ligeramente cuando Travis añadió un segundo dedo. "Joder, ella es tan hermosa así", murmuró Cole, enredando su mano en su cabello mientras guiaba sus movimientos. Jake, de pie junto a ellos, dejó escapar una risita, acariciando su mandíbula mientras su polla se movía en su otra mano.

Travis introdujo y sacó los dedos de su culo, cortándolos ligeramente para estirarla más, mientras sus embestidas se hacían más duras y deliberadas. La forma en que su cuerpo se apretaba alrededor de él, tanto su coño como su culo, lo volvía loco. "Estás tan jodidamente apretado, Sam", gruñó, sus caderas avanzando con un ritmo castigador. “Y lo estás tomando muy bien. Maldita sea, eres perfecta.

Los gemidos ahogados de Sam se hicieron más fuertes, su cuerpo temblaba bajo su atención combinada. Su mano se movía constantemente sobre la polla de Jake mientras su boca recorría la longitud de Cole, sus ojos se cerraban mientras las sensaciones abrumadoras la consumían.

Travis se inclinó sobre ella y su aliento caliente contra su oreja. "¿Sientes eso, cariño?" susurró, su voz llena de lujuria. “Preparándote para lo que viene después. Nos llevarás a todos y te encantará cada segundo”.

Sintió que su cuerpo temblaba debajo de él, sus gemidos se hacían más fuertes cuando Cole gimió: "Maldita sea, Sam. Eres jodidamente increíble”. Las embestidas de Travis se hicieron más agudas, más desesperadas mientras perseguía el borde, la vista y los sonidos de ella volviéndolo loco. Pero no quería terminar todavía, no hasta que la hubiera visto desmoronarse por completo. Con un gruñido, disminuyó la velocidad y salió, su polla palpitaba y lista para más mientras miraba a Jake y Cole, sabiendo que la noche estaba lejos de terminar.

Capítulo 34

Col

Cole se reclinó contra la cabecera, su polla palpitaba en la boca de Sam, su lengua hacía magia a lo largo de su longitud. Su mano bombeó la polla de Jake a su lado, lenta y deliberada, mientras Travis la empujaba por detrás, con un ritmo constante pero intenso. El sonido de su placer compartido llenó la habitación y Cole no podía apartar los ojos de ella.

Dios, ella era jodidamente perfecta. La forma en que se movían sus labios, la forma en que su cuerpo se arqueaba con cada una de las embestidas de Travis, la forma en que gemía suavemente alrededor de él... era casi demasiado. Su mano se deslizó en su cabello, acariciándolo suavemente mientras ella lo tomaba más profundamente, su lengua girando alrededor de la cabeza de su polla.

"Joder, Sam", murmuró, con la voz ronca por la necesidad. “Te ves tan bien así. Siéntete tan jodidamente bien”.

Su otra mano se deslizó por su costado, saboreando la curva de su cintura mientras ella se presionaba con más fuerza contra él. La deseaba más de lo que creía posible, quería sentirla envuelta alrededor de su polla.

Los gemidos de Travis se hicieron más profundos detrás de ella a medida que su ritmo se volvía errático. Con un gruñido bajo, de repente se detuvo y salió, su polla resbaladiza y brillante. Sam dejó escapar un suave gemido ante la pérdida, mirando a Travis antes de encontrarse con la mirada de Cole, con los labios hinchados y brillantes por sus esfuerzos.

Cole se inclinó hacia adelante y le apartó el cabello con dedos suaves. "Ven aquí, cariño", murmuró, con un leve murmullo de deseo en su voz mientras se movía para acostarse en la cama.

Sam dudó sólo por un momento antes de arrastrarse hacia él, su cuerpo deslizándose como calor líquido. Ella pasó una pierna sobre él, sentándose a horcajadas sobre sus caderas, y sus manos inmediatamente fueron a su cintura, agarrándola con fuerza. La sensación de su cálida piel bajo sus palmas hizo que su pulso se acelerara.

Él gimió cuando ella se agachó, colocó su polla en su entrada y lentamente se hundió

sobre él. La extensión de sus paredes cuando lo contemplaron fue exquisita, haciéndolos a ambos jadear. Sus manos se apoyaron en su pecho, sus dedos extendidos sobre sus músculos mientras se adaptaba a su tamaño.

"Jesús, Sam", murmuró Cole, con voz áspera. "Te sientes increíble".

Ella comenzó a moverse, sus caderas girando en círculos lentos y deliberados, cada movimiento enviaba ondas eléctricas de placer recorriéndolo. Su ritmo era pausado pero embriagador, su cuerpo ondulaba con una gracia que hacía que Cole se perdiera en el momento. Sus manos se deslizaron por su espalda, con los dedos extendidos para sentir cada curva y músculo, como si se anclara a ella.

Los ojos de Cole se posaron en sus pechos, hipnotizado por la forma en que rebotaban con cada movimiento. Sus pezones, duros y sonrojados, la vista envió una nueva sacudida de excitación directamente a su núcleo. Se sentía increíblemente húmeda y apretada a su alrededor, su calor resbaladizo apretaba con cada lento círculo de sus caderas, aferrándolo de una manera que le hacía girar la cabeza.

Él la empujó hacia abajo para que sus cuerpos quedaran pegados, el calor de su piel lo volvía loco. Sus pechos rozaron contra su pecho con cada movimiento, la fricción sólo aumentaba la intensidad. Incapaz de contenerse, capturó sus labios en un beso profundo y apasionado, su lengua se enredó con la de ella mientras se tragaba sus suaves gemidos.

Sus uñas rozaron ligeramente sus hombros mientras se movía, su ritmo se aceleró ligeramente y la forma en que jadeó en su boca envió una nueva oleada de excitación a través de él. Sus caderas se apretaron contra él, la fricción deliciosamente enloquecedora, y él dejó escapar un gemido, agarrándola con más fuerza como para mantenerla más cerca, aunque cada centímetro de ella ya estaba presionado contra él. "Sam", murmuró contra sus labios, su voz ronca y llena de cruda necesidad, "me estás volviendo jodidamente loco".

Cole sintió la presencia de Jake detrás de ella, sus manos extendiendo sus mejillas, y supo lo que vendría después. Su polla palpitó dentro de ella ante el pensamiento, su pulso se aceleró. La respiración de Sam se entrecortó cuando Jake presionó contra su apretado trasero, tomándose su tiempo, su voz baja y tranquilizadora mientras la guiaba.

"Me vas a llevar ahora, Sam", murmuró Jake, su tono autoritario pero lleno de ternura.

“Agradable y lento. Eso es… buena chica”.

Cole rompió el beso, apoyando su frente contra la de ella mientras sentía la presión de Jake deslizándose dentro de ella. La forma en que ella jadeó, su cuerpo temblando levemente, envió una nueva ola de excitación a través de él. Él gimió, sus manos agarrando sus caderas mientras ella se adaptaba a la intensidad de tenerlos a ambos dentro de ella.

"Eres tan jodidamente increíble", susurró Cole, con la voz cruda por la emoción y el deseo. "Tomándonos a los dos así... Dios, Sam".

Los gemidos de Sam se hicieron más fuertes cuando Jake comenzó a moverse detrás de ella, sus embestidas lentas y deliberadas al principio. La sensación de que ambos hombres la llenaban, estirándola por completo, la hacía sentir como si estuviera al borde de algo explosivo. Cole, debajo de ella, podía sentir cada movimiento que Jake hacía a través de la delgada pared de su coño, la sutil fricción amplificaba la intensidad de cada embestida.

Era como si el ritmo de Jake resonara dentro de ella, enviando vibraciones a través de su cuerpo y directamente hacia Cole. El calor apretado y húmedo de ella a su alrededor combinado con la presión añadida lo hizo gemir profundamente, sus manos agarrando sus caderas con una desesperación que coincidía con el deseo primario que lo recorría.

"Joder, Sam", gritó, con la voz tensa mientras luchaba por mantener el control. La sensación era abrumadora: su cuerpo se apretaba alrededor de él, los movimientos de Jake reverberaban a través de ella y sus suaves gemidos llenaban el aire como una sinfonía de placer. Podía sentirla temblar, su cuerpo reaccionando a la estimulación dual, y eso solo alimentó el fuego que ardía dentro de él.

Capítulo 35

jake

Jake agarró las caderas de Sam, con las manos firmes mientras la guiaba hacia él. La vista de ella arqueando la espalda, con el culo levantado perfectamente para él, hizo que su polla palpitara de anticipación. Presionó la punta de su polla contra su apretada entrada, tomándose su tiempo mientras se deslizaba más allá del apretado anillo de músculos.

"Me llevarás ahora, Sam", murmuró, "agradable y lento. Eso es… buena chica". Su voz era baja y ronca mientras se movía lentamente, dándole la oportunidad de adaptarse a la nueva sensación. Ella jadeó, su cuerpo se puso rígido momentáneamente antes de fundirse con el ritmo, sus gemidos lo alentaron a empujar más profundamente. Jake gimió al sentir su cuerpo apretándolo con tanta fuerza, el calor de ella atrayéndolo por completo.

Sus gritos de placer se mezclaron con los profundos gemidos de Cole, y Jake pudo ver la forma en que se movía su cuerpo, tomándolos a ambos. Era embriagador: verla estirada y llena, su piel enrojecida y sus gemidos haciéndose más fuertes con cada embestida. Jake comenzó a moverse, su ritmo era deliberado, cada movimiento medido para aumentar el placer de ella y el de él.

"Joder, eres increíble", murmuró, agarrando sus caderas con más fuerza mientras comenzaba a acelerar el paso. Podía sentir su cuerpo apretándose a su alrededor, el ajuste cómodo de su trasero combinado con el conocimiento de que Cole también estaba dentro de ella. Era abrumador, una conexión compartida que hacía correr el fuego por sus venas.

La cabeza de Sam se inclinó hacia adelante, sus gritos ahogados mientras se inclinaba más cerca de Travis, que estaba arrodillado cerca de ella. Sin dudarlo, extendió la mano y se llevó la polla de Travis a la boca. Jake gimió, observando cómo sus labios rodeaban la longitud de Travis, su cabeza moviéndose al ritmo de sus caderas balanceándose contra él y Cole.

"Buena chica", murmuró Jake, su voz áspera por el deseo. Verla disfrutando de los tres a la vez era más de lo que podía soportar. Empujó más profundamente dentro de ella, sus movimientos coincidían con el ritmo con el que ella chupaba a Travis. Sus gemidos ahogados vibraron por la habitación, acercándolo al límite.

La sensación de ella completamente envuelta alrededor de su polla, el sonido de sus gritos de placer y la imagen de ella tomándolos todos tan bellamente hicieron que Jake agarrara sus caderas con más fuerza. "Nos estás tomando tan jodidamente bien", dijo, con voz áspera, los elogios se derramaron mientras su cuerpo lo llevaba más cerca de su punto de ruptura.

Capítulo 36

samantha

Sam apenas podía recuperar el aliento, su cuerpo completamente consumido por las sensaciones que la recorrían. La plenitud de Jake empujando su trasero le provocó escalofríos en la columna, el estiramiento casi demasiado intenso al principio, pero ahora deliciosamente adictivo. La polla de Cole llenó su coño, cada embestida profunda frotaba puntos dentro de ella que la hacían gritar de placer. Y luego estaba Travis, su longitud pesada sobre su lengua mientras lo tomaba en su boca, sus labios deslizándose a lo largo de su eje.

Se sentía completamente rodeada, completamente reclamada por ellos, cada centímetro de su cuerpo lleno de placer. El ritmo constante de Jake detrás de ella era áspero y autoritario, sus manos agarraban su cintura con fuerza mientras murmuraba elogios en voz baja que enviaron una descarga de calor directamente a su centro. "Nos estás tomando tan jodidamente bien, Sam", gruñó, con la voz llena de puro deseo. Sus movimientos se volvieron más seguros, sus caderas chocaban contra su trasero, la presión aumentaba con cada embestida.

Las manos de Cole estaban firmes en sus caderas, guiando sus movimientos mientras lo montaba. Ella sintió el calor de su pecho presionado contra el de ella cuando él se inclinó para capturar uno de sus pezones en su boca, sus dientes rozaron el pico sensible y la hicieron gemir alrededor de la polla de Travis. La combinación de sus profundas embestidas, el áspero roce de sus manos a lo largo de sus costados y el calor húmedo de su boca la enviaron a una espiral aún más profunda de éxtasis.

Travis enredó una mano en su cabello, guiando su cabeza mientras ella lo trabajaba con sus labios y su lengua. Sus gemidos de placer la alimentaron, el sabor de él se mezcló con su propia excitación mientras ahuecaba sus mejillas para penetrarlo más profundamente. “Eso es todo, cariño. Eres jodidamente buena en esto —dijo, con voz ronca y espesa de placer. Cada vez que las embestidas de Jake la empujaban hacia adelante, Travis se metía más profundamente en su garganta, sus gritos ahogados vibraban contra él y lo hacían gemir más fuerte.

Las sensaciones fueron abrumadoras: su coño se estiró y agarró a Cole con fuerza, Jake llenó su trasero con embestidas profundas y dominantes y la polla de Travis se deslizó contra su lengua. Sentía su cuerpo como si estuviera en llamas, cada terminación nerviosa chispeaba mientras los tres hombres la llevaban a lugares que nunca había imaginado. Estaba completamente a su merced y le encantaba.

Sus paredes se apretaron alrededor de la polla de Cole cuando su orgasmo comenzó a crecer, la presión en su núcleo se volvió casi insoportable. Cada embestida de Jake enviaba una nueva ola de calor que la atravesaba, mientras las manos de Cole se movían hacia sus pechos, amasándolos mientras sus labios encontraban su otro pezón. Las palabras de Travis llenaron sus oídos mientras él se metía en su boca, los sonidos de sus gemidos y gemidos colectivos llenaron la habitación en una sinfonía embriagadora.

Sam sintió como si estuviera al borde de algo explosivo, su cuerpo se tensó cuando las sensaciones se volvieron demasiado insoportables. Ella gritó alrededor de Travis, la vibración de sus gemidos empujándolo más cerca de su propio clímax. "Joder, Sam", gimió Cole, sus manos agarrando sus caderas con fuerza mientras sus paredes se apretaban a su alrededor. Las embestidas de Jake se hicieron más duras, sus gemidos se hicieron más fuertes mientras se perdía en la sensación de su cuerpo.

Ella se hizo añicos, su orgasmo se estrelló contra ella como un maremoto. Su cuerpo tembló, sus gritos ahogados cuando Travis se derramó en su boca, su liberación salada y cálida en su lengua. Tragó lo que pudo, el resto goteó por su barbilla mientras su cuerpo convulsionaba de placer. La polla de Cole latía dentro de ella, y él gimió mientras salía, acariciándose hasta que derramó su liberación sobre su estómago y muslos, la sensación caliente envió otro escalofrío a través de ella.

Jake empujó profundamente una última vez, gimiendo ruidosamente mientras entraba dentro de ella, apretando sus caderas mientras soportaba su liberación. El cuerpo de Sam tembló cuando las réplicas de su orgasmo la recorrieron, su cabeza daba vueltas por la pura intensidad de todo. Se sentía completamente deshecha, completamente realizada y completamente suya.

La habitación estaba en silencio excepto por el sonido de su respiración agitada, las secuelas de su intensa pasión dejaban una energía cargada pero relajante en el aire. Sam sintió el peso de su cansancio mientras se desplomaba en la cama, su cuerpo aún vibrando con los ecos del placer. Se encontró acurrucada entre los tres, con la piel pegajosa por el sudor y los restos de su liberación, pero nunca se había sentido más contenta, más completa.

Jake yacía a un lado de ella, su brazo cubría protectoramente su cintura y sus dedos trazaban círculos ligeramente en su cadera. Su respiración constante y su fuerza silenciosa la tranquilizaron, su presencia como un ancla reconfortante. Cole estaba tendido a su lado, su amplio pecho subía y bajaba, una sonrisa tiraba de sus labios mientras perezosamente pasaba una mano sobre su muslo, su calidez envolviéndola.

Travis estaba tumbado encima de ella, con la mejilla presionada contra la curva de su cuello mientras murmuraba: "Cariño, hemos hecho un gran desastre. Estoy bastante seguro de que necesitaremos una maldita hidrolavadora para limpiar esta cama.

Sam se rió suavemente, sus mejillas se calentaban ante sus bromas, aunque no pudo evitar sonreír ante su tono juguetón. "Creo que voy a culparte por eso, Travis", respondió ella, su voz teñida de fingida exasperación.

Cole se rió entre dientes, apoyándose en un codo. "La segunda ronda podría ser la única solución", dijo con una sonrisa burlona, sus dedos recorriendo su piel sonrojada.

Sam gimió, medio riendo, medio protestando. "Ustedes son insaciables", murmuró, aunque el brillo en sus ojos delató su diversión.

Jake se inclinó y le rozó la sien con los labios. "No somos los únicos, cariño", murmuró, y su voz baja le provocó un escalofrío por la espalda a pesar de su cansancio.

Por un momento, simplemente se quedaron allí, enredados en un montón cálido e íntimo. El corazón de Sam se hinchó al percibir el silencioso afecto que llenaba la habitación, un marcado contraste con la cruda pasión que acababan de compartir. Nunca se había sentido tan completamente aceptada, tan enteramente ella misma. Estos hombres no sólo le habían dado placer sino también un sentido de pertenencia que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba buscando.

Cuando sus ojos comenzaron a volverse pesados, se permitió hundirse en el momento, el peso de sus cuerpos la anclaba en el aquí y ahora. Elm Creek no era la vida que había planeado, pero mientras yacía entre Jake, Cole y Travis, en el fondo sabía que era la vida que quería.

Capítulo 37
Epílogo

samantha

El viento aullaba afuera, sacudiendo las ventanas mientras la nieve se arremolinaba en una danza implacable, amontonándose contra la casa en montículos helados. Sam miró la tormenta invernal y su corazón se hinchó de gratitud por la calidez y el consuelo que había en su interior. El fuego crepitaba en la chimenea de piedra, proyectando un suave resplandor dorado por toda la habitación, mientras hileras de luces parpadeantes adornaban la repisa de la chimenea y el árbol de Navidad en la esquina. El árbol, un encantador abeto irregular que ella y los chicos habían cortado juntos, llenaba la casa con el fresco y penetrante aroma del pino.

La sala bullía de risas y burlas. Había papel de regalo esparcido por el suelo, un testimonio caótico de las festividades de la noche. Cole estaba recostado en el sofá, con los pies apoyados en la mesa de café, bebiendo chocolate caliente de una taza festiva. Jake estaba sentado cerca, con expresión estoica pero con ojos cálidos mientras jugueteaba con la multiherramienta que Travis le acababa de regalar.

"Vamos, Jake", dijo Travis, sonriendo mientras se reclinaba en el sillón con su propia taza en la mano. “No sólo es práctico: ¡salva vidas! Siempre te quejas de que necesitas un cuchillo mejor, y este tiene como diez cosas en una. Me lo agradecerás la próxima vez que salgas a arreglar una valla en medio de una tormenta de nieve.

Jake sonrió, sus labios temblaron en lo que podría haber sido una sonrisa. “Te lo agradeceré cuando venga alguien que me arregle la cerca”.

Sam se rió desde donde estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo junto al fuego, el calor irradiaba a través de ella mientras los veía burlarse el uno del otro, o cuán perfectamente la habían atraído hacia eso.

Cole se rió entre dientes y sacudió la cabeza. “Travis, estás actuando como si le hubieras regalado el santo grial. Es una herramienta múltiple, no un hacedor de milagros”.

"Oye, los milagros pueden suceder cuando estás preparado", respondió Travis, levantando su taza como si estuviera brindando sabiduría sabia.

Sam no pudo detener la sonrisa que se extendió por su rostro mientras se recostaba en

el sofá, con las manos alrededor de su propio chocolate caliente. Su mirada recorrió la habitación, contemplando la escena que parecía casi demasiado perfecta para ser real. Esta pequeña casa, su casa, estaba llena de vida y risas como no había experimentado en años.

El aroma del árbol de Navidad se mezcló con el persistente aroma del asado que había preparado para la cena, el aire era rico y reconfortante. Había estado nerviosa por esta noche, deseando que todo fuera perfecto, pero ahora que estaban aquí, era como si todas las preocupaciones que había tenido se hubieran derretido en el resplandor del fuego y la calidez de su presencia.

La mirada de Sam vagaba por la habitación, su corazón se hinchaba mientras asimilaba los cambios que había realizado durante los últimos seis meses. La casa se sentía como suya ahora, ya no era la reliquia de un viejo soltero. Atrás quedaron las cortinas florales descoloridas y los muebles que no combinaban. En su lugar había toques acogedores y modernos: alfombras cálidas, almohadones nuevos e iluminación tenue que hacían que el espacio pareciera acogedor. Sonrió ante la colección de figuras de caballos del viejo Doc expuestas en la repisa de la chimenea, la única pieza de la historia de la casa de la que no podía soportar separarse. Parecían un guiño al pasado, un recordatorio del hombre que había sentado las bases de la vida que ella estaba construyendo allí.

Sus ojos se posaron en el folleto enmarcado de la clínica que había pegado en el tablón de anuncios junto a la puerta, y una pequeña ola de orgullo la invadió. Cuando llegó por primera vez a Elm Creek, no sabía si la comunidad confiaría en ella, y mucho menos la abrazaría. Pero el boca a boca se había extendido más rápido de lo que había imaginado. Los agricultores y ganaderos ahora acudían a ella para todo, desde emergencias hasta atención de rutina, y la clínica estaba más ocupada que nunca. La conocían por su nombre y a ella le encantaba la relación que había establecido con cada uno de ellos. Cada visita se sintió personal, como si estuviera ayudando a los vecinos en lugar de a los clientes.

Pensó en sus clases de equitación, uno de los placeres inesperados de su estancia aquí. Un ranchero local le había ofrecido espacio para enseñar a algunos de los niños de 4H y rápidamente se convirtió en su parte favorita de la semana. Ver a los niños alegrarse mientras aprendían a cuidar de los caballos fue profundamente gratificante. Todavía podía ver la sonrisa en el rostro de una niña llamada Maddie de la semana pasada, su entusiasmo burbujeaba cuando logró ensillar su pony ella sola por primera vez. Momentos como ese hacían que Sam se sintiera arraigada aquí de una manera que no esperaba.

Sus pensamientos vagaron hacia el futuro de la clínica. Se estaban gestando planes: ampliar el equipo, agregar algunos compartimentos más para animales más grandes y tal vez incluso contratar a un asistente en el futuro. Era un sueño que no se había atrevido a imaginar hacía seis meses, pero ahora le parecía posible, incluso inevitable.

Los pensamientos de Sam se dirigieron a Callie y Nancy, su corazón se llenó de gratitud al pensar en las dos mujeres que se habían convertido más en hermanas que en amigas. Todavía podía escuchar la risa de Nancy de su última noche de chicas, un sonido que siempre era contagioso y lleno de calidez. Callie había aportado su característico descaro y humor agudo, convirtiendo hasta el momento más pequeño en algo memorable. Sus noches juntos no se trataban sólo de chismes o margaritas: eran un recordatorio del poder de la familia elegida. Por primera vez en su vida, Sam sintió que realmente pertenecía, no sólo a una comunidad sino a un grupo de personas que la amaban exactamente por lo que era.

La forma en que Callie y Nancy la habían recibido, se habían burlado de ella y la habían apoyado durante los altibajos de su instalación en Elm Creek era algo que nunca olvidaría. Eran más que amigos: eran anclas que la conectaban a tierra de una manera que no sabía que necesitaba. Aquellas noches, llenas de risas, apoyo y un sinfín de historias vergonzosas, se habían convertido en la piedra angular de su felicidad.

La mirada de Sam se dirigió a los chicos que descansaban alrededor del fuego, su pecho se apretó con afecto. Su relación con Jake, Cole y Travis se había convertido en algo que nunca había imaginado, un vínculo que desafiaba todas las expectativas. Cada uno de ellos aportó algo único a su vida. La fuerza silenciosa y la presencia constante de Jake la hicieron sentir protegida y comprendida de una manera que era a la vez reconfortante y embriagadora. Con Cole, encontró la aventura y un amor compartido por la belleza salvaje del aire libre. Y Travis, con su energía ilimitada y su espíritu juguetón, la hacía reír, incluso en sus días más difíciles.

Ella sonrió, pensando en la pelea de bolas de nieve que ella y Travis tuvieron la semana pasada. Había comenzado como una simple caminata para alimentar a los caballos y terminó con ella riendo tan fuerte que se desplomó en un montón de nieve, Travis la abordó en fingida victoria. Más tarde, cuando entraron en calor con humeantes tazas de chocolate, él la besó, sus labios sabían a chocolate y travesura, una combinación que la dejó mareada durante horas.

Y Jake... justo la noche anterior habían pasado horas frente al fuego en su casa, compartiendo una botella de vino y hablando de sus vidas antes de Elm Creek. Sus

historias eran escasas pero significativas, su voz baja y firme mientras se abría a ella de una manera que le dolía el corazón. Al final de la velada, estaban abrazados y la tranquila intimidad del momento era más profunda que las palabras.

Sus pensamientos se dirigieron a Cole, quien la había llevado a un largo recorrido hace apenas unos días. La forma en que la había mirado mientras se detenían en la cima de una cresta nevada, con el sol poniéndose detrás de ellos, la había dejado sin aliento. La había besado suavemente, el tipo de beso que decía mucho de lo mucho que la amaba. Esos momentos, pequeños pero poderosos, fueron los que le hicieron darse cuenta de lo profundamente entrelazadas que se habían vuelto sus vidas.

Y luego estaban las noches en las que los tres estaban juntos, noches llenas de pasión, risas y una sensación de conexión que nunca había creído posible. Esas raras y apreciadas veladas no se trataban sólo de intimidad física: eran de confianza, amor y el profundo vínculo que todos compartían. Cada uno de ellos aportó algo diferente y juntos la hicieron sentir completa de una manera que nunca hubiera imaginado.

El corazón de Sam se sintió lleno mientras miraba alrededor de la habitación. Los chicos bromeaban y se burlaban unos de otros, su fácil camaradería llenaba el espacio de calidez. Esta era su vida ahora: inesperada, poco convencional y absolutamente perfecta.

Espero que hayas disfrutado de Mis Tres Vaqueros. ¡Escanea el código QR a continuación y comparte tu amor con una reseña!



Busque el próximo libro en

La serie del harén inverso

¡Muy pronto!

Sobre el autor

Ellie Daniels es una autora de Colorado que enciende la pasión y el deseo a través de sus cautivadoras novelas románticas eróticas y sus apasionantes cuentos. Cuando no está creando mundos de deseo e intimidad, Ellie disfruta de momentos tranquilos en casa con su amado esposo, su devoto chihuahua y cuatro gatos juguetones. Sensualista de corazón, cree en el poder transformador de la pasión y la conexión. Apreciando las relaciones cercanas, Ellie encuentra inspiración en las complejidades del amor.